

APIANO

HISTORIA
ROMANA

II

GUERRAS CIVILES
(LIBROS I-II)

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 83

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1985.

Depósito Legal: M. 14337-1985.

ISBN 84-249-3551-9.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5832.

NOTA DE INTRODUCCIÓN

Las ediciones utilizadas para la presente traducción han sido las siguientes: P. Viereck, *Appiani Historia Romana*, Leipzig, 1905, basada en la recensión de L. Mendelssohn, *Appiani Romanorum Historiarum*, París, 1877, de la colección «Scriptorum Graecorum Bibliotheca», a cargo de F. Didot; H. White, *Appian's Roman History*, vols. III y IV, Cambridge-Mass. y Londres, 1964 y 1961 respectivamente (en la colección «Loeb Classical Library»), y, por último, y para los libros I y V de las *Guerras Civiles: Appiani Bellorum Civilium. Liber Primus*, a cura di E. Gabba, Florencia, 1967², y *Appiani Bellorum Civilium. Liber Quintus*, a cura di E. Gabba, Florencia, 1970.

La bibliografía, además de la ya citada en la introducción general en el tomo I de esta misma colección, puede encontrarse en las notas que acompañan a la presente traducción.

Como en el caso anterior he procurado mantenerme fiel al original, sacrificando en no pocos casos el estilo al espíritu y letra del texto. He incorporado, eso sí, aquellas interpretaciones de términos y pasajes objetos de clarificación y exégesis por parte de los investigadores actuales, dando, en los casos en que es oportuno, las discrepancias existentes.

LIBRO. II

SINOPSIS

1. Introducción al libro II. Resumen de hechos ocurridos entre el 70-63 a. C.
2. Personalidad de Catilina. Su fracaso en las elecciones y su conspiración.
3. La delación de Fulvia. Proyecto de asesinato de Cicerón.
4. Los embajadores alóbroges confirman la conspiración.
5. Presión de los conspiradores. Debate en el senado.
6. Discurso de César y Catón. Ajusticiamiento de los conjurados.
7. Derrota de Catilina y fin de la conspiración.
8. César propretor en España. Regreso a Roma.
9. Acuerdo entre Pompeyo, César y Craso.
10. Medidas legislativas de César. La *lex Iulia agraria* ante el senado.
11. La *rogatio* agraria ante el pueblo.
12. Muerte de Vetio. César asume el control total del gobierno.
13. César y el orden ecuestre.
14. Boda de Pompeyo. Proceso de Clodio Púlquer.
15. Proceso de Clodio a Cicerón.
16. Regreso de Cicerón.
17. La conferencia de Luca.
18. Reparto de las provincias entre los nuevos cónsules.
19. Muerte de Julia. Corrupción de los magistrados en Roma.
20. La anarquía, presagio de la dictadura, es consentida por Pompeyo.
21. Asesinato de Clodio.
22. Tumultos en Roma en el proceso a Milón.

23. Pompeyo es elegido cónsul sin colega.
24. Procesos judiciales en Roma.
25. Relaciones cordiales entre César y Pompeyo.
26. El incidente de Neocomo. Elecciones consulares del 50 a. C.
27. Maniobras políticas de Curio.
28. Pugna de Pompeyo por conservar el mando y el ejército.
29. Prosigue la controversia por la deposición del mando de César y Pompeyo.
30. Actitud de confianza de César y Pompeyo en su situación. Triunfa una propuesta de Curio.
31. Pompeyo asume la defensa de Italia frente a César.
32. Fracaso de César en su tentativa de acuerdo y carta al senado.
33. Antonio, Curio y Casio huyen al lado de César.
34. Pompeyo y César se aprestan a combatir.
35. César atraviesa el Rubicón.
36. El senado se arrepiente de su decisión. Prodigios en Italia.
37. Pompeyo parte para Capua.
38. Asedio y toma de Corfinio. Pompeyo se retira a Bríndisi.
39. Leyenda sobre la fundación de Dirraquio.
40. Pompeyo escapa de Bríndisi. Estrategia de César.
41. César en Roma.
- 42-43. César en España.
- 44-46. Desastre de Curio en África frente a Atio Varo y Juba.
47. Motín en Placentia.
48. Segunda estancia de César en Roma.
49. Los preparativos de Pompeyo.
- 50-51. Arenga de Pompeyo a sus tropas.
52. César marcha a Bríndisi.
53. Arenga de César a sus tropas.
54. César cruza al Epiro. Primeras operaciones.
55. César y Pompeyo marchan hacia Dirraquio.
56. Acampada junto a Dirraquio de César y Pompeyo.
57. César intenta cruzar a solas el Adriático.
58. César ordena a sus generales que hagan cruzar el Adriático al resto de las tropas.
59. Antonio atraviesa el Adriático.
60. Escaramuzas entre las tropas de César y Pompeyo.
61. César trata de bloquear a Pompeyo.
62. Captura del campamento de César por Pompeyo.
63. Mutación sorprendente en la moral de las tropas cesarianas.

64. César marcha a Tesalia.
65. Pompeyo celebra un Consejo.
66. Pompeyo decide rendir por hambre a César.
67. Pompeyo cambia de estrategia ante las presiones de sus acompañantes.
68. Prodigios antes de la batalla.
69. Abatimiento de Pompeyo.
- 70-71. Número de efectivos de César y Pompeyo.
72. Arenga de Pompeyo.
- 73-74. Arenga de César.
- 75-76. Orden de batalla de ambos ejércitos.
77. Reflexiones de César y Pompeyo antes de la batalla.
- 78-81. Batalla de la Farsalia.
82. Bajas sufridas por ambos bandos.
83. Huida de Pompeyo.
- 84-86. Pompeyo en Egipto. Su muerte.
87. Dispositivos de las fuerzas de Pompeyo a la muerte de éste.
88. Rendición de la flota de Casio.
89. César parte para Asia Menor y Egipto.
90. La guerra alejandrina.
91. Campaña de César contra Farnaces.
- 92-94. César retorna a Roma. Motín de los soldados.
95. César desembarca en África.
96. Avance de Escipión.
97. La batalla de Tapso.
- 98-99. Muerte de Catón en Útica.
100. César completa su victoria.
- 101-102. César celebra cuatro triunfos en Roma.
103. César parte para España.
- 104-105. Batalla de Munda.
106. Honores tributados a César.
- 107-110. Intentos de proclamar rey a César.
- 111-117. Los Idus de marzo.
118. Confusión en Roma tras el asesinato.
119. Estado de ánimo de los asesinos.
120. Medidas tomadas por los cesaricidas.
121. La actitud del pretor Cinna y del populacho sobornado.
122. Propuesta de Dolabella.
123. Los cesaricidas envían emisarios para negociar con Lépido y Antonio.

- 124. Respuesta de Antonio.
- 125. Situación en la ciudad (madrugada del 17 de marzo).
- 126. Convocatoria de Antonio para una sesión del senado.
- 127. Inicio de la discusión senatorial.
- 128. Intervención de Antonio.
- 129. Desconcierto entre los senadores.
- 130. Argucias de Antonio con el pueblo.
- 131. Discurso ambiguo de Lépido a la multitud.
- 132. Ofrecimiento del Pontificado Máximo a Lépido. Antonio decide salvar la vida a los asesinos.
- 133-134. Antonio se dirige a los senadores.
- 135. Se ratifican los *Acta Caesaris* y se aprueban otra serie de decretos.
- 136. Alocución de Pisón al senado.
- 137-141. Discurso de Bruto en el Capitolio.
- 142. El pueblo es cautivado por el discurso de Bruto.
- 143. Lectura del testamento de César. Nuevo cambio de actitud en la plebe.
- 144-146. *Laudatio funebris* de Antonio.
- 147. Desmanes del pueblo enloquecido.
- 148. El cadáver de César es incinerado.
- 149-154. Comparación entre César y Alejandro.

1 Después del poder monárquico de Sila y de las operaciones que posteriormente habían llevado a cabo Sertorio y Perpenna en España, tuvieron lugar entre los romanos otras luchas civiles de naturaleza similar hasta que Gayo César y Pompeyo el Grande combatieron entre sí. César destruyó a Pompeyo, y a César lo asesinaron en el edificio del senado algunos hombres bajo la acusación de aspirar a un poder real. Este segundo libro de las *Guerras Civiles* muestra cómo sucedieron estos hechos y cómo perdieron sus vidas Pompeyo y César.

Pompeyo, al poco tiempo de haber limpiado el mar de piratas que por entonces eran mucho más numerosos en todas partes, dio muerte a Mitridates, rey del

Ponto, y organizó el imperio de éste y todos aquellos pueblos que él había sometido en el oriente. César era todavía un hombre joven, poderoso de palabra y de acción, osado en todo, lleno de confianza en todo, sin recato en la búsqueda de honores por encima de sus posibilidades. Mientras era aún edil y pretor, se había cargado de deudas y se había hecho grato a la multitud de forma extraordinaria, pues el pueblo siempre alaba a los dadivosos ¹.

Gayo Catilina ² era un hombre preclaro, en razón de ² la importancia de su fama y la brillantez de su linaje,

¹ Capítulo de resumen e introducción al relato de la conjuración de Catilina, que abre la narración histórica contenida en el libro II. En la segunda mitad de este capítulo se da una panorámica de los hechos ocurridos entre el 70 a. C. y el 63 a. C.

² Para el análisis de los caps. 2 al 7, que contienen el relato de Apiano sobre la conjuración de Catilina, cf. N. I. BARBU, *Les sources et l'originalité d'Appien dans le deuxième livre des Guerres Civiles*, París, 1934, págs. 9 y sigs. Este autor concluye que Apiano tuvo aquí presente una fuente latina que se remonta básicamente a Salustio, pero que comporta algunos detalles no presentes en el relato de Salustio y que se apoyan en una fuente intermedia. Sobre este particular, cf., tb., E. GABBA, *Appiano e la storia delle Guerre Civili*, Florencia, 1956, págs. 106 y sigs. El nombre de Catilina era Lucio Sergio Catilina. Un buen comentario sobre el *bellum Catilinae* es el de P. MCGUSHIN, *Bellum Catilinae. Commentary*, Brill-Leiden, 1977. Es especialmente valiosa para esta parte de la historia de Roma la obra de GRUEN, *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley, 1974, y, en concreto, sobre la mentada conjuración, págs. 416-433. Para cuestiones prosopográficas sigue siendo digno de consulta el libro de SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939 (citaré por la reimp. de 1974). Véase, recientemente, W. STEIDLE, «Beobachtungen zu Appians *Emphyliá*», *Hermes* 111 (1983), 402 y sigs., en especial, 411-418: «Die catilinarische Verschwörung». Este autor pretende destacar en este artículo, estudiando algunos episodios de las *Guerras Civiles* de Apiano, lo peculiar y genuino de este historiador frente al resto de la tradición historiográfica. Lo que le lleva, en consecuencia, a disentir sobre determinados puntos de vista generalmente aceptados para establecer las fuentes de Apiano. En este caso, el relato de Salustio. Según Steidle, habría que atribuir al propio Apiano mayor participación en la configuración de su obra de la que generalmente se le otorga.

pero era un loco que parecía incluso que, en cierta ocasión, había matado a su propio hijo a causa de su amor por Aurelia Orestila³, porque ésta no aceptaba casarse con un hombre que tenía un hijo. Había sido amigo y partidario ferviente de la facción de Sila, y, reducido a la pobreza por dar satisfacción a su ansia de honores, era adulado, no obstante, por hombres y mujeres poderosos y se presentó como candidato al consulado para acceder por esta vía al poder absoluto. Confiando plenamente en ser elegido, resultó derrotado, debido a que se sospechaba de sus planes, y obtuvo la magistratura en su lugar Cicerón, el más elocuente orador y retórico de su época⁴. Catilina, para ultrajar a aquellos que le habían elegido, se burló de él llamándole «hombre nuevo»⁵ en razón de su oscuro linaje —pues así llaman a los que tienen fama por sus propios méritos y no por los de sus antepasados—, y por su vecinamiento en la ciudad lo llamó «inquilino»⁶ —vocablo con el que designan a los que viven en casas que son de otros—. Desde este momento, Catilina se apartó por completo de la política, porque no comportaba, en absoluto, de manera segura y rápida, un poder omnímodo, sino que estaba llena de rivalidad y envidia. Tras reunir mucho di-

³ Era hija de Gn. Aufidio Orestes, cf. sobre él, GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 126-127 y n. 22.

⁴ Comicios del 63 a. C. (cf. sobre ellos en general, GRUEN, *ibid.*, págs. 136-137). En ellos resultaron elegidos M. Tulio Cicerón y G. Antonio Hybrida, hijo del célebre orador M. Antonio y hermano de M. Antonio Crético, el cual ya había desempeñado la pretura en el 60 a. C. con Cicerón (cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Antonius*, núm. 19, col. 2577).

⁵ Por este apelativo de *homo novus* (cf. SALUST., *Conj. Catil.* 23) se significaba aquella persona cuyos antepasados no habían desempeñado ningún oficio curul, es decir no habían sido ediles curules, pretores o cónsules; cf., en general, sobre los *novi homines*, T. P. WISEMAN, *New Man in the Roman Senate*, Oxford, 1971.

⁶ Explicación correcta de Apiano que translitera al griego el término latino *inquilinum*. En esta aclaración y en la anterior hemos de ver, una vez más, un inciso de este autor destinado al lector griego.

nero de numerosas mujeres que esperaban acabar con sus maridos en la insurrección, se conjuró con algunos senadores y caballeros y congregó a plebeyos, extranjeros y esclavos. Tenía como jefes de todos éstos a Cornelio Léntulo⁷ y a Cetego⁸, que eran entonces los pretores urbanos. Envió por Italia emisarios a los soldados de Sila que habían gastado ya las ganancias de su anterior vida de pillaje y que estaban ansiosos de hechos similares; a Fesula, en Etruria, envió a Gayo Manlio⁹, y al territorio del Piceno y a Apulia a otros¹⁰, los cuales reunieron en secreto un ejército para él.

Cuando todos estos hechos no eran todavía conocidos, Fulvia¹¹, una mujer de alcurnia, se los comunicó a Cicerón. Su amante, Quinto Curio¹², un hombre que a causa de su vida oprobiosa había sido expulsado del senado y juzgado digno de tomar parte en esta conjura de Catilina, había referido a su amada en tono orgulloso y con jactancia que en breve sería poderoso. Pero

⁷ P. Cornelio Léntulo Sura, pretor en el 75 a. C. y cónsul en el 71 a. C., fue expulsado del senado en el 70 a. C. por los censores (cf. GRUEN, *The Last Generation...*, pág. 44 y n. 135 sobre esta cuestión); para lograr la readmisión buscó y obtuvo la pretura en el 63 a. C. (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Cornelius*, núm. 240, col. 1399).

⁸ G. Cornelio Cetego pertenecía, como el anterior, a la *gens* Cornelia (cf. MÜNZER, *ibid.*, s.v. *Cornelius*, núm. 89). Para otros conjurados, cf. SALUST., *Conj. Catil.* 17.

⁹ Había ocupado un cargo en el ejército de Sila y fue líder de los colonos de Sila descontentos en Arretio y Fesula (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Manlius*, núm. 18, y GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 422-23 y n. 66).

¹⁰ Según SALUST., *Conj. Catil.* 27, 1, al territorio del Piceno envió a un cierto Septimio Severo (*municeps*), y a la Apulia a G. Julio. Año 62 a. C.

¹¹ SALUST., *ibid.*, 23, habla de ella también como *muliere nobili*, pero su identidad exacta es desconocida.

¹² Perteneciente a la misma casa que M. Curio Dentato, cónsul en 290 a. C. y oponente famoso de Pirro (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Curius*, núm. 7).

ya circulaba también un rumor acerca de lo que estaba sucediendo en Italia. Así pues, Cicerón dispuso por la ciudad, a intervalos, puestos de vigilancia y envió a muchos miembros de la nobleza a todos los lugares sospechosos para que estuvieran al tanto de lo que ocurriese. Catilina, por su parte, como nadie se atrevía aún a ponerle la mano encima porque se desconocía lo que pasaba con exactitud, temiendo, no obstante, y mirando con desconfianza que el asunto se prolongara, puso su esperanza en la rapidez. Y envió dinero a Fesula, instando a los conjurados a dar muerte a Cicerón y a incendiar la ciudad durante esa misma noche por diversos lugares. Después partió a reunirse con Gayo Manlio, con la intención de reclutar de inmediato otro ejército y atacar la ciudad mientras ardía. Catilina, con suma presunción, hizo llevar ante sí las fasces y segures, como si fuera un procónsul y realizó su viaje hacia Manlio reclutando tropas. Léntulo y los conjurados decidieron que, cuando se enteraran de que Catilina se encontraba en Fesula, él en persona y Cetego se presentarían muy de mañana a las puertas de la casa de Cicerón con unos puñales escondidos y que, cuando les franquearan el paso en razón de su dignidad, charlando de cualquier cosa prolongarían la conversación en el vestíbulo y lo matarían una vez que lo hubieran separado de los suyos, y que Lucio Bestia¹³, el tribuno, convocaría de inmediato a una asamblea por medio del heraldo y acusaría a Cicerón de ser en todo momento un hombre tímido, provocador de guerras y de alborotar a la ciudad sin motivo, y que, después de la acusación de Bestia, de inmediato, a la noche siguiente otros hombres prenderían fuego a la ciudad por doce sitios y se entregarían al saqueo y matarían a los ciudadanos más destacados.

¹³ L. Calpurnio Bestia, tribuno de la plebe en el 62 a. C. y descendiente, tal vez nieto, del cónsul homónimo del 111 a. C. (cf. MÜNZER, *ibid.*, s.v. *Calpurnius*, núm. 24-25), era otro de los conjurados.

Éstos eran los planes de Léntulo, Cetego, Estatilio ¹⁴ 4 y Casio ¹⁵, los líderes de la insurrección y aguardaban la ocasión. Unos emisarios de los alóbroges (que estaban presentes en Roma) para acusar a sus magistrados, fueron incitados a participar en la conjura de Léntulo a fin de que sublevaran la Galia contra los romanos. Léntulo los envió a Catilina en compañía de Vulturcio ¹⁶, un hombre de Crotona, que era portador de una misiva escrita, pero sin signar. Sin embargo, los alóbroges, como estuvieran en duda, comunicaron el hecho a Fabio Sanga ¹⁷, que era su patrono ¹⁸, puesto que existía la costumbre de que todas las ciudades (provinciales) tuvieran un patrono en Roma. Cicerón se enteró por medio de Sanga, y apoderándose de los alóbroges y de Vulturcio cuando estaban en camino, los condujo directamente al senado. Ellos reconocieron todo cuanto sabían en confidencia con la gente de Léntulo, y, en el careo con aquéllos, testificaron que Cornelio Léntulo de-

¹⁴ L. Estatilio era otro conjurado, del orden ecuestre (cf. MÜNZER, *ibid.*, s.v. *Statilius*, núm. 6).

¹⁵ L. Casio Longino, pretor con Cicerón en el 66 a. C. y candidato derrotado en las elecciones consulares del 63 a. C. Fue desterrado después en virtud de la *lex Plautia de vi* (cf. MÜNZER, *ibid.*, s.v. *Cassius*, núm. 64).

¹⁶ Un *municeps*, miembro de aristocracias locales en Italia, algunos de los cuales gozaban de gran influencia en Roma por su participación en los *comitia centuriata* y por sus vínculos personales con los políticos romanos (sobre su incorporación a veces al senado, cf. WISEMAN, *New Man...*).

¹⁷ Patricio romano, descendiente, según algunos eruditos, de Q. Fabio Máximo *Allobrogicus*, cuyo cognomen lo obtuvo por haber reducido al pueblo de los alóbroges, por mucho tiempo insumiso a Roma (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Fabius*, núm. 143).

¹⁸ Era habitual en Roma que individuos de la nobleza o de familias de alcurnia fueran patronos de pueblos enteros. Tales *patroni* eran, generalmente, aquellos que los habían sometido por las armas o que habían sido gobernadores de ellos (cf. Cíc., *De offic.* 1, 35). Los derechos de patronazgo pasaban con frecuencia a los descendientes.

cía en numerosas ocasiones que estaba escrito por el destino que tres Cornelios se harían con el poder supremo en Roma, de los que ya se habían hecho dos, Cinna y Sila.

- 5 Después del testimonio de ellos, el senado despojó a Léntulo de su cargo, y Cicerón, repartiendo a cada uno de los conspiradores bajo custodia en las casas de los pretores, regresó de inmediato y recabó el voto sobre ellos. Había un tumulto alrededor del edificio del senado, pues todavía no se conocía con exactitud el hecho, y miedo entre los conspiradores. Los esclavos y libertos del propio Léntulo y de Cetego, además de muchos artesanos, dieron un rodeo por calles traseras hacia las casas de los pretores con la intención de rescatar a sus dueños. Y Cicerón, al enterarse de ello, salió a toda prisa del senado y, habiendo distribuido guardias en los lugares estratégicos, regresó y urgió la decisión. Silano ¹⁹, el cónsul electo, fue el primero en hablar, pues era costumbre entre los romanos que el que se disponía a ejercer el consulado fuera el primero en exponer su decisión, puesto que, creo, al tener que ejecutar él la mayor parte de los decretos pensaban que, por este motivo, reflexionaría con mayor circunspección y cuidado sobre cada asunto ²⁰. Silano estimó que los

¹⁹ D. Julio Silano, cónsul electo (*designatus*) para el 62 a. C. con L. Licinio Murena. Estaba casado con Servilia hermanastra de Catón y madre, en virtud de un matrimonio anterior, de M. Bruto, el asesino de César (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Iunius*, núm. 163, y T. R. S. BROUGHTON, *The magistrates of the Roman Republic*, I-II y supl., Nueva York, 1950-1960, II, pág. 172 —cit., en adelante, BROUGHTON—).

²⁰ Doble observación aclaratoria de Apiano, la primera de ellas se refiere a la prerrogativa usual entre los romanos de que el *consul designatus* hablara en primer lugar (cf. SALUST., *Conj. Catil.* 50); la segunda constituye una interpretación personal de la anterior. Esta costumbre, por lo demás, parece que era bastante antigua (cf. CIC., *Fil.* 5, 35) y se aplicaba en la segunda mitad del año, cuando tenían lugar los comicios consulares para el año próximo. En la primera mitad era

conjurados merecían la pena máxima y muchos eran de su misma opinión, hasta que llegó el turno a Nerón²¹ de expresar su parecer, y Nerón juzgó que debían quedar bajo custodia hasta que vencieran a Catilina con la guerra y se enteraran con la mayor exactitud de los hechos.

Gayo César²², que no estaba limpio de sospecha de estar en connivencia con los conspiradores, aunque Cicerón no se atrevía a llevar a juicio público también a este hombre, que era grato en demasía para el pueblo, propuso que Cicerón repartiera a los conjurados por las ciudades de Italia que juzgara oportunas hasta que, una vez derrotado Catilina en el campo de batalla, fueran sometidos a un juicio regular, y que no se ejecutara ninguna acción irreparable, previa a los alegatos y al juicio, contra unos hombres nobles. Como la propuesta pareció justa y aceptable, la mayoría cambió de parecer totalmente hasta que Catón reveló ya claramente su sospecha hacia César, y Cicerón, que temía la proximidad de la noche —no fuera a ser que la masa de hombres implicados en la conjura, que se mantenía

habitual que hablara en primer lugar el *princeps senatus*, seguido de los *consulares*, pero el magistrado-presidente podía alterar el orden a su discreción (cf. GEL., XIV 7, 9).

²¹ T. Nerón, legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas (cf. APIANO, *Mitrid.* 95). Su hijo T. Claudio Nerón, cuestor en el 48 a. C., mandó la flota de César en Alejandría y, en un debate el 17 de marzo del 44 a. C., propuso honores públicos para los tiranicidas (cf. SUET., *Tib.* 4, 1). El hijo de este cuestor fue el emperador Tiberio (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Claudius*, núm. 253).

²² En SALUST., *Conj. Catil.* 50, se citan también los mismos oradores que en Apiano, correspondiendo el grueso del debate a los discursos de César y Catón, que sintetizan las dos corrientes de opinión mayoritarias entre los senadores. Este debate senatorial tuvo lugar el 5 de diciembre del 63 a. C. No aparece, sin embargo, en el historiador latino ninguna alusión a la corresponsabilidad de César en la conjura (cf. GRUEN, *The Last Generation...*, pág. 281 y n. 79, para otros detalles; sobre las posibles fuentes, cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 106).

aún en suspenso en el foro y temía por su vida y por la de los conjurados, llevara a cabo un acto desesperado—, persuadió al senado a que fueran condenados sin juicio por haber sido cogidos «in fraganti». Y acto seguido, mientras el senado seguía reunido todavía, Cicerón trasladó a cada uno de ellos desde las casas a la prisión sin que la multitud se enterara, y contempló su ejecución. Luego regresó y comunicó a los que estaban en el foro que estaban muertos. Y ellos se dispersaron llenos de temor y contentos por ellos mismos en la idea de que no habían sido descubiertos.

De este modo la ciudad respiró del mucho miedo que se había cernido sobre ella en aquel día.

- 7 Sin embargo, Catilina había reunido veinte mil hombres ²³, de los que había provisto de armas a una cuarta parte, y se hallaba en camino hacia la Galia en busca de los pertrechos restantes. Antonio ²⁴, el otro cónsul, lo alcanzó al pie de los Alpes ²⁵, y venció ²⁶ sin dificultad a un hombre que había concebido locamente una empresa extraordinaria y la había intentado materializar sin preparativos, de forma aún más insensata. No obstante, ni Catilina ni ningún otro miembro de la nobleza que estuviera en el complot juzgaron digno escapar, sino que se lanzaron contra los enemigos y perecieron.

²³ Cifra sensiblemente superior a la que da SALUSTIO (*Conj. Catil.* 56), quien habla de dos legiones. El número máximo de integrantes de una legión fue de 6.000, luego la cifra máxima, según el dato de Salustio, habría sido de 12.000 hombres.

²⁴ Cf. n. 4.

²⁵ La batalla tuvo lugar en las estribaciones de los Apeninos por su parte sur, concretamente en los alrededores de la ciudad de Pistoria (cf. SALUST., *Conj. Catil.* 57), hoy día Pistoia, ciudad ligeramente al noroeste de Florencia.

²⁶ En realidad, no fue Antonio el artífice de la derrota, sino su legado M. Petreyo, a quien cedió el mando por hallarse enfermo de los pies (cf. SALUST., *ibid.*, 59 ss.).

Así acabó la conjuración de Catilina, que estuvo en un tris de poner a la ciudad en el peligro extremo. Y Cicerón, que era conocido de todos sólo por el poder de su palabra, entonces también estuvo de boca en boca como hombre de acción y fue tenido de modo incuestionable por el salvador de la patria en trance de desaparecer; obtuvo el agradecimiento público de la asamblea y plácemes de muy diversa índole. Cuando Catón le llamó el padre de la patria²⁷, el pueblo lo ratificó a gritos. Y algunos son de la opinión de que este apelativo honorífico tuvo su origen a partir de Cicerón y pasó luego a aquellos emperadores de nuestro tiempo²⁸ que parecen ser dignos de él; pues a éstos, aunque son reyes, no se les otorga al comienzo mismo de su mandato junto con los demás títulos honoríficos, sino que este título es decretado en el transcurso del tiempo y con reluctancia, como una culminación testimonial para los máximos servicios.

César, elegido pretor²⁹ para España, fue retenido en 8 Roma por algún tiempo por sus acreedores, pues debía mucho más de lo que disponía a causa de su ambición de honores. Cuentan de él, en efecto, que había dicho que necesitaba veinticinco millones de sestercios para no tener nada. Sin embargo, arregló como pudo las cosas con los que lo apremiaban y, cuando llegó a España, se desentendió de los negocios públicos en las ciudades, de la administración de justicia y de todos los

²⁷ Este dato no aparece en Salustio y debe remontar, por tanto, a una fuente intermedia, como en el caso de la posición de César respecto a la conjura (cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 107).

²⁸ Alusión a la época imperial, a la que Apiano gusta de referirse buscando antecedentes y hábitos de su época. Sobre la costumbre de dar el título de *pater patriae* a los emperadores, cf. MOMMSEN, *Röm. Staatsrecht*. (7 vols.), Leipzig, 1887..., II³, pág. 800; para el origen e historia de este término, cf. S. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, 1971, págs. 200 y sigs.

²⁹ César fue propretor en España del 61 al 60 a. C.

otros asuntos por el estilo como inútiles para sus propósitos, pero reunió a un ejército y atacó uno a uno a los pueblos de España que aún quedaban por someter hasta que redujo en su totalidad a este país al vasallaje de Roma, y envió muchas riquezas al erario público romano. Por este motivo el senado lo recompensó con un triunfo. Cuando hacía los preparativos de la procesión en los arrabales de Roma con vistas a su máxima brillantez, eran los días en los que tenía lugar la presentación de la candidatura al consulado³⁰, pero el que se presentaba como candidato debía estar presente y la ley no permitía que el que entrara en la ciudad regresara ya para el triunfo³¹. César, ansioso en demasía por alcanzar la magistratura y no teniendo preparada la procesión, envió emisarios al senado con el ruego de que se le concediera hacer su presentación como candidato, puesto que estaba ausente, a través de sus amigos, pues aunque sabía que esto era ilegal, ya había sido hecho con otros³². Sin embargo, Catón se opuso a ello y utilizó el último día de la presentación de candidaturas para hacer su discurso. Entonces, César, despreciando su triunfo, corrió al interior de la ciudad y, presentándose como candidato al cargo, aguardó a los comicios.

³⁰ Segunda quincena de julio del 60 a. C. Véase STEIDLE, «Beobachtungen 405-411: «Caesars erstes Consulat», y lo dicho al respecto, en nota 2 a este libro.

³¹ En efecto, de acuerdo con la ley *Tullia de ambitu*, del 63 a. C. (cf. G. ROTONDI, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, reimp. 1966, págs. 379 y 412, y GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 223 y n. 58, y págs. 455 y sigs.), el candidato debía presentar su candidatura dentro de los límites del *pomerium*. Y, de otro lado, si entraba, no podía regresar para celebrar el triunfo. Sobre el rechazo a la candidatura de César *in absentia*, cf. SUET., *Iul.* 18; PLUT., *Cato* 31, 2-3; *Caes.* 13, 1; DIÓN CAS., XXVII 54, 1; y GRUEN, *The Last Generation...*, páginas 89 y 128-141, para las elecciones consulares en la década de los 60.

³² G. Mario había sido elegido cónsul «en ausencia» para los años 104, 103 y 101 a. C.

Entretanto, Pompeyo, que, a consecuencia de la guerra mitridática ³³, había llegado a un gran grado de gloria y de poder, pretendía que el senado ratificara cuantas numerosas concesiones había hecho a reyes, príncipes y ciudades. La mayoría de los senadores, no obstante, se oponían por envidia, y en especial Lúculo ³⁴, quien había dirigido la guerra contra Mitridates antes que Pompeyo y consideraba la victoria sobre aquél como obra suya porque le había dejado a Pompeyo el rey en un estado extremo de debilidad. Craso ³⁵ cooperaba con Lúculo en este asunto. Pompeyo, por consiguiente, se encolerizó y trabó amistad con César, y le prometió bajo juramento que lo apoyaría en sus aspiraciones al consulado. Y este último lo reconcilió de inmediato con Craso. Así, estos tres hombres, teniendo el máximo poder sobre todos, se coaligaron en sus intereses mutuos. Un escritor romano, Varrón ³⁶, abarcando esta coalición en un solo libro escribió *Tricáranos* ³⁷.

El senado, sospechando de ellos, eligió a Lucio Bíbulo ³⁸ para compartir el consulado con César a fin de contrarrestar su poder.

³³ Cf. APIANO, *Mitrid.* 97 ss. Sobre la situación de prepotencia de Pompeyo, cf. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 28 y sigs.

³⁴ L. Licinio Lúculo, antecesor en el mando de Pompeyo en la guerra contra Mitridates (cf. APIANO, *Mitrid.* 72 ss.). Había sido procónsul en Bitinia y en el Ponto entre 73-67 a. C. (cf. n. 104 al l. I).

³⁵ M. Licinio Craso, el triunviro (cf. n. 284 al l. I). Fue procónsul en Siria en el 54-53 a. C. Murió en Carrae en el 53 a. C.

³⁶ M. Terencio Varrón, escritor romano (116-27 a. C.).

³⁷ Palabra griega que significa «Tricéfalo». Libelo que contenía una crítica del triunvirato (cf., sobre la propaganda antitriunviral, J. CARCOPINO, *Julio César*, Madrid, 1974 (trad. esp. de *Jules César*, París, 1968), págs. 244-46, y sobre la posición de Varrón, cf. GRUEN, *The Last Generation...*, pág. 95.

³⁸ Se trata no de Lucio, sino de M. Calpurnio Bíbulo, elegido colega de César para el consulado del 59 a. C. Ya antes había sido colega suyo en el edilato (65 a. C.). Era amigo de Catón y gozaba del apoyo del senado en estas elecciones junto con L. Luceyo (cf. MÜNZER, en

- 10 Al punto surgieron disputas entre ellos e hicieron preparativos de armas cada uno en secreto para atacarse mutuamente. Mas César, que era hábil para disimular, pronunció discursos en el senado para tratar de la concordia con Bíbulo, sugiriendo que dañarían los intereses del Estado, si mantenían diferencias entre sí. Y como se le creyó que hablaba con sensatez y tuvo ya a Bíbulo con la guardia baja, falto de preparación y sin sospechar todavía nada de lo que ocurría, preparó en secreto una gran cantidad de tropas y llevó ante el senado propuestas de leyes³⁹ en defensa de los pobres, consistentes en el reparto de tierras a éstos. La parte mejor de la tierra, especialmente alrededor de Capua, que era arrendada a beneficio del Estado, propuso repartirla a los que fueran padres de tres hijos y consi-

RE, s.v. *Lucceius*, núm. 6), dado que el senado no había previsto, en un principio, el triunfo de César.

³⁹ La primera medida legislativa fue la *lex Iulia repetundarum* (59 a. C.), a la que no alude aquí Apiano y que estaba destinada a mejorar el gobierno de las provincias frente a la depredación de sus gobernadores; contenía, además, otras reformas de tipo administrativo (cf. GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 240-243).—En este caso se trata de la *lex Iulia agraria* (59 a. C.), una primera *rogatio* agraria (hubo otra segunda, que fue inmediata a ésta y más radical). Esta ley era el último episodio «de estilo graco» que tuvo lugar durante la República y aunaba dos *rogationes* anteriores, la *Servilia* y la *Flavia* de los años 64-63 y 60 a. C., respectivamente, que fueron abortadas por Cicerón desde enero del 63 a. C. (cf. C. NICOLET, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, I (trad. cast.), Barcelona, 1982, pág. 63). Ambos proyectos de ley agraria se dieron entre enero y abril del 59 a. C., y en el segundo de ellos se incluía el reparto del *ager publicus* de Campania (que había sido exceptuado en el primero, de ahí que se la conozca también como *lex Campana*). Por otra parte, es con motivo de esta ley la última vez cuando oímos hablar de una ley agraria que contemplara asignaciones o distribuciones de tierras a ciudadanos civiles pobres. A partir de entonces los beneficiarios serían únicamente los veteranos, de César en primer lugar y luego los de las guerras civiles, que serían instalados en Italia y las provincias (cf. NICOLET, *ibidem*; GRUEN, *op. cit.*, págs. 397-401).

guió comprar en su favor por medio de esta gracia a una cantidad enorme de personas, pues sólo de los que tenían tres hijos aparecieron de golpe veinte mil. Pero, cuando muchos se opusieron a su moción, fingiendo estar irritado porque no obraban con justicia se marchó y no reunió ya al senado en todo el año, sino que hablaba al pueblo desde la rostra. En una asamblea preguntó a Pompeyo y Craso qué opinaban de sus propuestas de ley; ellos las aprobaron y el pueblo acudió a la votación con espadas ocultas.

El senado —puesto que nadie lo convocaba ni la ley ¹¹ permitía a uno de los cónsules convocarlo sin el consentimiento del otro— se reunió en la casa de Bíbulo, pero no tomó ninguna medida que se opusiera al poder y a los preparativos de César. Sin embargo, planearon que Bíbulo se opusiera a las propuestas de ley y no dar así la impresión de que el senado se despreocupaba, sino de que era derrotado a la fuerza. Convencido de ello, pues, Bíbulo irrumpió en el foro mientras César se estaba dirigiendo todavía al pueblo. Se produjo un brote de discordia, un tumulto e, incluso, hubo golpes, y los que llevaban espadas rompieron las fascas y enseñas de Bíbulo e hirieron a algunos de los tribunos que lo rodeaban. No obstante éste, sin amedrentarse en absoluto, ofreció su cuello desnudo y a gritos invitó a los partidarios de César a que lo golpearan, «pues si no puedo persuadir a César de que obre justamente», dijo, «muriendo de este modo, arrojaré sobre él la impureza y el estigma de este crimen». Sus amigos, sin embargo, lo sacaron afuera contra su voluntad hasta el templo cercano de Júpiter Estátor ⁴⁰, y Catón, que había sido enviado, se abrió paso a la fuerza, como hombre joven que era, hasta el centro de la multitud y empezó a ha-

⁴⁰ Para los santuarios romanos de Júpiter, cf. PLATNER-ASHBY, *Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Oxford, 1929, págs. 291 y sigs.

blarles, pero fue levantado en alto por los partidarios de César y sacado al exterior. De nuevo, sin ser visto, por otras calles retornó a lo alto de la tribuna y, como nadie le escuchaba, desesperó de pronunciar un discurso, mas insultó con acritud a César hasta que también en esta ocasión fue arrojado desde lo alto y César logró aprobar sus propuestas de ley.

- 12 Después de esto, hizo jurar al pueblo que observaría por siempre estas leyes y ordenó al senado que hiciera lo mismo. Sin embargo, muchos senadores se opusieron, incluido Catón, así que César propuso la pena de muerte para el que no jurase, y el pueblo lo ratificó. Y al punto juraron los demás llenos de temor, incluyendo los tribunos, pues ya no tenía ninguna utilidad oponerse a la ley, una vez que ésta había sido ratificada por los otros. Entonces Vetio⁴¹, un plebeyo, penetró corriendo en la mitad del foro con una espada desenvainada y dijo que había sido enviado por Bíbulo, Cicerón y Catón para matar a César y a Pompeyo, y que Postumio, un lictor de Bíbulo, le había entregado la espada. Aunque el asunto resultaba sospechoso desde ambos puntos de vista, César se sirvió de él para exasperar a la multitud, pero pospusieron para el día siguiente el examen de Vetio. Y éste, puesto en prisión bajo custodia, fue asesinado durante la noche. Como el suceso fue objeto de muy diversas conjeturas, César no dejó escapar la ocasión y dijo que los autores del hecho habían sido los que tenían miedo, hasta que el pueblo estuvo de acuerdo en proporcionarle una guardia contra los conspiradores. Bíbulo se abstuvo de todos los asuntos públicos, como si fuera un ciudadano privado, y no

⁴¹ Cf. CARCOPINO, *Julio César*, págs. 248 y n. 1, quien mantiene como fecha de este episodio la de finales de septiembre del 59 a. C. GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 95-96 y notas, aporta bibliografía y da como fecha mediados de verano o comienzos de otoño del 59 a. C.

salió de su casa durante todo el resto de su mandato, y, a su vez, César, cuando tuvo él solo el poder sobre el gobierno, no llevó a cabo ya ninguna investigación acerca de Vetio.

César, tratando de congraciarse al pueblo, sacó adelante 13 otras leyes e hizo que fueran ratificados todos los actos de Pompeyo tal como le había prometido. Los caballeros, que ocupaban un lugar intermedio entre los plebeyos y los senadores en cuanto a rango ⁴², muy poderosos en todo a causa de su propio peculio y de los vectigales públicos y tributos que recibían de las provincias, y a causa de la gran cantidad de esclavos fidelísimos que tenían para estos menesteres, reclamaban, desde hacía mucho tiempo, del senado la condonación de una parte de los impuestos que debían. El senado dejaba pasar el tiempo. César, como no necesitaba entonces al senado para nada y sólo se servía del pueblo, les eximió de una tercera parte de sus alquileres. Y ellos, con motivo de este favor inesperado que excedía su misma estimación, lo ensalzaron como a un dios, y este otro grupo importante de hombres más poderoso que el de los plebeyos sumó su apoyo a César en virtud de un solo acto de gobierno ⁴³. También les procuró César espectáculos y cacerías de animales salvajes por encima de sus posibilidades tomando préstamos de todas partes y sobrepasando todas las distracciones anteriores en preparativos, en medios y en dádivas espléndidas. Por esta razón lo eligieron gobernador de la Galia Cisalpina y Transalpina por un período de cinco años y le concedieron cuatro legiones para su mandato ⁴⁴.

⁴² Cf. n. 92 al l. I.

⁴³ En l. I, cap. 22, se menciona el mismo hecho referido a Gayo Graco, el cual se granjeó el favor de los *equites* por medio de su ley judicial.

⁴⁴ Se trata de la *lex Vatinia de provincia Caesaris* (59 a. C), una *rogatio* presentada al pueblo por P. Vatinio, tribuno de la plebe en el 59 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 190). La ley proponía la designación

- 14 Al ver César que su ausencia se prolongaría y que la envidia se vería acrecentada, precisamente, en la proporción de la magnitud de los beneficios recibidos, unió en matrimonio a su hija con Pompeyo, aunque estaba prometida a Cepión⁴⁵, temiendo que, pese a ser su amigo, tuviera envidia por causa de su gran prosperidad, y promovió a los más audaces de sus adversarios para las magistraturas del próximo año. Designó cónsul a su amigo Aulo Gabinio^{45 bis}, y él mismo se casó con Calpurnia la hija de Lucio Pisón, colega del anterior en el próximo consulado⁴⁶, mientras Catón gritaba que estaba prostituyendo el imperio con los casamientos. Elijó tribunos a Vatinio y a Clodio Púlquer, el cual, en cierta ocasión, se había hecho sospechoso de una acción vergonzosa con Julia la esposa del propio César⁴⁷,

de César para el gobierno de la Galia Cisalpina y de Iliria, más una dotación de tres legiones, con la facultad de escoger él mismo sus legados y determinar las colonias de ciudadanos (la fecha de este mandato es discutida; algunos postulan 5 años, es decir, hasta el 1 de marzo del 54, así CARCOPINO, *Julio César*, pero GRUEN, *The Last Generation...*, pág. 493 n. 153, parece inclinarse por la no fijación de fecha de expiración del mismo). Por un senado-consulta posterior se incrementó en una más el número de legiones y se añadió la Galia Transalpina (cf. Cic., *De prov. cons.* 36; *Ad Attic.* VIII 3, 3; DIÓN CAS., XXXVIII 8, 5, etc.). El texto de Apiano da, por lo tanto, una refundición incompleta de estas dos medidas legislativas (otros particulares en CARCOPINO, *op. cit.*, págs. 241-242 y sobre todo, n. 1 a pág. 242, y GRUEN, *op. cit.*, pág. 541 n. 34).

⁴⁵ Mediante esta política de alianzas matrimoniales, contra la que se alzaría la voz de Catón, César consiguió el apoyo de Pompeyo en el plebiscito revolucionario de P. Vatinio.

^{45 bis} A. Gabinio (cf. MÜLLER, en *RE*, s.v. *Gabinus*, núm. 11), tribuno de la plebe en el 67 a. C., había propuesto la *lex Gabinia de imperio Gn. Pompeii*, otorgando a Pompeyo un *imperium infinitum* en el mando de la guerra contra los piratas; fue cónsul en el 58 a. C., gobernador de Siria en el 57 a. C. y murió en el 47 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 144 y nn. 7 y 8 a pág. 150).

⁴⁶ Del 58 a. C.

⁴⁷ Se trata de Pompeya, segunda esposa de César, con el que se casó en el 67 a. C.

durante una ceremonia religiosa de mujeres ⁴⁸. César, sin embargo, no quiso juzgarlo porque era muy querido del pueblo, si bien repudió a su mujer ⁴⁹. Pero otros, no obstante, entablaron contra él un proceso judicial acusándole de impiedad en los ritos sagrados, y Cicerón apoyaba la acción de los demandantes ⁵⁰. Y cuando César fue citado para testificar, rehusó e, incluso entonces, lo designó como tribuno de la plebe para atacar a Cicerón que denunciaba ya la connivencia de los triunviros para conseguir la monarquía. De este modo encauzó la ofensa en beneficio propio y favoreció a uno de sus enemigos para vengarse del otro. Parece, sin embargo, que Clodio había devuelto el favor a César con anterioridad al ayudarle a asegurarse el mando de la Galia.

Tales fueron los actos que César llevó a cabo duran- 15
te su consulado, y, una vez depuesta su magistratura, partió de inmediato para su nuevo cargo ⁵¹. Clodio entabló ahora un proceso por ilegalidad contra Cicerón, porque había dado muerte a los seguidores de Léntulo y Cetego sin un juicio previo ⁵². Y Cicerón, que había

⁴⁸ Las *Damia*, fiesta nocturna en honor de la *Bona Dea*, que las matronas debían celebrar cada año, en el mes de diciembre, en la casa de uno de los magistrados *cum imperio* fuera de toda presencia masculina. En diciembre del 62 a. C., se celebró en casa del pretor Julio César y bajo la presidencia de Pompeya la nieta de Sila (sobre esta *pannuchis* importada de Tarento, cf. MACROBIO, I 12, 24 ss.)

⁴⁹ Enero del 61 a. C. En mayo de ese año fue absuelto Clodio.

⁵⁰ Acusador principal fue Cornelio Léntulo Crus, el futuro cónsul del 49 a. C. (cf., sobre este episodio, GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 273-276).

⁵¹ Marzo del 58 a. C.

⁵² Clodio propuso, primero, una *rogatio* conocida como *de capite civis Romani* (febrero-marzo del 58 a. C.), por la que todo romano culpable de haber ejecutado a uno de sus conciudadanos sin previo juicio del pueblo sería castigado con la muerte civil contenida en la vieja fórmula de prohibición del *aqua et igni*. Con posterioridad, en otra *rogatio* complementaria de la anterior se condenaba a Cicerón, blanco

mostrado la más heroica resolución en aquella empresa, resultó el ser más débil en su propio juicio, y, revestido con ropas humildes y lleno de mugre y polvo, suplicaba a quienes encontraba en las calles sin sentir vergüenza siquiera de importunar a los que nada sabían del asunto, hasta el punto de que su actitud, por indecorosa, de lastimosa se trocó en ridícula. A tal grado de cobardía llegó en el único juicio sobre su persona el que, durante toda su vida, se había desenvuelto brillantemente en causas ajenas, de igual modo que también dicen que Demóstenes el ateniense no aguardó a su proceso sino que escapó antes del juicio. Y cuando Clodio interrumpió con energía sus súplicas en las calles, Cicerón desesperó del todo y se exilió, él también, a un exilio voluntario. Una multitud de amigos lo acompañó en su marcha y el senado le dio cartas de presentación para ciudades, reyes y príncipes. Clodio arrasó hasta los cimientos su casa y sus villas, y adquirió tanta fama por este hecho que se parangonó con Pompeyo quien tenía el máximo poder en la ciudad.

- 16 Pompeyo hizo concebir esperanzas en el consulado a Milón⁵³, que había recibido la magistratura en compañía de Clodio, a quien superaba en valor, y lo dispuso contra este último y lo incitó a que sometiera a votación el regreso de Cicerón. Él esperaba que Cicerón, a su regreso, no hablara más sobre el gobierno existente recordando lo que había sufrido, sino que emprendiera un proceso y acciones contra Clodio.

Por tanto, Cicerón que había sido desterrado por mediación de Pompeyo, regresó por mediación de este mismo a los dieciséis meses aproximadamente de su destie-

principal de la ley (cf. CARCOPINO, *Julio César*, págs. 288 y sigs. y nota 1 a pág. 289, y GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 244-246).

⁵³ T. Anio Milón, tribuno en el 57 a. C. (cf. BROUGHTON, II, página 201).

ro⁵⁴, y el senado reconstruyó su casa y sus villas a expensas públicas. Todos le tributaron una brillante acogida a las puertas de la ciudad, y dicen que emplearon todo un día en las saluciones, como ocurrió también cuando regresó Demóstenes.

César, que había llevado a cabo muchos e ilustres 17 hechos de armas entre los galos y britanos, los cuales ya han sido narrados en mi historia de la Galia⁵⁵, regresó cargado de riquezas a la Galia fronteriza con Italia, que está en torno al Po, a fin de dar a su ejército un breve respiro de los continuos combates⁵⁶. Desde aquí envió mucho dinero a gran número de personas en Roma, y salieron a su encuentro por turnos los magistrados de ese año, las gentes notables por otros motivos y cuantos habían partido para el gobierno de las provincias o de los ejércitos. De tal manera que, en alguna ocasión, hubo en torno suyo ciento veinte lictores, más de doscientos senadores, unos para agradecerle lo que ya habían recibido, otros en busca de dinero y otros tratando de conseguir para ellos mismos algún otro provecho de índole similar. Pues César manejaba ya todos los asuntos a causa de su gran ejército, del poder de sus riquezas y de su afable diligencia hacia todos. También acudieron a su lado⁵⁷ Pompeyo y Craso, sus com-

⁵⁴ Hizo su entrada por la puerta Capena (al SE. de Roma) el 4 de septiembre del 57 a. C. (cf. T. LIV., *Per.* 101; PLUT., *Cic.* 33, 3; VEL., II 45. La fecha se obtiene de CIC., *Ad Attic.* IV 1, 5.

⁵⁵ Cf. APIANO, *Gal.* 15-17.

⁵⁶ En abril del 56 a. C. se encontraba en Rávena, en la Galia Cisalpina, que era su cuartel preferido en las Galias (cf. CIC., *Ad Fam.* I 9, 9).

⁵⁷ El encuentro tuvo lugar en la ciudad de Luca, en Etruria, casi en la frontera con la Galia Cisalpina. Sobre la fecha, según RICE HOLMES *The Roman Republic*, 2 vols., Oxford, 1923, II, pág. 295, parece que tuvo lugar el 15 de abril del 56 a. C.; cf., tb., CARCOFINO, *Julio Cesar*, pág. 302, nn. 1 y 2, y GRUEN, «Pompey, the Roman Aristocracy, and the Conference of Luca», *Historia* 18 (1969), 71-108.

pañeros en el poder. En su deliberación decidieron que Pompeyo y Craso fueran nuevamente cónsules⁵⁸ y que a César se le prorrogara por otro quinquenio el gobierno de sus provincias.

Así se separaron y Domicio Ahenobarbo presentó su candidatura como contrincante de Pompeyo para el consulado. En el día señalado, ambos descendieron, todavía de noche, a la llanura para los comicios⁵⁹. Surgieron disputas entre los seguidores de uno y otro y se intercambiaron golpes, hasta que alguien golpeó con una espada al que portaba la antorcha de Domicio. Después de este incidente se produjo una huida y el propio Domicio se puso a salvo en su casa a duras penas, y otros llevaron a casa las ropas de Pompeyo teñidas de sangre⁶⁰. Tan gran peligro corrieron cada uno de ellos.

18 Una vez Craso y Pompeyo habían sido elegidos cónsules, decretaron⁶¹, como habían prometido, otro mandato de cinco años para César. Cuando se repartieron

⁵⁸ Para el año 55 a. C., para el que, en efecto, resultaron elegidos (cf. *infra*, cap. 18). En el año en curso, el 56 a. C., eran cónsules G. Cornelio Léntulo Marcelino y L. Marcio Filippo (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Marcus*, núm. 76; otra bibliografía reciente en GRUEN, *The Last Generation...*, pág. 146 y n. 110).

⁵⁹ Se retrasaron hasta enero del 55 a. C., una vez que había expirado el mandato de los cónsules en ejercicio, dado que el cónsul Léntulo Marcelino era hostil al triunvirato y apoyaba a Domicio Ahenobarbo (sobre estas elecciones de vital importancia, cf. GRUEN, *op. cit.*, pág. 147, y «Pompey...», págs. 95-99).

⁶⁰ Según CARCOPINO, *Julio César*, pág. 325, este incidente tal vez sea una interpolación de otro contexto (cf. PLUT., *Pomp.* 52) y haya que referirlo a las elecciones edilicias del 55 a. C., presididas por Pompeyo, en calidad de cónsul, en las que tuvo lugar el episodio de las ropas ensangrentadas (cf. VAL. MÁX., IV 64, 4).

⁶¹ La *lex Pompeia Licinia de provincia Caesaris* (55 a. C.). Según CARCOPINO, *op. cit.*, pág. 311 y n. 1, esta ley fue posterior a la asignación de las provincias y prorrogaba el mandato de César hasta el 1 de marzo del 50 a. C. Sin embargo, GRUEN, *The Last Generation...*, páginas 492-493 y notas, mantiene que, igual que en la *lex Vatinia*, no se estipulaba ninguna fecha de expiración del mismo.

las provincias ⁶² y el ejército entre sí, Pompeyo eligió España y África, y, enviando a éstas a sus amigos, él se quedó en Roma ⁶³; Craso escogió Siria y la zona limítrofe con ella porque deseaba la guerra contra los partos, que pensaba iba a ser fácil, gloriosa y lucrativa. Sin embargo, cuando este último abandonaba la ciudad, se produjeron muchos presagios desfavorables y los tribunos prohibieron que hiciera la guerra a los partos, porque éstos no habían cometido ninguna ofensa. Como no les obedeció, invocaron maldiciones públicas contra él a las que Craso no prestó atención, y pereció en Partia ⁶⁴ con un hijo homónimo y con su ejército, pues de cien mil hombres apenas diez mil escaparon a Siria. El desastre de Craso, no obstante, lo describiré mi historia de Partia. Como los romanos estaban agobiados por el hambre, eligieron a Pompeyo con plenitud de poderes sobre el aprovisionamiento ⁶⁵ y le concedieron, en

⁶² La asignación de las provincias se hizo en virtud de una *rogatio* presentada por el tribuno G. Trebonio, la *lex Trebonia de provinciis consularibus* (55 a. C.). Es importante este hecho, pues suponía una violación del sistema instaurado ya en el 123 a. C. por la *lex Sempronio de provinciis consularibus*, por la que se fijaba que las provincias consulares debían ser votadas por el senado antes de que se celebraran los comicios y posteriormente sorteadas entre los cónsules. Sin embargo, esta normativa así como el sistema de prórroga, regulado también por la *lex Cornelia* de Sila, fueron violados con anterioridad en varias ocasiones (cf. NICOLET, *Roma...*, págs. 317-318).

⁶³ Con ello, Pompeyo inauguraba el sistema de gobierno provincial de Augusto: gobernó España por medio de legados sin abandonar Roma (aunque fuera del *pomerium*) revestido de un *imperium* proconsular.

⁶⁴ En la batalla de Carrae (cf. n. 35), el 12 de junio del 53 a. C.

⁶⁵ Error cronológico de Apiano, pues este hecho es referente al año 57 a. C., cuando, mediante un decreto redactado por Cicerón a los pocos días de su regreso del exilio, se le concedió a Pompeyo una *cura annonae* (encargo del suministro de trigo y administración de la cosecha anual) con un *imperium maius* respecto al de los gobernadores de provincias. El período de mandato era de cinco años (cf. Cic., *Ad Attic.* IV 1, 7; GABBA, *Appiano...*, pág. 120 n. 5).

calidad de ayudantes, a veinte miembros del senado, igual que cuando luchó contra la piratería ⁶⁶. Él los distribuyó del mismo modo, por provincias, y se reservó la inspección del conjunto, y pronto llenó Roma de provisiones abundantes, por lo que alcanzó aún mayor fama y poder.

19 Por este mismo tiempo murió la hija de César ⁶⁷, que estaba encinta de Pompeyo, y a todos les sobrevino el temor de que, una vez acabado el matrimonio, César y Pompeyo entraran en litigio entre ellos de inmediato con sus grandes ejércitos, tanto más cuanto que el gobierno hacía ya mucho tiempo que se hallaba en un estado de desorden y de difícil control. Las magistraturas se establecían por medio de la lucha civil o el soborno y con afán deshonesto, e incluso con piedras y espadas. Y la corrupción y venalidad, sobre todo entonces, se habían impuesto de la forma más desvergonzada, y el mismo pueblo acudía sobornado a las elecciones. E, incluso, se vio el caso de un depósito de ochocientos talentos efectuado para obtener el consulado. Los cónsules de cada año perdían sus esperanzas de comandar una expedición militar o una guerra, excluidos por el poder del triunvirato. Y cuantos de entre ellos eran de condición más ruin, cifraban su provecho en el tesoro público y en las elecciones de sus propios sucesores, en vez de en el mando militar. Por estas razones los hombres de pro se abstendían por completo de este cargo, hasta el punto de que, en una ocasión, la ciudad estuvo sin cónsules durante ocho meses ⁶⁸ a causa de tal desor-

⁶⁶ *Lex Gabinia* del 67 a. C. (cf. n. 45 bis).

⁶⁷ El hecho ocurrió el mes de septiembre del 54 a. C. y se trataba de Julia, casada en «razón de Estado» con Pompeyo por César (cf. cap. 14) para tenerlo más ligado a él.

⁶⁸ A finales de julio del 53 a. C. (cf. *DIÓN CAS.*, XL 45, 1). En esta fecha, Pompeyo procedió a unas elecciones, que fueron tumultuosas, y resultaron elegidos cónsules para ese año G. Domicio Calvino y M. Valerio Mesala Rufo (cf. *GRUEN, The Last Generation...*, pág. 149 y n. 120).

den, y Pompeyo consentía adrede en todo ello para que tuvieran necesidad de un dictador.

Y muchos empezaron a hablar entre sí de este asunto, argumentando que el poder unipersonal sería el único remedio para los males presentes, pero que era necesario elegir a una persona que fuera a un tiempo capaz y de carácter bondadoso; se referían a Pompeyo, que mandaba a un ejército suficiente y que parecía ser amigo del pueblo y, al propio tiempo, un líder del senado a causa de su rango, un hombre de vida mesurada y dueño de sí mismo, y era o pasaba por ser de fácil acceso. Pompeyo desaprobaba de palabra esta expectación, pero de hecho propiciaba en secreto todo lo que conducía a ella, y consentía voluntariamente en el desorden del gobierno y en la anarquía, consecuencia de este desorden. Milón, que le había ayudado en su disputa con Clodio y que gozaba del favor del pueblo a causa del regreso de Cicerón, buscaba el consulado⁶⁹, por entender que era una ocasión propicia a la vista de esta anarquía, pero Pompeyo demoraba las elecciones. Finalmente, Milón, enojado al creer que Pompeyo no le era fiel, se retiró a su ciudad natal de Lanuvio⁷⁰, que dicen fue la primera ciudad que fundó en Italia Diomedes⁷¹ a su

⁶⁹ Se trata del consulado para el año 52 a. C. Sobre Milón, cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Annius*, núm. 67. Sus rivales eran los favoritos de Pompeyo: Q. Metelo Escipión y P. Plauto Hipseo (cf., sobre estas elecciones, GRUEN, *op. cit.*, págs. 150 y sigs.).

⁷⁰ En el Lacio.

⁷¹ Héroe griego, partícipe de la guerra de Troya. En APIANO aparece como fundador de varias ciudades (en *Aníb.* 31, se le atribuye la fundación de Argiripa, ciudad de la Daunia, reino de Dauno, mítico rey de Italia, a cuyo lado se refugió a su regreso de Troya; en *Sir.* 63, se le atribuye la fundación de Argos, en Oresteia, a orillas del Adriático, y, por último, en este pasaje se le imputa la fundación de Lanuvio). En otros dos pasajes (*Mitríd.* 1 y 53), aparece mencionado en relación con Ulises, en compañía del cual le ponen los relatos del ciclo troyano en calidad de partícipe en las misiones que llevó a cabo este último. Tal vez por esto datos se pudiera pensar que Apiano pudo co-

regreso de Troya y dista de Roma ciento cincuenta estadios.

21 Regresaba Clodio un día a caballo desde su retiro campestre, y, al encontrarse con Milón cerca de Bovilla⁷², intercambiaron entre sí una mirada desdeñosa tan sólo, en razón de su enemistad, y continuaron su camino; pero un siervo de Milón, ya sea porque cumpliera órdenes, o porque quería matar al enemigo de su amo, hirió a Clodio en mitad de la espalda con una daga. Su mozo de cuadra lo transportó derramando sangre a una posada próxima. Sin embargo, Milón le atacó con sus servidores y acabó con su vida, aunque no se sabe si respiraba aún o era cadáver, pero alegó que ni quería su muerte ni la había ordenado, si bien, como iba a ser inculcado en cualquier caso, decidió no dejar la obra sin rematar. Cuando lo ocurrido se conoció en Roma, el pueblo perplejo de estupor pasó la noche en el foro. Y cuando llegó el día, algunos de los hombres de Clodio expusieron su cuerpo en la rostra, pero lo cogieron algunos de los tribunos, los amigos de Clodio y el resto de la multitud con ellos y lo llevaron al edificio del senado, ya sea para conferirle un honor, pues era de ascendencia senatorial, o como una afrenta al senado por consentir tales hechos. Y los más impulsivos de los que estaban presentes hicieron una pira con los bancos y sillas de los senadores y les prendieron fuego, por causa de lo cual el edificio del senado y muchas de las casas vecinas ardieron con Clodio.

22 Y era tanta la osadía de Milón, que sintió menos miedo por el crimen que irritación por el honor otorgado a Clodio en su funeral. Así pues, reunió a una multitud de siervos y campesinos, envió dinero para ser dis-

nocer algún manual de mitología en el que figurase el *nostos* de este héroe.

⁷² Ciudad del Lacio. Este episodio parece que tuvo lugar en enero del 52 a. C. (sobre la fecha de la muerte, cf. Cic., *Pro Mil.* 10, 27).

tribuido entre el pueblo, sobornó al tribuno Marco Celio⁷³ y regresó a la ciudad con el mayor descaro. Celio, a la llegada de Milón, lo arrastró al punto hasta el foro en presencia de los que habían sido sobornados por él como si se tratara de una asamblea del pueblo, fingiendo que estaba irritado y que no concedía un retraso del juicio, pero con la esperanza de que si los presentes le absolvían se vería libre de un verdadero juicio. Milón dijo que él no había planeado el hecho —pues no se hubiera puesto a ello estorbado con la impedimenta y con su mujer—, y el resto del discurso lo montó a base de acusar a Clodio de ser un criminal y amigo de unos criminales que habían quemado incluso el edificio del senado en su honor. Mientras él estaba hablando, los demás tribunos y la parte del pueblo que no había sido sobornada irrumpieron armados en el foro. Celio y Milón escaparon disfrazados de esclavos, pero hubo una gran carnicería entre los demás. Mas no buscaban ya a los amigos de Milón, sino que mataban a quien se pusiera delante, fuera ciudadano o extranjero, y sobre todo a cuantos destacaban por sus vestidos o anillos de oro. Pues, como se encontraban en un gobierno sin orden, al ser esclavos en su mayoría y llevar armas frente a muchos hombres inermes, se entregaron al pillaje con ira y so pretexto del tumulto que había surgido. No se abstuvieron de ningún crimen, irrumpieron en las casas y revolviéndolas buscaban, de hecho, todo lo que les era fácil de coger, aunque, de palabra, pretendían buscar a los amigos de Milón, y durante muchos días Milón fue para ellos el pretexto para incendiar, lapidar y para cometer toda clase de ultrajes.

El senado se reunió embargado por el temor y puso²³ sus ojos en Pompeyo, con la intención de que fuera de

⁷³ M. Celio Rufo era tribuno en el 52 a. C. (cf. BROUGHTON, II, página 235).

inmediato su dictador, pues les parecía que la situación presente necesitaba de tal remedio. Sin embargo, ante la sugerencia de Catón, lo eligieron cónsul sin un colega a fin de que tuviese el poder del dictador⁷⁴, al detentar él solo el mando, pero la responsabilidad del cónsul. Él fue el primero de los cónsules que tuvo las dos provincias⁷⁵ más grandes, un ejército, el tesoro público y un poder monárquico en la ciudad por ser el único cónsul. Para que Catón no resultara un obstáculo con su presencia, decretó que marchara a Chipre a despojar del poder al rey Tolomeo, acción legal que ya había sido tomada por Clodio, porque, al ser apresado en cierta ocasión por los piratas, Tolomeo a causa de su avaricia había enviado tan sólo dos talentos para el rescate⁷⁶. Catón tomó posesión de Chipre, en tanto que Tolomeo, cuando se enteró del decreto, arrojó sus riquezas al mar y se suicidó⁷⁷. Pompeyo estableció penas para diversos delitos, y sobre todo para la venalidad y la corrupción —pues le parecía que en ello radicaba el mal de la cosa pública y que, comenzando por esto, se obtendría también una curación rápida—, y dispuso mediante una ley que el que quisiera podía exigir la rendición de cuentas al que hubiera desempeñado el consulado desde su pri-

⁷⁴ Se trataba de su tercer consulado (ya antes lo había sido en el 70 y 55 a. C.). Para ello se hubo de suspender una ley de Sila que establecía un mínimo de 10 años entre dos consulados (cf. GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 150-155, con una exposición sobre el trasfondo en el que se desarrolló esta elección).

⁷⁵ Según PLUT., *Caes*, 28, tenía el mando de España y de la totalidad de África y recibió una suma anual de 1.000 talentos del tesoro público.

⁷⁶ Esta propuesta de Clodio tuvo lugar a fines del 59 a. C. y Catón partió para su destino en los primeros meses del 58 a. C. El motivo fue el deseo, por parte de Clodio, de anular la influencia de Catón y Cicerón. Chipre pasó a depender, en el futuro, de Cilicia, cf. BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire des Lagides*, II, Darmstadt, 1978, págs. 137 y sigs.

⁷⁷ Era hermano de Tolomeo Auletes.

mer consulado hasta el presente. Abarcaba un período de poco menos de veinte años, durante el cual también fue cónsul César. Por tanto, los amigos de César sospecharon que él había tomado un período tan dilatado de tiempo como un ultraje o una maquinación contra César, y le urgieron a que pusiera orden en la situación presente, más bien que a incordiar en el pasado contra hombres de tanto prestigio, incluyendo entre otros en especial a César. Pompeyo se irritó por la alusión a César, como si éste estuviera por encima de cualquier sospecha, puesto que también su segundo consulado estaba comprendido dentro de este período y dijo que se había remontado mucho en el tiempo con vistas a una exacta corrección, puesto que hacía ya mucho tiempo que el gobierno estaba descompuesto.

Después de haber dado tal respuesta, puso en vigor ²⁴ la ley y, al punto, tuvieron lugar una multitud de procesos judiciales de muy diverso tipo. A fin de que los jueces actuaran sin temor, él mismo los tenía bajo vigilancia y los rodeó de una escolta armada. Los primeros que resultaron convictos se hallaban ausentes: Milón por el asesinato de Clodio, y Gabinio bajo la acusación simultánea de violación de la ley y por impiedad, porque sin un decreto del senado había invadido Egipto con un ejército a pesar de la prohibición de los libros sibilinos ⁷⁸; Hipseo ⁷⁹, Memmio ⁸⁰ y Sexto ⁸¹ y otros muchos fueron procesados por venalidad y corrupción del pue-

⁷⁸ Gabinio era entonces gobernador de Siria (cf. DIÓN CAS., XXXIX 55, 1). Sucedió en el 54 a. C.

⁷⁹ Cf. n. 69. Se trata de P. Plauto Hipseo, que había sido amigo suyo y rival de Milón para el consulado del 52 a. C. En este caso lo sacrificó a sangre fría (cf. *lex Pompeia de ambitu* y *lex Pompeya de vi*, año 52 a. C.)

⁸⁰ G. Memmio, pretor en el 58 a. C. (cf. sobre este hecho, GRUEN, *The Last Generation...*, pág. 348).

⁸¹ Tal vez P. Sestio, pretor en el 54 a. C. (cf. GRUEN, *ibid.*, pág. 349 y n. 186).

blo. Como el pueblo intervino en favor de Escauro ⁸², Pompeyo proclamó mediante un edicto que se sometiera a proceso y, al incordiar de nuevo el pueblo a los acusadores, se produjeron varias muertes a consecuencia de una carga efectuada por los soldados de Pompeyo. Entonces el pueblo se mantuvo en silencio y Escauro resultó convicto. Se decretó el destierro para todos ellos y a Gabinio se le condenó, además, al pago de una multa. El senado hizo grandes elogios de este proceder y votó la concesión de otras dos legiones para Pompeyo y de otro período de tiempo para su mandato sobre las provincias ⁸³. Memmio, que había resultado convicto de corrupción, al concederle la ley de Pompeyo impunidad si delataba a otro, citó al suegro de Pompeyo, Lucio Escipión ⁸⁴, para un proceso similar por corrupción. Por este motivo, Pompeyo trocó su vestido por el de los acusados y muchos de los jueces lo imitaron. Y Memmio sintió compasión por el gobierno y retiró la acusación.

25 Pompeyo, creyendo que ya había corregido la situación que había hecho necesario un poder unipersonal, hizo a Escipión su colega para el resto del año ⁸⁵. Al término de su mandato, aunque otros fueron designados para el consulado ⁸⁶, continuó igual que antes su labor supervisora y mantuvo su poder, y entonces todo en Roma era Pompeyo. Gozaba, en especial, del favor

⁸² M. Emilio Escauro, pretor en el 56 a. C. (cf. sobre su caso, GRUEN, *ibid.*, págs. 331 y sigs.).

⁸³ Hasta el 1 de enero del 45 a. C. (cf. CARCOPINO, *Julio César*, página 387).

⁸⁴ Se trata de Q. Cecilio Metelo Escipión Nasica (cf. n. 69), con cuya hija Cornelia se había casado Pompeyo por quinta vez el año 53 a. C.; Cornelia era la viuda de Craso, muerto hacía poco en Carrae en su campaña contra los partos; tribuno de la plebe en 59 a. C., (cf. BROUGHTON, II, pág. 189).

⁸⁵ Del año 52 a. C.

⁸⁶ Para el año 51 a. C., fueron designados cónsules Servio Sulpicio Rufo y M. Claudio Marcelo.

del senado —que tenía celos de César, porque no le había consultado nada durante su consulado—, porque [Pompeyo] había recuperado en breve plazo al gobierno de su enfermedad y no había sido insoportable ni odioso a lo largo de su mandato para con ninguno de ellos. Los desterrados huyeron en bloque a César y le advirtieron que se guardara de Pompeyo, aduciendo que su ley sobre la corrupción estaba dirigida en especial contra él, pero César los alentó y habló bien de Pompeyo. Convenció a los tribunos para que presentaran una proposición de ley de que fuera permitido a César, mientras estaba ausente, optar por segunda vez al consulado, y esta ley entró en vigor mientras era cónsul todavía Pompeyo y sin que éste se opusiera en absoluto. Sin embargo, César, sospechando que el senado se iba a resistir, temió quedar reducido a la condición de privado y expuesto a sus enemigos, y buscó la manera de retener el poder hasta que fuera cónsul electo, para lo que solicitó del senado otra breve prórroga de su actual mando sobre la Galia o sobre una parte de ella. Al impedirlo Marcelo, que fue el sucesor de Pompeyo en el consulado, dicen que César respondió al que le comunicó la noticia, acariciando la empuñadura de su espada: «ésta me lo dará».

César fundó la ciudad de Neocomo, al pie de los 26 Alpes, bajo derecho del Lacio, el cual contemplaba que todos aquellos que hubieran detentado cada año una magistratura gozaran de la ciudadanía romana. A uno de sus habitantes que había ocupado una magistratura entre ellos y, en consecuencia, era considerado como romano, Marcelo, para ultrajar a César, lo azotó con varas, por alguna razón, a pesar de que los ciudadanos romanos no sufrían este castigo. Y, movido por la ira, reveló su intención de que los golpes eran un símbolo de su calidad de extranjero, y le ordenó que los llevara y se los mostrara a César. Tan ofensivo era Marcelo,

el cual propuso, además, enviar ya a los sucesores de César para las provincias, aunque aún faltaba tiempo para que expirase su mandato. Sin embargo, Pompeyo lo impidió bajo una amable pretensión de justicia y buena fe, diciendo que no se debía ultrajar por causa de un breve intervalo de tiempo a un hombre brillante y que había sido útil a su patria en sumo grado, pero dejó claro que César debía abandonar de inmediato el mando una vez que hubiera expirado su plazo.

Por esta razón, los más acérrimos enemigos de César fueron elegidos cónsules para el año siguiente, y eran Emilio Paulo ⁸⁷ y Claudio Marcelo ⁸⁸, primo del ya citado Marcelo. Como tribuno fue elegido Curio ⁸⁹, que era también enemigo enconado de César y hombre muy grato al pueblo y gran orador. César no pudo atraerse a Claudio con dinero, pero compró la neutralidad de Paulo por mil quinientos talentos, y la cooperación de Curio por una suma aún mayor, sabiendo que estaba agobiado por muchas deudas. Paulo, con este dinero, dedicó al pueblo romano la basílica que lleva su nombre, un ²⁷ edificio muy hermoso ⁹⁰. Curio, para que no se descubriese que había cambiado de actitud tan repentinamente, propuso un oneroso proyecto de reparaciones y construcciones de muchas carreteras y que fuera él mismo el director de estas obras durante cinco años, en la certeza de que no iba a prosperar ninguna de estas propuestas, pero con la esperanza de que los amigos de

⁸⁷ L. Emilio Paulo (cónsul en el 50 a. C.) era hijo de M. Emilio Lépido (cónsul electo en el 78 a. C.) y hermano del triunviro M. Emilio Lépido; fue cuestor en Macedonia (59 a. C.) y edil en el 55 a. C. (cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Aemilius*, col. 564, y BROUGHTON, II, pág. 247).

⁸⁸ G. Claudio Marcelo (cónsul en el 50 a. C. y colega del anterior), era primo del cónsul del 51 a. C. M. Claudio Marcelo (cf., sobre él, MÜNZER, en *RE*, s.v. *Claudius*, núm. 216, y BROUGHTON, II, pág. 247).

⁸⁹ G. Escribonio Curio, tribuno en el 50 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 249).

⁹⁰ La basílica Emilia, en el Foro romano.

Pompeyo se opondrían y él tendría con ello un motivo de queja contra Pompeyo. Las cosas sucedieron como él esperaba y, así, tuvo un pretexto para su desacuerdo. Claudio propuso el envío de los sucesores de César al frente de las provincias, pues había finalizado el plazo de su mandato. Y Paulo guardó silencio. Sin embargo, Curio, que se consideraba que mantenía diferencias hacia ambos, secundó la moción de Claudio, pero, como incompleta, añadió que también Pompeyo, de igual modo que César, depusiera su mando sobre las provincias y el ejército, pues de esta forma el gobierno de la ciudad quedaría libre y sin temor desde cualquier punto. Muchos se opusieron a esta medida por considerarla injusta a causa de que aún no había expirado el tiempo para Pompeyo. Entonces, Curio reveló ya de forma más clara y exabrupta que no se debían enviar los sucesores de César, a no ser que también se le dieran los suyos a Pompeyo. Pues, al existir ya un recelo mutuo entre uno y otro, no habría una paz segura para la ciudad si no quedaban todos reducidos a la condición de privados. Y Curio decía tales cosas, porque sabía que Pompeyo no iba a dejar el mando y porque veía que el pueblo estaba irritado con él a causa de los juicios por corrupción. Como la opinión de Curio era plausible, el pueblo le alabó por ser el único que, de forma digna para la ciudad, había incurrido en la enemistad de ambos; y, en una ocasión, le acompañaron arrojándole flores igual que a un atleta vencedor en un certamen grande y difícil. Pues entonces nada les parecía más temible que tener una diferencia con Pompeyo.

Mientras Pompeyo estaba enfermo en Italia, escribió al senado una carta, con habilidad, alabando los hechos de César y enumerando los suyos propios desde el comienzo, diciendo que se le había concedido un tercer consulado y, además, provincias y un ejército, sin que él lo hubiera buscado, sino porque había sido juz-

gado digno de ser llamado para cuidar de la República. «Y los poderes que asumí contra mi voluntad», dijo, «voluntariamente los devolveré a los que quieran recobrarlos sin aguardar al plazo fijado». La habilidad del escrito encerraba la, en apariencia, hermosa actitud de Pompeyo y un punto de irritación contra César, por no deponer su mando ni siquiera en el tiempo establecido por la ley. Cuando retornó, dijo otras cosas similares a éstas y prometió, entonces también, deponer su mandato. Y, en su calidad de amigo y pariente de César, dijo que éste también lo depondría de muy buen grado; pues había tenido una campaña prolongada y fatigosa contra pueblos muy belicosos y, después de anexionar muchos territorios a su patria, retornaría a recibir honores, llevar a cabo sacrificios y a descansar. Decía estas cosas con la intención de que fueran enviados de inmediato los sucesores a César, en tanto que él se mantendría en las promesas tan sólo. Sin embargo, Curio refutó su falacia, y dijo que no había que hacer promesas, sino deponer al punto el mando, y que no se debía privar a César de su ejército hasta que Pompeyo quedara reducido también a la condición de privado. Pues, en razón de su enemistad particular, no iba a beneficiar ni a aquél ni a los romanos el que tal poder estuviera bajo una sola persona más que el que cada uno lo tuviera frente al otro por si uno de ellos llevaba a cabo algún acto de violencia contra la República. Y, sin ocultar ya nada, acusó sin reservas a Pompeyo de que deseaba el poder unipersonal, y dijo que, a no ser que depusiera ahora su poder por miedo a César, jamás lo depondría. Y mostró su parecer de que, si desobedecían, fueran decretados ambos enemigos públicos y se reuniera un ejército contra ellos; con este hecho, sobre todo, pasó desapercibido que había sido comprado por César.

Pompeyo estaba irritado con él y, tras amenazarlo 29 de inmediato, se retiró enojado a los arrabales de la ciudad. El senado sospechaba ya de ambos, pero, no obstante, consideraba más republicano a Pompeyo y estaban molestos con César por haberlos ignorado en el transcurso de su consulado. Algunos senadores creían realmente que no era seguro privar a Pompeyo de su fuerza hasta que César no hubiera depuesto antes la suya, pues se encontraba fuera de la ciudad y era hombre de planes más ambiciosos. Curio también sostenía la misma tesis, pero a la inversa, diciendo que necesitaban contar con César frente a Pompeyo, o bien que todos al mismo tiempo dejaran su poder. Como no pudo convencer al senado, disolvió la sesión dejando pendientes todos los asuntos, pues como tribuno tenía potestad para ello. Y, entonces, precisamente, se arrepintió Pompeyo de haber restaurado al tribunado su poder primitivo⁹¹, una vez que había quedado reducido por Sila a una situación de extrema debilidad⁹². Sin embargo, antes de levantar la sesión decretaron⁹³ tan sólo que César y Pompeyo enviaran cada uno una legión de soldados a Siria, para la protección de esta provincia a causa de la derrota de Craso. Pompeyo, de forma artera, reclamó la legión que recientemente había prestado a César a raíz de la derrota de dos de sus generales, Titurio y Cota⁹⁴. Y César, tras recompensar a cada hombre

⁹¹ En el 70 a. C. Los tribunos habían reclamado el restablecimiento del poder tribunicio desde los años 74-73 a. C., y Pompeyo y Craso se lo habían prometido en el 71 a. C., y, en parte, por ello resultaron elegidos cónsules. Entre los años 70-50 a. C., el tribunado tuvo una enorme influencia y se erigió en un medio de agitación y de gobierno (cf. NICOLET, *Roma...*, págs. 318 y sigs., en especial, pág. 321).

⁹² Cf. n. 330 al l. I.

⁹³ Este decreto tuvo lugar en la primavera del 50 a. C.

⁹⁴ La derrota a la que se alude aconteció en el otoño del 54 a. C. frente a la tribu de los eburones encabezados por su jefe Ambróriges. Los legados de César eran Q. Titurio Sabino y L. Aurunculeyo Cota.

con doscientos cincuenta dracmas, la envió de vuelta a Roma junto con otra suya ⁹⁵.

30 Puesto que no se evidenció ningún peligro en Siria, estas legiones invernaron en Capua. Los que habían sido enviados por Pompeyo a César para pedir las legiones, propalaron muchas noticias capciosas contra César y ratificaron a Pompeyo que el ejército de aquél, exhausto por el tiempo de milicia y el esfuerzo, y nostálgico de sus hogares, se pasaría a él cuando cruzara los Alpes. Ellos se expresaban de este modo, bien porque habían sido sobornados o simplemente por ignorancia. Sin embargo, la realidad era que cada hombre estaba ligado a César con todas sus fuerzas por su celo en el trabajo, a causa del hábito de la milicia y de las ganancias que la guerra procura a los vencedores y de aquellas otras que recibían de César; pues éste las daba con prodigalidad, tratando de tenerlos adictos a sus planes. Y aunque ellos los conocían, no obstante, permanecían a sus órdenes. Pompeyo, sin embargo, confiando en las noticias que le habían comunicado, no reunió ningún ejército ni hizo preparativo alguno con vistas a una empresa tan grande. El senado ⁹⁶ recabó el parecer de cada uno de sus miembros, y Claudio, con malas artes, deslindó la cuestión y les preguntó a ellos por separado si les parecía que se enviaran los sucesores a César y que se le quitara el mando a Pompeyo. La mayoría se opuso a esto último, pero votó enviar los sucesores a César. Entonces, Curio preguntó, a su vez, si les parecía que depusieran ambos sus respectivas fuerzas, y veintidós senadores se negaron, pero trescientos setenta se inclinaron hacia la opinión de Curio, en razón de su utilidad para evitar una lucha civil. Entonces, Claudio di-

⁹⁵ La legión decimoquinta con base en Rávena.

⁹⁶ Esta sesión senatorial tuvo lugar el 1 de diciembre del 50 a. C. (sobre la fecha, cf. Ed. MEYER, *Caesars Monarchie u. das Principat des Pompeius*, Stuttgart, 1922, pág. 271).

solvió el senado gritando: «Triunfasteis en tener a César como dueño.»

De repente surgió un falso rumor de que César, ³¹ después de cruzar los Alpes, se apresuraba contra la ciudad, y se produjo un gran tumulto y el temor de todos. Claudio propuso que el ejército que estaba en Capua saliera al encuentro de César como de un enemigo. Y, cuando Curio se opuso sobre la base de que el rumor era falso, dijo: «Si se me impide, con una votación común, tomar las medidas útiles, las tomaré bajo mi responsabilidad como cónsul.» Y, después de pronunciar estas palabras, salió precipitadamente del senado en dirección hacia los arrabales, en compañía de su colega, y tendiendo una espada a Pompeyo dijo: «Te ordenamos yo y mi compañero que marches contra César en defensa de la patria, y para esta misión te damos el ejército que se encuentra ahora en Capua o en cualquier otro lugar de Italia y cuantas tropas adicionales quieras reclutar tú mismo.» Él obedeció, porque se lo habían ordenado los cónsules, pero añadió, no obstante: «A no ser que exista algo mejor», acudiendo, también en esta ocasión, al engaño y subterfugio con objeto de quedar bien en apariencia. Curio no tenía poder alguno fuera de la ciudad —pues a los tribunos no les estaba permitido siquiera franquear las murallas— ⁹⁷ y se lamentó públicamente de lo ocurrido, y exigió que los cónsules hicieran pública una proclama de que nadie obedeciera a la leva de Pompeyo. Mas como no logró nada, y puesto que el tiempo de su tribunado expiraba ⁹⁸, temiendo por su vida y perdida la esperanza de poder ayudar a César, partió a toda prisa a reunirse con él.

⁹⁷ Nota aclaratoria de Apiano. Pompeyo se encontraba fuera del *pomerium*.

⁹⁸ Cesaba en su cargo el 10 de diciembre, y en la noche del 9 al 10 huyó (cf. MEYER, *Caesars Monarchie...*, pág. 273).

32 Éste hacía poco que había cruzado el océano desde Britania y, después de atravesar los Alpes con cinco mil soldados de infantería y trescientos jinetes desde la Galia que está a lo largo del Rin ⁹⁹, descendió a Rávena, que está limítrofe con Italia y era la última ciudad de su zona de gobierno ¹⁰⁰, y, tras dar la bienvenida a Curio y agradecerle lo que había hecho en su favor, examinó la situación. Curio era de la opinión de que reuniera todo el ejército y lo condujera contra Roma, pero César trataba todavía de llegar a un acuerdo. Por consiguiente, ordenó a sus amigos ¹⁰¹ que pactaran en su nombre que él devolvería las restantes provincias y tropas, y que sólo retendría dos legiones y la Iliria, además de la Galia Cisalpina, hasta que fuera elegido cónsul ¹⁰². A Pompeyo le pareció satisfactorio, pero los cónsules se opusieron, y César, entonces, escribió una carta al senado, que Curio, tras haber recorrido en tres días una distancia de mil doscientos estadios, entregó a los nuevos cónsules ¹⁰³ cuando penetraban en el edificio del senado el día primero de año. La carta contenía una exposición solemne de todo cuanto había realizado César desde un principio, y una propuesta de su voluntad de deponer el mando a la vez que Pompeyo; sin embargo, mientras éste lo retuviese, no lo depondría y vendría de inmediato como vengador de su patria y de él mis-

⁹⁹ La Galia Transalpina.

¹⁰⁰ La Galia Cisalpina, su provincia.

¹⁰¹ Marco Antonio, el futuro triunviro, y Q. Casio Longino, hermano del cuestor de Craso en Carrae; ambos pertenecían al colegio tribunicio en funciones, el 10 de diciembre. (Sobre Q. Casio, cf. MÜN-
ZER, en *RE*, s.v. *Cassius*, núm. 70, y para G. Casio, FRÖLICH, en *RE*,
s.v. *Cassius*, núm. 59; que eran hermanos se deduce de *Cic.*, *Ad Attic.*
V 21, 2. Cf., tb., *APIANO*, *BC* III 7.)

¹⁰² Sería su segundo consulado, el día 1 de enero del 48 a. C.

¹⁰³ Los cónsules del año 49 a. C. fueron G. Marcelo, primo de su homónimo predecesor y hermano de Marco Marcelo cónsul en el 51 a. C. (cf. n. 88 al cap. 26), y L. Cornelio Léntulo Crus (cf. n. 50).

mo. Por causa de lo cual ¹⁰⁴, todos gritaron con vehemencia, como si la carta fuera una declaración de guerra, que su sucesor era Lucio Domicio. Y Domicio partió al punto con cuatro mil soldados de los inscritos en las listas de enrolamiento.

Antonio y Casio, que sucedieron a Curio en el tribu- ³³
nado, estaban de acuerdo con la opinión de éste, así que el senado, con ánimo más enconado aún, consideró que el ejército de Pompeyo era su guardián y el de César su enemigo. Los cónsules Marcelo y Léntulo ordenaron a los amigos de Antonio que permanecieran fuera del senado, no fuera a ser que sufrieran algún atropello a pesar de ser tribunos ¹⁰⁵. Entonces, Antonio se levantó de su asiento y, con fuerte voz, puso por testigo a los dioses de cómo era ultrajado el cargo de tribuno, aunque era sagrado e inviolable, y de cómo ellos, por dar la opinión que estimaban sería útil, eran expulsados con ultraje sin haber cometido ningún crimen ni acto impío. Después de decir esto, se lanzó fuera como un poseo vaticinando guerras, matanzas y proscricciones, destierros, confiscaciones y todas las demás cosas que les iban a suceder, al tiempo que profería violentas maldiciones contra los responsables de todo ello. Le acompañaron en su salida impetuosa Curio y Casio, pues se vio ya un destacamento de Pompeyo que estaba rodeando el edificio del senado. Éstos, la noche inmedia-

¹⁰⁴ Sobre esta reunión senatorial; cf. CÉSAR, *B.C.* I 1, 1 ss., Cic., *Ad Fam.* XVI 1, 1; DIÓN CAS., XLI 1, y PLUT., *Ant.* 5, 3; para la problemática y el número de sesiones, cf. MEYER, *Caesars Monarchie...*, páginas 281 y sigs.; GELZER, *Pompeius*, Munich, 1949, págs. 210-211, y GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 487 y sigs. El resultado fue que el senado decretó la sustitución de César en el mando de la Galia por L. Domicio Ahenobarbo.

¹⁰⁵ Tal vez en virtud de la propuesta de votación hecha por los cónsules al senado de la adopción de un *senatus consultum ultimum* (cf. Cic., *Ad Fam.* XVI 11, 2, y CÉSAR, *B.C.* I 5, 3), antes de un nuevo veto de los tribunos (César, *ibid.*, I 5, 4; VI 1, 4; T. Liv., *Per.* 109, etc.).

ta, se dirigieron a César con mucha rapidez, en un carro alquilado y disfrazados de esclavos. César los mostró a su ejército tal como estaban y calentó el ánimo de los soldados diciéndoles que, después de haber realizado gestas tan importantes, eran tenidos por enemigos, y que habían expulsado de manera tan vergonzante ¹⁰⁶ a unos hombres distinguidos, por el hecho de que habían hablado en su favor.

34 La guerra estalló por ambas partes y se hizo pública con claridad ya. El senado, considerando que el ejército de César tardaría en llegar desde la Galia y que él jamás se lanzaría a tamaña empresa con pocos efectivos, ordenó a Pompeyo que reuniera ciento treinta mil soldados italianos, en su mayoría a veteranos por ser los de mayor experiencia en la guerra, y que reclutara también de las provincias vecinas a cuantos estuvieran en edad de combatir. Como contribución monetaria para la guerra, le votaron de inmediato todo el tesoro público y, además, sus bienes privados si eran necesarios para el pago de los soldados. Y, en medio de su apasionamiento y rivalidad, enviaron mensajeros a las ciudades, con la máxima celeridad, en busca de sumas adicionales. César había enviado emisarios para que le trajeran su ejército, pero, disfrutando siempre con la perplejidad que produce la rapidez y con el miedo causado por la osadía antes que con la fuerza de los preparativos, decidió tomar la iniciativa, en esta guerra tan grande, con los cinco mil hombres que tenía y anticiparse a ocupar los puntos vitales de Italia.

35 En consecuencia, envió por delante a los centuriones con unos pocos soldados de entre los más audaces,

¹⁰⁶ Quizás se aluda con ello al procedimiento del *s.c.u.* del que se había valido el senado y al que se había opuesto César ya anteriormente (véase proceso a Rubirio en el 63 a. C.), por los poderes excepcionales que esta medida legislativa confería a los magistrados investidos así por el senado.

vestidos sin indumentaria militar, para que penetraran en Rímíni y se apoderaran por sorpresa de la ciudad, la cual es la primera ciudad de Italia después de dejar la Galia Cisalpina. Y él, al atardecer, pretextando estar indispuerto, se retiró del banquete mientras sus amigos se hallaban comiendo aún, y subiendo a su carro partió con premura hacia Rímíni, seguido a una cierta distancia por la caballería. Cuando llegó en su carrera al río Rubicón, que sirve de límite a Italia, se detuvo y mirando la corriente reflexionó en su mente calculando cada uno de los males que tendrían lugar si atravesaba el río en armas. Y, tras recuperar la calma, dijo a los presentes: «Oh amigos, si me abstengo de cruzar el río será el principio de mis desgracias, pero su travesía lo será de las de todos los hombres.» Y, hablando como un inspirado, lo atravesó ¹⁰⁷ de un impulso, pronunciando la conocida frase de: «Que la suerte lo decida.» Luego prosiguió a la carrera hasta Arímíno, la tomó hacia el amanecer y prosiguió su avance, colocando destacamentos en los lugares estratégicos y sometiendo lo que se encontraba al paso, ya fuera por la fuerza o con afabilidad. En todas partes se produjeron huidas y migraciones, habituales en una situación de terror, en medio de carreras desordenadas y lamentos, puesto que no sabían exactamente lo que ocurría y pensaron que César se abría paso por la fuerza con un ejército inmenso.

Los cónsules, cuando se enteraron de estos sucesos, ³⁶ no permitieron que Pompeyo actuara con serenidad de acuerdo con su criterio de hombre avezado en la guerra, sino que le urgieron a atravesar Italia y reclutar soldados como si la ciudad estuviera a punto de ser cap-

¹⁰⁷ El paso del río Rubicón tuvo lugar al amanecer del 12 de enero del 49 a. C. (cf. CARCOPINO, *Julio César*, pág. 403 n. 1). Con este hecho se abre el conflicto civil que iba a prolongarse hasta el 11 de marzo del 44 a. C. Para el testimonio de Asinio Polión como fuente de estos hechos, cf. CARCOPINO, *ibidem*, y GABBA, *Appiano...*, pág. 123 y n. 1.

turada. Y el resto del senado, al haberse producido de manera súbita la invasión de César, tuvo miedo porque todavía estaban sin preparar y, en su terror, se arrepintieron de no haber aceptado las propuestas de éste, considerando entonces que eran justas, cuando el temor trocó su actitud de encono de partido por otra de prudencia. Acontecieron muchos prodigios y signos de origen celeste, y, así, parece que el dios hizo llover sangre y que las estatuas de los dioses sudaron; se abatieron rayos sobre muchos templos y una mula parió. Muchos otros portentos predijeron la destrucción y cambio para siempre de la forma de gobierno. Se decretaron peticiones públicas a los dioses como ocurre en las situaciones de peligro, y el pueblo, recordando las calamidades habidas con Mario y Sila, clamó porque César y Pompeyo depusieran su poder como único remedio de evitar la guerra. Cicerón propuso también enviar emisarios a César para buscar la reconciliación.

- 37 Sin embargo, los cónsules se opusieron a cualquier tipo de medidas propiciatorias. Favonio ¹⁰⁸, por su parte, burlándose de lo dicho por Pompeyo en cierta ocasión, le invitó a golpear la tierra con el pie y a hacer brotar de ella los ejércitos. «Los tendréis —respondió él—, si me acompañáis y no consideráis algo terrible abandonar Roma, e Italia si fuera necesario después de Roma. Pues los lugares y edificios —prosiguió— no constituyen la fuerza y la libertad de los hombres, sino que los hombres, dondequiera que se encuentren, tienen a éstas consigo mismo y, al defenderse a sí mismos, recobrarán también los edificios» ¹⁰⁹. Después de decir esto, amenazó a los que se quedaban, en el caso de que

¹⁰⁸ M. Favonio, pretor en el 49 a. C. (cf. GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 56-57 y n. 34).

¹⁰⁹ Lugar común que se remonta a Alceo y que aparece en muchos autores griegos (cf., para su significación en Apiano, GABBA, *Apiano...*, pág. 123 y n. 2).

abandonasen la causa de su patria por salvar sus propiedades y pertenencias, y abandonó ¹¹⁰ de inmediato el senado y la ciudad para reunirse con el ejército que estaba en Capua, en compañía de los cónsules ¹¹¹. Los otros senadores permanecieron indecisos mucho tiempo y pasaron la noche juntos en el edificio del senado. Al amanecer del día siguiente, empero, la mayoría de ellos partió y marchó en pos de Pompeyo.

César se encontró y asedió en Corfinio ¹¹² a Lucio ³⁸ Domicio, que había sido enviado para sucederle en el mando y no tenía la totalidad de sus cuatro mil hombres consigo. Los habitantes de Corfinio apresaron a Domicio, cuando huía, en las puertas de la ciudad y lo condujeron a presencia de César. Este último acogió de muy buen grado al ejército de aquél cuando desertó hacia él, con objeto de avivar en los demás este deseo y dejó que Domicio se marchara donde quisiera, indemne, en posesión de su dinero; tal vez esperaba que permaneciera a su lado a causa de su beneficiencia, pero no le impidió que se reuniera con Pompeyo. Mientras estos hechos se sucedían tan rápidamente, Pompeyo se apresuró desde Capua a Nuceria, y desde aquí a Bríndisi, con la intención de cruzar el Adriático hasta el Epiro y completar en este lugar los preparativos de la guerra. Escribió a todas las provincias, a los reyes, ciudades, comandantes en jefe y príncipes, a fin de que aportaran a la guerra, con la mayor rapidez, lo que cada uno pu-

¹¹⁰ La partida de Pompeyo tuvo lugar el 17 de enero del 49 a. C. (cf. PLUT., *Caes.* 56, 2).

¹¹¹ Según PLUT., *Caes.* 56, 2, y CÉSAR, *B.C.* I 3 ss., los cónsules se hallaban aún en la ciudad y partieron un día después que Pompeyo, el 18 de enero, junto con los senadores. Sobre el pánico que se produjo en Roma, se puede ver el relato del propio César.

¹¹² El bloqueo comenzó el 15 de febrero del 49 a. C., y la caída de la ciudad tuvo lugar el día 21 de ese mes (cf. CARCOPINO, *Julio César*, págs. 416 y sigs.).

diera. Y se logró reunir todas estas ayudas. El ejército de Pompeyo se encontraba en España y estaba preparado para intervenir dondequiera que la necesidad lo reclamara.

- 39 Pompeyo dio a los cónsules algunas de las legiones que tenía ya consigo para que se adelantaran desde Brindisi hasta el Epiro, y ellos cruzaron de inmediato en seguridad hasta Dirraquio, que algunos consideran que se trata de Epidamno a causa del siguiente error. Un rey bárbaro de esta zona, Epidamno, fundó una ciudad en la costa y la llamó como él, Epidamno ¹¹³. Dirracó, el hijo de la hija de éste y, según se supone, de Neptuno ¹¹⁴ añadió a la ciudad un arsenal y lo llamó Dirraquio ¹¹⁵. Cuando Dirracó fue combatido por sus hermanos, Hércules se alió con él, a su regreso de Eritia ¹¹⁶, a cambio de una parte del territorio. Por esta razón, los habitantes de Dirraquio tienen por fundador a Hércules, en tanto que partícipe de su tierra, y no porque renieguen de Dirracó en absoluto, sino porque se enorgullecen más de Hércules, por tratarse, como es lógico, de un dios. Y cuentan que, en la batalla, Jonio un hijo de Dirracó murió a manos de Hércules por error, y que Hércules erigió un túmulo y arrojó su cuerpo al mar

¹¹³ Epidamno es una colonia conjunta de Corcira y Corinto, fundada en el 625 a. C. como puerto de acceso a la costa del Adriático y foco del comercio desde Italia. Se encuentra en la costa de la actual Albania.

¹¹⁴ Dios romano del agua. Su festival tenía lugar el 23 de julio y se conocía como las *Neptunalia*. Su compañera de culto era Salacia, que fue identificada con Anfitrite, igual que Neptuno lo fue con Poseidón.

¹¹⁵ En su origen fue el nombre del promontorio bajo el que fue situada la ciudad de Epidamno, y con posterioridad (300 a. C., aprox.) llegó a ser el nombre de la propia ciudad. Hoy es Durazzo.

¹¹⁶ Región legendaria situada en el borde occidental del Océano, más allá de la cordillera de Atlas. Se piensa que pudiera estar situada al sur de la Península Ibérica. Fue visitada por Hércules en uno de sus viajes en el que hubo de enfrentarse al monstruo Gerión.

para que le diera su nombre a éste. Con el tiempo, los briges, a su regreso de Frigia, se apoderaron del país y de la ciudad; después de éstos lo ocuparon los taulantios, una tribu iliria, y tras los taulantios, los liburnios, otra tribu de Iliria, los cuales sometieron a expediciones piráticas con naves veloces a las regiones vecinas. Desde entonces los romanos llaman a sus naves rápidas «liburnias», por haber sido este pueblo los primeros a los que se enfrentaron. Los expulsados de Dirraquio por los liburnios acudieron en demanda de ayuda a los corcirenses, que entonces dominaban el mar, y expulsaron a los liburnios. Y los corcirenses mezclaron a sus propios colonos con aquéllos, por lo cual parece que es un puerto griego. Los corcirenses, sin embargo, cambiaron su nombre porque no lo consideraban propicio y le dieron el nombre de Epidamno como la ciudad del interior, y así la llamó Tucídides ¹¹⁷. No obstante, prevaleció el nombre anterior y ahora se llama Dirraquio.

Una parte de las fuerzas de Pompeyo había cruzado ⁴⁰ ya a Dirraquio con los cónsules, y Pompeyo condujo el resto del ejército a Brindisi y aguardó a que regresaran las naves que habían transportado a los cónsules. En este lugar se defendió desde las murallas del ataque de César y rodeó a la ciudad de un foso, hasta que, al regreso de su flota, pudo hacerse a la mar ¹¹⁸ a la caída de la tarde, dejando en las murallas a los hombres más bravos. Éstos se hicieron también a la mar, al llegar la noche, con un viento favorable.

Y, de esta suerte, Pompeyo cruzó hasta el Epiro con todo su ejército y abandonó Italia. César no sabía qué rumbo tomar y por dónde comenzar la guerra, al ver que el sentir general estaba de parte de Pompeyo. Sin

¹¹⁷ Cf. I, I, cap. 24, y A. W. GOMME, *Historical Commentary on Thucydides*, I, Oxford, 1966, com. *ad loc.*

¹¹⁸ El día 17 de marzo del 49 a. C. (cf., sobre la fecha, Cic., *Ad Attic.* IX 15, 6).

embargo, por temor a que el ejército de Pompeyo que estaba en España, que era grande y bien entrenado por un largo servicio, le atacara por la retaguardia, mientras él perseguía a Pompeyo, decidió ir a España primero y destruir este ejército. Dividió sus fuerzas en cinco partes, una de las cuales dejó en Bríndisi, otra en Hidrunte y otra en Tarento para que custodiaran Italia. Envio a otros, al mando de Quinto Valerio, para que se apoderaran de la isla de Cerdeña, productora de trigo; y se llevó a cabo esta misión. Asinio Polión^{118 bis} fue enviado a Sicilia, que estaba bajo el mando de Catón, y, al ser interrogado por éste sobre si enajenaba el mando de la isla con el decreto del senado o del pueblo, respondió lo siguiente: «El que manda en Italia me envió para este asunto.»

Catón contestó que por respeto a la vida de sus súbditos no se defendía allí, y navegó hasta Corcira y desde aquí hasta Pompeyo.

- 41 César, entretanto, se apresuró hacia Roma¹¹⁹ y trató de recuperar la confianza del pueblo que estaba aterrizado por el recuerdo de los males de la época de Sila y Mario, con muchas esperanzas y promesas¹²⁰. Como muestra de su amabilidad con sus enemigos dijo que

^{118 bis} Personaje importante en la época de César, de los triunviros y de Augusto; fue pretor en el 45 a. C. y gobernador de la España Ulterior (cf. I. III, cap. 46) en el 44 a. C.; en el 43 a. C. se unió a Antonio y fue designado cónsul para el 40 a. C. Véase, en general. J. André, *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollio*, París, 1949; como fuente de Apiano, GABBA, *Appiano...*, *passim*, pero en especial págs. 244 y sigs.; en sentido distinto, véase M. GELZER, en *Gnomon* (1958), 216 y sigs.; y E. BADIAN, en *Cl. Rev.* (1958), 159 y sigs.

¹¹⁹ Había citado al senado para una reunión en el Campo de Marte el día 1 de abril del 49 a. C. (cf. Cic., *Ad Attic.* IX 17, 1).

¹²⁰ Según DIÓN CAS., XLI 16, 1, prometió repartir a la plebe 75 denarios por cabeza e importó rápidamente trigo de las colonias. E incluso anunció su decisión de ocupar militarmente las provincias productoras de trigo (v. en cap. precedente al envío de tropas a Cerdeña, Sicilia y África; sobre estos hechos, v. además CÉSAR, *B.C.* I 30-31).

había hecho prisionero a Lucio Domicio y le había dejado marchar indemne en posesión de su dinero. Sin embargo, rompió las cerraduras del erario público y amenazó de muerte a Metelo, uno de los tribunos, cuando trató de impedirle el paso. Se llevó el dinero que hasta aquella fecha no se había tocado y que, dicen, había sido depositado hacía ya mucho tiempo, en la época de la invasión gala, bajo una maldición pública de que no se utilizara para ninguna cosa salvo en el caso de una guerra con los galos. César dijo que él, al haber sometido totalmente a los galos, había librado a la ciudad de la maldición. Puso a Emilio Lépido ¹²¹ al frente de la ciudad y al tribuno Marco Antonio ¹²² al frente de Italia y del ejército que estaba en torno a ella. Fuera de Italia eligió a Curio para que asumiera el mando de Sicilia en lugar de Catón, y a Quinto para Cerdeña; envió a Gayo Antonio ¹²³ a Iliria y encargó a Licinio Craso ¹²⁴ de la Galia Cisalpina. Ordenó la inmediata construcción de dos flotas, una en el Adriático y otra en el Tirreno, y designó como almirantes a Hortensio ¹²⁵ y Dolabella, mientras se hallaban aún en fase de construcción.

César, después de fortificar de este modo a Italia ⁴² para que resultara inaccesible a Pompeyo, marchó a España ¹²⁶, donde encontró a Petreyo ¹²⁷ y Afranio ¹²⁸, los

¹²¹ Se trata del futuro triunviro, ahora pretor en Roma y que, en ausencia de los cónsules, ejercía la autoridad de éstos.

¹²² El futuro triunviro, hijo mayor de M. Antonio Crético.

¹²³ Hijo segundo de M. Antonio Crético y hermano del anterior.

¹²⁴ M. Licinio Craso, hijo de P. Licinio Craso, el triunviro.

¹²⁵ Q. Hortensio, hijo de Q. Hortensio Hortalo, orador famoso y defensor de Verres (cf., sobre él, n. 355 al l. I).

¹²⁶ El 6 o 7 de octubre (sobre las discrepancias, mínimas por lo demás, en torno a las fechas, cf. CARCOPINO, *Julio César*, pág. 426 y n. 3).

¹²⁷ M. Petreyo era legado en Lusitania (cf. BROUGHTON, II, página 268).

¹²⁸ L. Afranio era legado en la España Citerior (cf. BROUGHTON, II, pág. 266).

generales de Pompeyo, y fue derrotado por ellos en un primer momento, pero después combatieron con resultado incierto, en torno a la ciudad de Ilerda¹²⁹. César estaba acampado en las alturas y se proveía de víveres a través de un puente sobre el río Sícoris¹³⁰, pero de repente un torrente echó abajo el puente, y un gran número de sus hombres, que habían quedado aislados en el lado opuesto, perecieron a manos de las tropas de Petreyo. El propio César sufrió muy severamente junto con el resto del ejército a causa de la dificultad del lugar, del hambre, del clima invernal y de los enemigos. En nada difería su situación de un asedio; finalmente, ante la proximidad del verano, Afranio y Petreyo marcharon hacia el interior de España para reunir otro ejército. Pero César se les anticipaba siempre, les bloqueaba el paso y les impedía avanzar, e incluso llegó a rodear a un destacamento de ellos que había sido enviado por delante para apoderarse de su campamento. Éstos colocaron sus escudos sobre sus cabezas, como señal de rendición, pero César no los hizo prisioneros ni los mató, sino que les dejó que volvieran indemnes junto a los soldados de Afranio, intentando en toda ocasión granjearse el favor de los enemigos. A causa de este hecho tuvieron lugar contactos ininterrumpidos entre ambos campamentos y conversaciones generalizadas acerca de la paz.

- 43 Afranio y otros oficiales decidieron abandonar España a César y marchar sin daño al lado de Pompeyo, pero Petreyo se opuso y, recorriendo el campamento, mató a cuantos hombres de César encontró manteniendo contactos con los suyos, e incluso mató con su propia mano a un oficial que se le opuso. A partir de estos sucesos, irritados aún más por la severidad de Petreyo,

¹²⁹ Ilerda (la actual Lérida).

¹³⁰ Afluente del Ebro por la izquierda.

se mostraron proclives a la clemencia de César. Y después que César se anticipara a cortarles el suministro de agua, Petreyo se vio obligado a ir en compañía de Afranio a conferenciar con César ¹³¹, bajo la mirada de sus respectivos ejércitos. Y acordaron que ellos abandonarían España a César y que éste los conduciría indemnes hasta el río Varo ¹³² y, desde allí, les permitiría marchar junto a Pompeyo. Cuando César se encontró a orillas del río, convocó para que pudieran escucharle a cuantos había de Roma e Italia y les dijo lo siguiente: «De vosotros, enemigos —pues empleando todavía esta palabra os mostraré más claramente mi parecer—, ni a aquellos que habían sido enviados en vanguardia para apoderarse de mi campamento, los cuales se me han rendido, los maté, ni al resto de vuestro ejército, cuando me apoderé de los suministros de agua, a pesar de que Petreyo había asesinado previamente a aquellos de mis soldados que habían sido interceptados al otro lado del río Sícoris. Si existe entre vosotros alguna gratitud hacia mí por estos favores, contádselos a todos los soldados de Pompeyo.» Después de haber dicho esto, los dejó marchar indemnes y designó a Quinto Casio gobernador de España ¹³³.

Éstas fueron las operaciones de César. Mientras tanto, Atio Varo comandaba en África las fuerzas de Pompeyo, y Juba, el rey de los númidas mauritanos, estaba aliado con él ¹³⁴. Curio navegó contra ellos desde Sici- 44

¹³¹ Sobre las condiciones, cf. CÉSAR, *B.C.* I 75-77. La conferencia tuvo lugar el 2 de agosto del 49 a. C. (cf. *C.I.L.*, I², pág. 225).

¹³² El Varo.

¹³³ Apiano omite las operaciones de César en la España Ulterior, de la que era gobernador M. Terencio Varrón, en sustitución del cual dejó a Q. Casio; hechos que tuvieron lugar en septiembre del 49 a. C.

¹³⁴ Sobre la división de África, cf. GSELL, *Hist. Anc. de l'Afrique du Nord*, VII, págs. 267-275 y 289-293 (cit. en ad. GSELL). Numidia esta-

lia ¹³⁵ en defensa de César, con dos legiones, doce naves de guerra y muchas otras de transporte. Cuando tocó tierra en Útica ¹³⁶, en el transcurso de un pequeño combate de caballería en los alrededores de la ciudad, puso en fuga a algunos jinetes nómadas y fue aclamado por su ejército, con las armas todavía en sus manos, como emperador. Este título es un honor que reciben los generales de sus soldados para testimoniarles que son dignos de ser sus jefes. Antiguamente los generales aceptaban este honor sólo por sus más grandes hechos de armas, pero, según tengo entendido, ahora el límite para esta distinción es que hayan muerto al menos diez mil enemigos ¹³⁷. Mientras Curio se encontraba aún en plena travesía desde Sicilia, los habitantes de África pensaron que él, por ambición de gloria, acamparía cerca del campamento de Escipión ¹³⁸ en razón de la fama de su gesta magnífica, y envenenaron el agua. No fallaron en sus expectativas, pues Curio acampó allí, y el ejército cayó enfermo de inmediato. Cuando bebían agua, su visión se nublaba como sumida en la oscuridad, y sobrevinía un sueño acompañado de un letargo profundo, y tras él, vómitos diversos y espasmos de todo el cuerpo. En vista de lo cual, Curio trasladó su campamento

ba bajo Masinisa, al Oeste, y Juba I, señor feudal dependiente de aquél, tenía sus dominios al Este de Cirta, la ciudad principal de su territorio.

¹³⁵ Donde había sido enviado por César para sustituir a Catón (cf. cap. 41 de este libro), que la abandonó el 23 de abril del 49 a. C. Curio partió para África a comienzos de agosto de ese mismo año.

¹³⁶ De hecho, llegó, tras dos días y medio de navegación, a Anquilaria en la bahía de Tonara, a 17 millas de Clupea (cerca de Kelibia) al noroeste de la península del cabo Bon (cf. CARCOPINO, *Julio César*, pág. 489). También para estos hechos, CÉSAR, *B.C.* II 22-26; DIÓN CAS., XLI 41, y GSELL, VIII, pág. 10 y n. 10.

¹³⁷ Aclaración usual en Apiano, sobre costumbres romanas y destinada, como en anteriores ocasiones, al público griego.

¹³⁸ *Castra Cornelia*, donde en otro tiempo P. Cornelio Escipión Africano el Viejo quebrantó el poder de Aníbal (cf. APIANO, *África* 24 ss.).

junto a la misma Útica, llevando al ejército, que estaba débil por la enfermedad, a través de una zona pantanosa muy extensa. Sin embargo, al serles anunciada la victoria de César en España, recobraron el ánimo y se desplegaron en orden de batalla en un lugar estrecho a orillas del mar. Tuvo lugar un duro combate en el que cayó un solo hombre de Curio, en cambio de Varo murieron seiscientos y fueron heridos todavía más ¹³⁹.

Cuando se aproximaba Juba, le precedió el falso ⁴⁵ rumor de que él se había vuelto en las cercanías del río Bagradas ¹⁴⁰, que no estaba muy lejos, porque su reino había sido devastado por sus vecinos, y que había dejado a su general Saburra con unas pocas tropas junto al río. Curio, confiado en esta noticia, en la hora tercia de un tórrido día de verano ¹⁴¹, condujo la mayor parte de su ejército contra Saburra, por un camino arenoso y sin agua, pues incluso los arroyos que había en el invierno se habían secado por el calor del sol. Y el río estaba ocupado por Saburra y el propio rey, que se hallaba presente. Por consiguiente, al haber fracasado en su esperanza, Curio se retiró a unas colinas agobiado por el cansancio, el calor asfixiante y la sed. Tan pronto como sus enemigos vieron que se encontraba en esta situación, atravesaron el río preparados para la batalla, y Curio, con mucha insensatez y desprecio, descendió con su ejército debilitado. Al envolverle la caballería nómada, retrocedió por un cierto tiempo y se cerró con sus tropas en un breve espacio de terreno, pero, desbordado, se retiró de nuevo a las colinas. Asinio Polión, al comienzo del desastre, escapó hasta el cam-

¹³⁹ Este combate tuvo lugar a mediados de agosto. Curio conoció el 2 de agosto la caída de Herda en poder de César (cf. CÉSAR, B.C. II 26-35; otros textos, en GSELL, VIII, pág. 17 n. 3).

¹⁴⁰ El actual Medjerda.

¹⁴¹ El 20 de agosto (cf. GSELL, VIII, pág. 8 y págs. 12-22, para la localización de lugares).

pamento que estaba en Útica con unas pocas tropas, por temor a que se produjera un ataque de Varo si se enteraba del descalabro del río. Pero Curio cayó luchando con bravura con todos los hombres presentes, hasta el punto de que ningún otro regresó a Útica junto a Polión¹⁴².

46 Tal fue el resultado de la batalla celebrada junto al río Bagradas; la cabeza de Curio fue cortada y llevada a Juba. Cuando se conoció con claridad la desgracia en el campamento de Útica, Flamma, el almirante, huyó de inmediato con su flota antes de embarcar a uno solo de los de tierra, pero Asinio navegó en un bote pequeño hasta los barcos mercantes que estaban anclados cerca y les pidió que se acercaran a la playa y recogieran al ejército. Algunos lo hicieron durante la noche, mas al embarcar aquéllos en masa, hundieron las pequeñas embarcaciones, y a muchos que llevaban dinero y que, en razón a éste, habían sido embarcados, los mercaderes los arrojaron en su mayoría al mar. Ésta fue la suerte de los embarcados y otra similar sufrieron, mientras era todavía de noche, los que se habían quedado en tierra. Al amanecer se entregaron a Varo, pero se presentó Juba y, tras colocarlos en torno a las murallas, los masacró, aludiendo a que eran lo que le faltaba de su victoria, sin atender a nada, ni siquiera a los ruegos de Varo. De este modo perecieron en su totalidad las dos legiones romanas que navegaron con Curio hasta África, y cuantos iban con ellas, jinetes, tropas ligeras y servidores del ejército. Juba, tras dar cuenta de esta gran hazaña a Pompeyo, regresó a su casa.

47 Por este mismo tiempo, Antonio fue derrotado en Iliria por Octavio, general de Pompeyo frente a Dolabe-

¹⁴² Cf. CÉSAR, *B.C.* II 37-42; DIÓN CAS., XLI 42, 3-5; FRONTINO, *Str.* II 5, 40; LUCANO, IV 741-810 (error, por Marcio Rufo, cuestor de César en el 49 a. C.).

lla ¹⁴³, y otro ejército de César se amotinó cerca de Placentia ¹⁴⁴ y acusó a sus oficiales de que prolongaban la campaña y ellos no recibían las cinco minas que, como donativo, les había prometido César cuando estaban aún en Bríndisi. Al enterarse César de estos hechos, se apresuró desde Marsella hasta Placentia en poco tiempo, y llegando ante los soldados, que estaban todavía amotinados, les dijo lo siguiente ¹⁴⁵: «Vosotros sabéis con cuánta rapidez procedo en todas mis empresas, pero la guerra se prolonga no por nuestra causa, sino porque los enemigos se escapan en retirada. En la Galia os beneficiasteis con largueza de mi mando, y después de haberme dado vuestro juramento para la totalidad de la presente guerra, y no para una parte de ella, me abandonáis, os subleváis contra vuestros oficiales y consideraréis justo dar órdenes a aquellos de los que debéis recibirlas. Por consiguiente, y poniéndome a mí mismo como testigo de la liberalidad que he tenido hasta ahora con vosotros, me serviré de nuestra ley patria y sortearé la muerte de una décima parte de la novena legión, puesto que fue ella quien, en especial, principió el motín.» Se produjo al pronto un grito de lamento desde toda la legión, sus oficiales postrándose en tierra le suplicaron, y César, a su pesar, cediendo poco a poco, consintió, sin embargo, en que tan sólo ciento veinte hombres, los que parecían haber sido los máximos res-

¹⁴³ El texto griego es conjetural. M. Octavio sólo aparece en este pasaje de Apiano. Debe de tratarse de un combate naval, pues Dolabella era almirante de César en el Adriático (cf. cap. 41).

¹⁴⁴ La actual Plasencia. Este motín tuvo lugar a mediados de noviembre del 49 a. C. César se encontraba entonces en Marsella, en donde había asistido a la caída final de la ciudad bloqueada desde principios de ese mismo verano, y hubo de regresar para sofocar el motín antes de su partida para Roma.

¹⁴⁵ DIÓN CAS., XLI 26-35, es el único autor que nos lo ha transmitido íntegro.

ponsables del origen de la revuelta, fueran sorteados y murieran los doce que de entre ellos designara la suerte. De estos doce, uno demostró que no estaba presente cuando se produjo el motín, y César dio muerte en su lugar al centurión que lo había acusado.

48 De este modo quedó zanjado el motín de Placentia, y César prosiguió su viaje hacia Roma, donde el pueblo, presa del terror, lo eligió dictador¹⁴⁶ sin que mediara ningún decreto del senado ni la intervención de magistrado alguno. Sin embargo, César, ya sea porque rehusara el cargo como generador de envidia, ya sea porque no lo deseaba, después de ejercerlo por sólo once días¹⁴⁷ —como algunos opinan— se designó a sí mismo y a Publio Isáurico como cónsules para el próximo año¹⁴⁸. Envió o cambió los gobernadores de las provincias según su propio criterio, encargó de España a Marco Lépido¹⁴⁹, de Sicilia a Aulo Albino, de Cerdeña a Sexto Peduceo y de la recién incorporada Galia¹⁵⁰ a Décimo Bruto. Distribuyó trigo al pueblo, que sufría hambre, y aceptó, a petición de éste, que regresaran los exilados, a excepción de Milón. Cuando le solicitaron que cancelara las deudas a causa de las guerras

¹⁴⁶ César se había enterado en Marsella de su nombramiento como dictador a instancia de Lépido, el pretor de la ciudad. El problema es si lo fue *ex senatu consulto* (PLUT., *Caes.* 37, 1) o por el pueblo (cf., *ib.*, CÉSAR, *B.C.* II 21, 5; más detalles en CARCOPINO, *Julio César*, página 443 y n. 2).

¹⁴⁷ Fue el tiempo que permaneció en Roma, seguramente entre el 2 de diciembre y el 13 de diciembre, y aunque normalmente había durado dos meses su primera dictadura, en la práctica la ejerció durante once días en Roma, pues renunció a ella.

¹⁴⁸ P. Servilio Isáurico, cónsul con César para el 48 a. C. (cf. MÜNZER, s.v. *Servilius*, núm. 67).

¹⁴⁹ En la España Citerior, pues en la Ulterior estaba Q. Casio, que la gobernaba hacía cuatro meses (cf., *supra*, II 48 y n. 133).

¹⁵⁰ Se trata de la Transalpina; de la Cisalpina era gobernador M. Calidio (cf. BROUGHTON, II, pág. 280).

y revueltas civiles y la baja subsiguiente de los precios de los productos en venta por estos motivos, no lo concedió, pero hizo una tasa de las mercancías que los deudores debían pagar a sus acreedores en vez de dinero ¹⁵¹. Una vez que hubo hecho esto, envió a su ejército a celebrar un encuentro en Bríndisi, en torno al solsticio de invierno, y él en persona partió en el mes de diciembre, según el calendario romano, no esperando al comienzo del nuevo año para el inicio de su consulado, que estaba muy próximo. El pueblo le siguió exhortándole a hacer la paz con Pompeyo, pues era evidente que el que venciera en esta lid se inclinaría por el sistema monárquico.

César llevó a cabo el viaje con la máxima rapidez, ⁴⁹ pero Pompeyo durante todo este tiempo se había dedicado a construir naves y a reunir tropas, cada vez más numerosas, y dinero. Después de apresar las cuarenta naves de César que estaban en el Adriático, aguardó a que éste lo cruzara y entrenó a su ejército ¹⁵², participando con él en los ejercicios de infantería y caballería y destacando en cualquier labor a pesar de su edad ¹⁵³. Por esta razón se granjeó con facilidad la buena voluntad de sus soldados y todo el mundo corría a ver las maniobras militares de Pompeyo como a un espectáculo. César contaba entonces con diez legiones de infantería y diez mil jinetes galos. Pompeyo, a su vez, tenía cinco legiones procedentes de Italia, con las cuales había atravesado el Adriático, y las tropas de caballería correspondientes a estas legiones; y, además, dos procedentes de Partia, las supervivientes de las que combatieron bajo Craso *** y algún otro contingente de las tropas que habían invadido Egipto al mando de Gabi-

¹⁵¹ Cf. CÉSAR, *B.C.* III 1, y DIÓN CAS., XLI 36-38.

¹⁵² Tenía los campamentos en Beroea (actual Verria), en Macedonia (cf. PLUT., *Pomp.* 56, 1-2; CÉSAR. *B.C.* III 5, 2, y DIÓN CAS., XLI 18, 5).

¹⁵³ Entonces tenía 58 años.

nio, en total once legiones de soldados italianos y unos siete mil soldados de caballería. Tenía también aliados de Jonia, de Macedonia, del Peloponeso y de Beocia, arqueros cretenses, honderos tracios y lanzadores de jabalina de la zona del Ponto; había, además, algunos jinetes galos y otros de la Galia oriental junto con tropas de Commagenes enviadas por Antíoco, cilicios, capadocios, algunas fuerzas procedentes de la Armenia Menor, panfilios y pisidios. Pompeyo, sin embargo, no pensaba utilizar todas estas tropas para combatir, sino en misiones de vigilancia y fortificación y para prestar otros servicios al ejército de Italia, con objeto de que ninguna de las tropas italianas fuera traída de la lucha. Éstas eran las fuerzas de Pompeyo en tierra. De otro lado, tenía seiscientos navíos de guerra perfectamente equipados y cien de éstos con dotaciones romanas, las cuales eran reputadas como muy superiores, y otro gran número de barcos de transportes y de carga. Había muchos comandantes de navío de las diferentes secciones y al mando de ellos estaba Marco Bíbulo.

50 Cuando tuvo todo preparado, convocó a una asamblea a cuantos miembros había del orden senatorial y ecuestre, y a todo su ejército, y les dijo lo siguiente: «Compañeros, los atenienses también abandonaron su ciudad para luchar, por salvaguardar su libertad, contra sus invasores, por entender que una ciudad no consiste en edificios sino en hombres ¹⁵⁴; y una vez hecho esto, la recuperaron con presteza y la exhibieron más gloriosa aún que antes. También nuestros propios antepasados, ante la invasión gala, abandonaron la ciudad, y Camilo se lanzó desde Ardea y la recuperó ¹⁵⁵. Y todos los que tienen una mente sana consideran a la li-

¹⁵⁴ Cf. n. 109 de este libro.

¹⁵⁵ M. Furio Camilo, célebre dictador romano (cf. APIANO, *Ital.* 8, 2).

bertad, dondequiera que ellos se encuentren, como a su patria ¹⁵⁶. Y, por participar, igualmente nosotros, de este mismo sentir, hemos navegado hasta aquí, no como desertores de la patria, sino en su defensa, para prepararnos bien en este lugar y defenderla del que hace mucho tiempo conspira contra ella y que, por causa de hombres venales, se ha apoderado por sorpresa de Italia. Vosotros le habéis decretado enemigo público y, sin embargo, incluso ahora él envía gobernadores a vuestras provincias, coloca a otros al frente de la ciudad y a otros los distribuye por Italia; con una osadía tan grande ha arrebatado al pueblo el poder que le corresponde. Y si hace estas cosas mientras todavía está en guerra y tiene miedo, y va a recibir castigo con ayuda de la divinidad, ¿de qué crueldad o violencia hay que esperar que se abstenga, si resulta vencedor? Y mientras lleva a cabo estas cosas, algunos hombres comprados con el dinero que aquél se ha procurado de nuestra provincia de la Galia, cooperan con él habiendo elegido ser sus esclavos en lugar de ser sus iguales.

»Yo no abandoné, ni abandonaré jamás la lucha a 51 vuestro lado y en defensa vuestra, sino que incluso me entrego a mí mismo a vosotros como soldado y como general. Y si por una cierta experiencia de la guerra o por azar he permanecido invicto hasta el presente, ruego a los dioses que todas estas ventajas me asistan en las circunstancias actuales y que resulte un hombre de hado favorable a mi patria, cuando se halla en peligro, igual que lo fui cuando extendió su hegemonía. Hay que tener confianza en los dioses y en la misma razón de la guerra, que tiene como ambición hermosa y justa la defensa de la constitución patria, y, además de ello, hay que confiar en el gran número de efectivos que tenemos ahora, tanto por tierra como por mar, que se

¹⁵⁶ Cf. n. 109 de este libro.

incrementa cada vez, y será aún mayor una vez que entremos en acción. Pues, por decirlo así, cuantos pueblos se extienden hacia el oriente y el Ponto Euxino, todos, griegos y bárbaros, están con nosotros; y los reyes que son amigos de los romanos o míos nos proporcionan tropas, armas, provisiones y otros efectivos. Marchad, por tanto a la acción, en forma digna de vuestra patria, de vosotros mismos y de mí, acordándoos del ultraje que os ha causado César, y prestos a obedecer las órdenes.»

52 Ésta fue la arenga de Pompeyo, y el ejército en bloque, los senadores presentes y un gran número de miembros de la nobleza lo aclamaron al unísono y le exhortaron a que los condujera a donde deseara. Pompeyo, sin embargo, estimó que, al ser todavía la estación mala y carecer el mar de puertos, César se haría a la mar después del invierno y, entretanto, se dedicaría a su cargo de cónsul; así que ordenó a los comandantes de la flota que mantuvieran bajo vigilancia el mar, dividió a su ejército para pasar el invierno y lo envió a Tesalia y a Macedonia.

Con tanta ligereza conjeturó Pompeyo el futuro. César, no obstante, como ya he dicho antes, se apresuró hacia Bríndisi en torno al solsticio de invierno con la idea de aterrar a los enemigos, en especial, por lo imprevisto de su acción. Aunque no tenía provisiones, ni preparativos, ni a la totalidad de su ejército reunido en Bríndisi, convocó, sin embargo, a una asamblea a los que estaban presentes y les dijo:

53 «Ni el invierno, soldados que habéis participado conmigo en las mayores proezas, ni la demora de los demás o la falta de una preparación adecuada me harán desistir de mi empeño, pues considero que, como alternativa a todo lo anterior, me ayudará la rapidez en la acción. Estimo oportuno que, en primer lugar, nosotros, los que hemos acudido los primeros a este en-

cuentro, dejemos aquí a los servidores, a las bestias de tiro e impedimenta en su totalidad, con objeto de que las naves presentes nos puedan acoger en su interior y que embarquemos solos y atravesemos de inmediato para pasar desapercibidos a los enemigos. Y opongamos así nuestra buena fortuna ¹⁵⁷ al invierno, nuestro arrojó a lo exiguo de nuestro número, nuestra falta de recursos a la abundancia del enemigo, de la que nos es posible apoderarnos nada más desembarcar en tierra, si nos damos cuenta de que no tendremos nada propio a no ser lo que tomemos por la fuerza. Vayamos, por tanto, en pos de sus tropas de servicio, de sus efectivos y provisiones mientras están invernando a cubierto. Vayamos, mientras Pompeyo cree que también yo estoy pasando el invierno o dedicado a procesiones y sacrificios propios del cargo de cónsul. Y omito decir, pues lo sabéis, que la sorpresa es el factor decisivo en las guerras. Por lo demás, es digno de ambición también llevarse la gloria, antes que ningún otro, de la guerra futura, y anticiparnos a disponer de manera segura los asuntos de allí para quienes nos van a seguir de inmediato. Yo, en verdad, preferiría en esta ocasión estar ya navegando mejor que estar hablando, para que Pompeyo me pueda contemplar mientras considera que estoy aún ocupado con mi cargo en Roma; y aunque yo sé de vuestra facilidad en obedecer, espero, no obstante, vuestra respuesta.»

Todo el ejército prorrumpió en gritos, con vehemen- 54
cia, de que los condujera, y César llevó de inmediato desde la tribuna a la playa a cinco legiones de infantería y a seiscientos jinetes elegidos. Sin embargo, como consecuencia de un temporal que se desencadenó, se

¹⁵⁷ Sobre la *Fortuna Caesaris* y su inserción en la concepción histórica de Apiano, cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 125-140, y WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 112 y sigs.

mantuvo al ancla apartado de la orilla. Era el solsticio de invierno y el viento, contra su voluntad, y a pesar de su enojo, le obligó a permanecer en Bríndisi hasta el día primero de año. Entretanto, llegaron otras dos legiones, y César las embarcó también y se hizo a la mar, en pleno invierno ¹⁵⁸, a bordo de barcos de carga, pues las pocas naves que tenía estaban guardando Cerdeña y Sicilia. Arrastrado por los vientos invernales hasta los montes Ceraunios ¹⁵⁹, envió de inmediato a los barcos a Bríndisi para traer el resto del ejército. Él se puso en camino de noche hacia la ciudad de Órico por un sendero rocoso y estrecho, con el ejército dividido en muchas partes a causa de las dificultades del lugar, de tal modo que hubiera resultado presa fácil de abatir, si alguien le hubiera visto. Con dificultad pudo reunir al grueso de su ejército hacia el amanecer, y el comandante de la guarnición de Órico, ante la prohibición de los habitantes de que impidiera el acceso a un cónsul romano, entregó las llaves de la ciudad a César y permaneció a su lado en un puesto de honor. Lucrecio y Minucio, que estaban al otro lado de Órico con dieciocho barcos de guerra guardando los barcos de transporte con trigo para Pompeyo, hundieron a éstos para que César no los apresara y huyeron a Dirraquio. Desde Órico, César se apresuró hacia Apolonia y, al recibirlo sus habitantes, Estaberio, el comandante de la guarnición, abandonó la ciudad.

¹⁵⁸ El 4 de enero del 48 a. C. (cf. CÉSAR, *B.C.* III 6, 1: *pridie non. Ian.*; y, asimismo, sobre estos hechos, APIANO, *Iliria* 12).

¹⁵⁹ César arribó al día siguiente a Palaeste (Palasa) en la punta meridional de la Acroceraunia (en la costa noroccidental del Epiro), lugar equidistante de Corfú donde se hallaba fondeada la escuadra de Bibulo, y de Órico, donde L. Torcuato, lugarteniente de Pompeyo, se había encerrado con tropas del Epiro (cf. César, *B.C.* II 52, 54; DÍON CAS., *XLI* 44).

César, tras reunir en asamblea a su ejército, les 55 recordó que, a causa de la rapidez de sus movimientos y de la estación invernal, junto con la buena fortuna, habían triunfado, se habían apoderado de un mar extenso, sin barcos de guerra, habían capturado Órico y Apolonia sin lucha, y tenían en su poder los pertrechos del enemigo, tal como él había predicho, sin que hasta entonces lo supiera Pompeyo. «Y si —dijo— conseguimos anticiparnos en tomar Dirraquio, que es el arsenal de guerra de Pompeyo, estará en nuestro poder todo aquello por lo que nuestros enemigos han trabajado a lo largo de todo un verano.» Después de haber dicho esto, los condujo sin dilación hasta Dirraquio por un largo camino, sin descansar, día y noche. Sin embargo, Pompeyo, advertido de antemano, se puso, a su vez, en camino desde Macedonia, con mucha rapidez también, y cortando los árboles que hallaba a lo largo de su ruta para que resultara intransitable a César, destruía los puentes de los ríos y quemaba todas las provisiones que encontraba a su paso, considerando, al mismo tiempo, de la máxima importancia, como en efecto era, proteger sus propias existencias.

Y si, en alguna parte, cada uno de ellos veía desde lejos una nube de polvo, fuego o humo, considerando que pertenecían al adversario, avivaban su celo como si compitieran en una carrera. No se dieron ocasión para el alimento o para el sueño. Había premura y afán, mezclados con los gritos de quienes los guiaban a la luz de las antorchas y, como consecuencia, mucho tumulto y temor ante la idea de que los enemigos estaban más cerca cada vez. Algunos, a causa del cansancio, arrojaban la carga o quedaban rezagados ocultándose en las hoquedades y trocaban su miedo al enemigo por el descanso del momento.

Aunque unos y otros sufrieron tales penalidades, 56 Pompeyo, no obstante, llegó primero a Dirraquio y acam-

pó junto a él. Enviando una flota tomó, de nuevo, a Órico y mantuvo una vigilancia más estrecha sobre el mar. César acampó interponiendo entre él y Pompeyo el río Alor ¹⁶⁰. Y, cruzando el río, sostenían entre sí escaramuzas con tropas de caballería, pero no entablaron combate con todo el ejército, pues Pompeyo estaba entrenando aún a las tropas recién incorporadas, en tanto que César aguardaba refuerzos desde Brindisi. Este último pensaba que, si ellos hacían la travesía en primavera, sobre naves de carga, no pasarían desapercibidos a las trirremes de Pompeyo que patrullarían en gran número en misión de vigilancia, y que si, por el contrario, cruzaban en invierno, mientras las naves enemigas estaban ancladas entre las islas, tal vez podrían pasar sin ser vistos o forzar el paso por el tamaño de las naves y la fuerza del viento, por lo cual envió a buscarlas a toda prisa. Pero, como ellos no se hacían a la mar, él mismo decidió atravesarlo hasta donde estaba su ejército, en secreto, ya que ningún otro podría traerlas tan fácilmente. Ocultó su proyecto y envió a tres servidores hasta el río, que distaba doce estadios, para que tuvieran preparado un barco pequeño ligero y al piloto más experto, diciendo que era para un mensajero de César.

57 Éste se retiró de la mesa, so pretexto de estar fatigado, y dejó a sus amigos que continuaran comiendo. Se vistió de paisano y, subiendo a un carro, partió de inmediato hacia la nave, como si fuera él el enviado de César. El resto de las órdenes las dio por medio de sus criados y permaneció oculto e irreconocible, sobre todo porque era de noche. Como soplabá un fuerte viento, los servidores dieron ánimos al piloto con la razón de que, de este modo, pasarían más desapercibidos para los enemigos, que estaban cerca. El piloto descendió el

¹⁶⁰ Todas las demás fuentes, incluido César, llaman al río *Apsus* (actual Semen).

curso del río navegando a fuerza de remos, pero, cuando llegó a la desembocadura, el oleaje del mar y la corriente impetuosa por la fuerza del viento cambiaron el rumbo de la nave. El piloto, a instancia de los servidores, trató de forzar la navegación, mas como no consiguió avanzar se agotó y perdió la esperanza, y entonces César desvelando su identidad le gritó: «Pon proa a las olas, con confianza, llevas a César y al destino de César.» Los remeros y el piloto quedaron atónitos y todos recobraron su coraje, y la nave ganó a pulso la embocadura del río. Sin embargo, el viento y las olas arrojaron al barco, suspendido en el aire, hacia la orilla, y así hasta que, al aproximarse el día, tuvieron miedo de ser descubiertos por los enemigos, a plena luz, y César, tras increpar a la voluntad envidiosa de su genio, consintió en que la nave regresara. Y ésta remontó el río con un fuerte viento ¹⁶¹.

Algunos se admiraron del arrojío de César, otros le 58 hicieron reproches por haber emprendido una acción propia de un soldado, pero no de un general. Y él, como no esperaba ya ocultar su plan, ordenó a Postumio que hiciera la travesía en su lugar y dijera a Gabinio que condujera el ejército de inmediato a través del mar, y si aquel no hacía caso, que ordenara lo mismo a Antonio, y en tercer lugar, después de Antonio, a Celeno. Y, si los tres dudaban, escribió otra carta al propio ejército diciéndoles que el que quisiera siguiera a Postumio en las naves y navegaran hasta cualquier lugar que el viento los arrastrara, sin preocuparse por salvar los barcos, pues César no tenía necesidad de barcos sino de hombres.

¹⁶¹ Sobre este pasaje, véase, en GABBA (*Appiano...*, pág. 130), W. H. FRIEDRICH, *Caesar und sein Glück, Th. Fests. für Ida Kapp*, Munich, 1954, págs. 10 y sigs., quien alinea la narración de Apiano con la de Plutarco, en tanto que Lucano, Dión Casio y Floro muestran elementos comunes que dependen de Livio.

De este modo César se confió a la suerte, en vez de a la prudencia reflexiva ¹⁶². Pompeyo, a su vez, dándose prisa en anticiparse a las medidas de César, avanzó preparado para el combate. Mientras dos de sus soldados rastreaban el río, en mitad de la corriente, en busca del lugar por donde fuera más vadeable, uno de los hombres de César los atacó y les dio muerte a los dos. Pompeyo se retiró, pues no consideró lo sucedido como un presagio favorable, y se hizo culpable ante todos de desaprovechar una oportunidad excelente ¹⁶³.

59 Cuando Postumio llegó a Bríndisi, Gabinio no obedeció las órdenes y condujo a los que quisieron seguirle, a través de Iliria, sin conceder ningún descanso. Casi todos, sin embargo, fueron aniquilados por los ilirios, y César tuvo que soportar este desastre por falta de tiempo para la venganza. Antonio embarcó a los otros en las naves y navegó dejando a un costado a Apolonia ¹⁶⁴, con las velas henchidas a favor de un viento propicio; sin embargo, hacia el mediodía, se echó el viento y veinte naves de Pompeyo, que habían zarpado para rastrear el mar, avistaron a los enemigos y los persiguieron. Existía mucho temor entre los barcos de César, al estar el viento en calma, de que los navios de guerra los perforasen y hundiesen con sus espolones. Hicieron los preparativos adecuados y dispararon piedras y dardos. En-

¹⁶² Apiano comparte claramente en este pasaje las críticas contemporáneas de aquellos sectores anticesarianos que veían, en la acción de César, un comportamiento indigno de un general.

¹⁶³ Para la valoración de la actitud de Pompeyo según Apiano, en el decurso de la guerra, concretamente en Dirraquio y en Farsalia, a la luz de la intervención de la Fortuna y de la divinidad, cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 125 y sigs., en donde se contraponen la visión que sobre este personaje tiene el poeta Lucano, en su famoso poema *Farsalia*, y la del historiador alejandrino.

¹⁶⁴ Hacia mediados de abril del 48 a. C., es decir, casi dos meses después de la intentona de César. La ciudad de Apolonia (hoy, Poiani) estaba situada entre Dirraquio y Órico.

tonces, el viento saltó de repente con mayor fuerza que antes; unas naves acogieron de nuevo inesperadamente el viento con su gran velamen y navegaron sin temor, y otras, en cambio, quedaron rezagadas sufriendo duramente a causa del mar embravecido por las olas y el viento, y fueron arrojadas con dificultad hacia una costa sin puertos y rocosa. Dos de los barcos de César que fueron arrastrados hasta un bajío, fueron apresados, y a los restantes los condujo Antonio hasta el puerto de Ninfeo ¹⁶⁵.

Por entonces César y Pompeyo contaban ya con la 60 totalidad de sus respectivos ejércitos. Estaban acampados uno frente a otro, sobre colinas en numerosos fortines, y se producían colisiones frecuentes en torno a cada fortín, mientras unos y otros cavaban zanjas y trataban de rodearse mutuamente con muros en medio de dificultades. En uno de estos enfrentamientos en torno a un fortín, resultó derrotado el ejército de César, y un centurión llamado Esceva, después de haber llevado a cabo muchos hechos brillantes, fue herido en un ojo por un dardo y, avanzando delante de sus hombres, agitó su mano como queriendo decir alguna cosa. Cuando se hizo el silencio se dirigió a un centurión de Pompeyo, notable por su valor, con estas palabras: «Salva a quien es de igual rango que tú, salva a un amigo y envíame a alguien para que me lleve de la mano, pues estoy herido.» Dos hombres acudieron hacia él pensando que era un desertor, de los cuales tuvo tiempo de matar a uno y herir a otro en el hombro. E hizo esto porque había perdido la esperanza de salvarse él y salvar el fortín. Heridos los demás compañeros, por lo ocurrido, en su amor propio, realizaron un ataque y consiguieron salvar el fortín. El comandante de éste, Minucio, sufrió

¹⁶⁵ Hoy, San Juan de Medua, ciudad situada al norte de Dirraquio, lejos de los campamentos de César y Pompeyo.

grandemente; se dice que su escudo recibió el impacto de ciento veinte proyectiles, fue herido seis veces y, al igual que Esceva, perdió un ojo. César recompensó a estos soldados con muchos honores militares, y él, como se le había hecho desde Dirraquio una cierta oferta de traicionar a la ciudad, marchó según lo convenido, por la noche, con unas pocas tropas hacia las puertas de la ciudad y el templo de Diana *** 166.

Este mismo invierno, Escipión, el suegro de Pompeyo, se puso en camino desde Siria con otro ejército; Gayo Calvisio ¹⁶⁷ se enfrentó con él en Macedonia y fue derrotado, sufriendo la baja de una legión entera, a excepción de ochocientos hombres.

- 61 César no podía recibir ningún aprovisionamiento por mar a causa de la superioridad naval de Pompeyo; por consiguiente, su ejército empezó a sufrir de hambre, y comenzaron a fabricar una especie de pan con yerbas ¹⁶⁸. Algunos desertores llevaron tales panes a Pompeyo, pensando que éste se alegraría de verlos. Pero no se alegró, sino que dijo: «¡Con qué clase de bestias salvajes estamos luchando!» César puso en marcha a todo su ejército, impulsado por la necesidad, con la intención de forzar a Pompeyo, mal de su grado, a combatir. Este último, a su vez, se apoderó de la mayor parte de los fortines que, como consecuencia del movimiento de César, habían quedado vacíos, y permaneció tranquilo.

¹⁶⁶ Hay una laguna en el texto. Según DIÓN CAS., XLI 50, 3-4, y CÉSAR, B.C. III 58, 1, este intento falló.

¹⁶⁷ Se trata de un error de Apiano. El general asignado por César para oponerse a Escipión fue Gn. Domicio Calvino al mando de dos legiones (cf. CÉSAR, B.C. III 34, 2-3).

¹⁶⁸ Se trata de la *chara*, raíz farinácea que los soldados de César rallaban y amasaban con leche (cf. CARCOPINO, *Julio César*, pág. 455 n. 4, que cita al respecto a HENZLEY, *Les opérations militaires de César étudiées par la mission de Macédoine*, París, 1876, págs. 79-80; J. ANDRÉ, *Lexique des termes de botanique en latin*, París, 1956, s.v.).

Contrariado César por este hecho, se atrevió a una empresa difícil y fuera de razón; a saber, aislar todos los campamentos de Pompeyo con una sola línea de circunvalación de mar a mar, pensando que, por sólo atreverse a ello, obtendría una gran fama aunque fracasara, pues el perímetro era de mil doscientos estadios. César acometió tamaña empresa, pero Pompeyo le opuso otra línea similar compuesta de zanja y muro, por lo que cada uno tornaba vanas las labores del otro. Sin embargo, tuvo lugar entre ellos una gran batalla en la que Pompeyo puso en fuga con mucha brillantez a los soldados de César, y los persiguió en su huida hasta su campamento. Les arrebató muchas enseñas, y el águila, que es la enseña de mayor valor para los romanos; a duras penas tuvo tiempo el que la llevaba de arrojarla por encima de la empalizada a sus compañeros de dentro.

Después de producirse esta derrota sin paliativos, 62 César hizo venir desde otro lugar a un nuevo ejército, y hasta tal punto se aterrorizó éste también que, aunque resultaba evidente que Pompeyo estaba lejos, no hicieron alto cuando se encontraban a las puertas del campamento, ni penetraron en orden, ni obedecieron los mandatos, sino que cada uno huyó por donde se encontraba sin volverse atrás, sin pundonor, sin una orden y sin razón. César corrió en torno a ellos y les mostró con reproches que Pompeyo estaba todavía lejos; sin embargo, arrojaban las enseñas ante sus ojos y huían, y otros, por vergüenza, clavaban la mirada en tierra, inactivos; tan grande era la consternación que se había abatido sobre ellos. Hubo uno, incluso, que le dio la vuelta a su enseña y le tendió el mango a César, pero los escuderos de éste lo mataron. Cuando los soldados penetraron en el campamento, no tuvieron que habérselas con los puestos de guardia, ya que todos habían sido abandonados y la fortificación se hallaba desguarnecida. De

tal forma que parece probable que, si Pompeyo hubiera concentrado su esfuerzo en el ataque, se habría apoderado de él entonces, por la fuerza, de no haber sido porque Labieno, ofuscado por la divinidad, le convenció de que se volviera a perseguir a los fugitivos. También contribuyó la vacilación de Pompeyo, ya fuera porque sospechaba que la falta de protección de la fortificación era una emboscada, o bien porque pensaba con desprecio que la guerra estaba ya decidida. Así que se volvió contra los del exterior, mató a muchos y se apoderó de veintiocho estandartes en las dos batallas de aquel día, pero dejó escapar esta segunda oportunidad de acabar totalmente la guerra. Se cuenta que César dijo al respecto: «Hoy se hubiera sentenciado la guerra en favor de los enemigos, si hubieran sabido usar de la victoria.»

- 63 Pompeyo envió cartas a los reyes y a todas las ciudades magnificando su victoria, y confió en que el ejército de César se pasaría a él de inmediato, pues estaba oprimido por el hambre y aterrado por la derrota, y, en especial, los oficiales, temerosos de su comportamiento vergonzoso. Sin embargo, estos últimos, como si la divinidad los hubiese movido a un cambio de actitud, se avergonzaron de su cobardía y, cuando César les hizo suaves reproches y les concedió el perdón, todavía se irritaron más con ellos mismos, y, con una mutación sorprendente, le pidieron a César que, de acuerdo con la ley de la patria, echara la suerte entre ellos y diera muerte a la décima parte. Como César no estuvo de acuerdo, se avergonzaron más aún y reconocieron que ellos le habían inferido un ultraje de manera indigna y pidieron a gritos que diera muerte a los que portaban las insignias, argumentando que ellos no hubieran huido jamás de no ser porque las enseñas, previamente, se habían vuelto en fuga. Mas al no consentir tampoco César en esto y castigar tan sólo a unos pocos de mala

gana, les sobrevino a todos de inmediato un celo tan grande, cuando vieron su moderación, que le pidieron a gritos que los condujera, al punto, contra los enemigos. Estaban muy excitados, exhortándole y prometiéndole que rectificarían su cobardía con una hermosa victoria. Y reuniéndose entre ellos, en orden militar, se tomaban los unos a los otros juramentos, por compañías, bajo la mirada de César, de que no retornarían del combate a no ser con la victoria.

Los amigos de César, por esta razón, le aconsejaban 64 que se aprovechara de un cambio de actitud y un celo tales por parte de su ejército. Pero él dijo a la masa de soldados que los llevaría contra los enemigos en una mejor ocasión y les animó a mantener vivo este celo. En privado dijo a sus amigos que había que borrar, primero, de los soldados el miedo por la derrota, que había sido muy grande, y que era necesario también abatir previamente la pujante arrogancia de los enemigos. Reconoció, además, que se había equivocado al haber acampado junto a Dirraquio, donde estaba todo el arsenal de Pompeyo, cuando hubiera debido alejarse hacia otro lugar con igual penuria para ambos.

Después de decir esto, se trasladó de inmediato a Apolonia y desde allí avanzó hasta Tesalia ¹⁶⁹, de noche, sin ser visto. Capturó por la fuerza la pequeña ciudad de Gonfo ¹⁷⁰, que no lo había recibido, y se la entregó a su ejército para que la saqueara. Los soldados, a consecuencia del hambre sufrida, se hartaron de golpe de todo y bebieron vino sin moderación; los germanos, en especial, resultaron los más ridículos entre ellos por causa de la bebida, hasta el punto de que parece que Pompeyo hubiera podido atacar entonces y conseguir un bri-

¹⁶⁹ César remontó el valle del Aous (hoy, Voinsa) y entró en Tesalia por la parte sur, en tanto que Pompeyo lo hizo por la parte norte.

¹⁷⁰ En la actualidad, Palaeo-Apiskopi, la primera ciudad que se encontró en Tesalia nada más abandonar el Epiro.

llante resultado, si no hubiera desdeñado totalmente, con menosprecio, perseguirlos. Finalmente, César, tras una marcha breve de siete días, acampó en las proximidades de Farsalo ¹⁷¹. Entre las desgracias notables acaecidas en Gonfo, se cuenta que aparecieron los cadáveres de veinte ancianos venerables, en la casa de un médico, recostados sobre el suelo como borrachos por la bebida y con copas cerca de ellos, que no presentaban ninguna herida, y que uno estaba sentado en una silla a modo de un médico que les hubiera suministrado veneno ¹⁷².

- 65 Después de la retirada de César, Pompeyo convocó un consejo. Afranio opinó que se debía enviar la flota contra César, en la cual eran muy superiores, y al ser ellos dueños del mar, acosar a éste que se hallaba errante y en dificultades; y, en cambio, que el propio Pompeyo condujera la infantería a toda prisa hacia Italia, que estaba bien dispuesta hacia él y libre de enemigos, y que, tras apoderarse de ella, junto con la Galia y España, atacara, de nuevo, a César desde el suelo patrio y sede del poder imperial. Pero Pompeyo despreció estos consejos, que eran los mejores para él, e hizo caso de los que le dijeron que el ejército de César desertaría de inmediato a él a causa del hambre, o bien, que no era mucho lo que le restaba después de la victoria de Dirraquio. Y afirmaron que, por el contrario, lo más vergonzoso era abandonar a César en su huida y que el vence-

¹⁷¹ Ciudad tesalia al sur de Larisa y escenario de la célebre batalla de la Farsalia, que tomó de ella su nombre y que se describirá en los siguientes capítulos.

¹⁷² Esta anécdota, y la narrada en este mismo capítulo sobre la borrachera de las tropas cesarianas tras la toma de Gonfo, introducen un punto desfavorable hacia la figura de César, acorde con el relato de Apiano para estos hechos. Ya hemos aludido al interés que muestra Apiano o su fuente para recalcar el papel preponderante de la intervención divina en la causa de César librándole en los momentos de máximo peligro.

dor huyera igual que los vencidos. Pompeyo se sumó al criterio de estos últimos, en parte por vergüenza ante los pueblos del oriente, que tenían los ojos puestos en él, y por librar a Lucio Escipión, que estaba todavía en Macedonia, de que le sucediera alguna desgracia, y sobre todo porque pensaba aprovecharse de la moral de su ejército para combatir. Así pues, avanzó y acampó frente a César, cerca de Farsalo, a una distancia de treinta estadios de él.

Las provisiones llegaban a Pompeyo desde todas 66 partes, pues las carreteras, puertos y fortines habían sido dispuestos de antemano de tal modo que continuamente le llegasen víveres, por tierra y por mar, con cualquier viento. En cambio, César tenía sólo lo que encontraba con dificultad y aquello que podía coger con grandes penalidades. Pero aún así, nadie desertó de él, sino que con un celo de origen divino, ardían en deseos de ser llevados a combatir con los enemigos, y creían que ellos, que habían sido ejercitados durante diez años, eran muy superiores a las tropas recién reclutadas de Pompeyo, en el combate, pero inferiores, por la edad, para los trabajos de abrir zanjas, fortificaciones y forrajeo. Y aunque estaban totalmente exhaustos, les parecía mejor llevar a cabo algún hecho (con valor) *** que perecer de hambre en la inactividad. Pompeyo, al darse cuenta de ello, consideró que era peligroso arriesgar todo en una sola batalla, contra unos hombres bien entrenados y desesperados y contra la buena estrella de César, y, en cambio, que era más eficaz y menos expuesto agotarlos por la falta de recursos, pues no controlaban una tierra fértil ¹⁷³ ni podían utilizar el mar ni tenían naves para una huida rápida.

¹⁷³ Según otras fuentes (cf. CÉSAR, *B.C.* III 81, 3), César dispuso, tras el sometimiento de una buena parte de las ciudades de Tesalia (excepto Larisa), de las cosechas, ya maduras, de las extensas llanuras de la región. Corría por entonces el mes de julio del año 48 a. C.

Así él decidió, con el cálculo más acertado, demorar la guerra y llevar al enemigo desde una situación de hambre a otra de epidemia.

67 Sin embargo, se arremolinó en torno a él una gran multitud de hombres, entre quienes había senadores de igual rango que él, miembros muy distinguidos del orden ecuestre, y muchos reyes y príncipes. Algunos, por razón de su inexperiencia en la guerra, otros, por estar envalentonados en exceso por la victoria de Dirraquio, otros, por el hecho de aventajar en número a los enemigos y otros, porque, cansados por completo de la guerra, se afanaban más por una solución rápida que por la adecuada, todos, en suma, le apremiaban a la lucha mostrándole que César de continuo se desplegaba en orden de batalla y le incitaba a luchar. Pompeyo, sin embargo, les hizo ver a ellos, por este mismo hecho sobre todo, que a César le obligaba a ello su propia falta de recursos y que, en cambio, por esa misma razón era más oportuno para ellos permanecer tranquilos, porque César estaba apremiado por la necesidad. No obstante, acosado por todo el ejército, que estaba en exceso engraido por la victoria de Dirraquio, y censurado con sorna por sus compañeros de rango que le acusaban de demorarse voluntariamente por su amor al poder, para mandar sobre tantos hombres de su mismo rango, y que, por esta razón, le llamaban «rey de reyes» y «Agamemón» —porque también éste había mandado sobre reyes en el transcurso de la guerra—, abandonó sus propios cálculos y cedió ante ellos, ofuscado ya por la divinidad que le iba a acompañar, por lo demás, a lo largo de toda esta guerra. Y trocándose en torpe y lento, contra su natural, en todo se preparó contra su voluntad para combatir en perjuicio suyo y de los que le habían persuadido a él.

68 Aquella misma noche, tres legiones de César habían salido en busca de provisiones; pues, como el propio

César alababa a Pompeyo por su táctica dilatoria y no pensaba en absoluto que hubiera cambiado de parecer, las había enviado en busca de alimento; pero, al enterarse de los preparativos del enemigo, se alegró de la presión que supuso se habría ejercido sobre Pompeyo por parte de su ejército, y convocó rápidamente a la totalidad de sus tropas e hizo, a su vez, sus propios preparativos. En el curso de un sacrificio, a medianoche, invocó a Marte y a su misma antepasada, Venus —pues se creía que el linaje de los Julios descendía, con un ligero cambio de nombre, de Eneas y del hijo de Eneas, Ilo—, y le prometió, si salía con bien de su empresa, erigirle un templo en Roma, en acción de gracias como portadora de la victoria ¹⁷⁴. A continuación, un resplandor atravesó el firmamento desde el campamento de César al de Pompeyo, donde se extinguió. Los soldados de Pompeyo lo interpretaron como una victoria brillante de ellos mismos sobre sus enemigos, pero César lo interpretó en el sentido de que él atacaría y extinguiría el poder de Pompeyo. En esa misma noche, algunas de las víctimas del sacrificio se le escaparon a Pompeyo y no fueron cogidas, y un enjambre de abejas, criaturas lentas, se posaron sobre el altar. Poco antes del amanecer, un cierto pánico hizo presa en el propio ejército. Él, después de hacer una ronda y tranquilizarlo, se retiró a descansar con un sueño profundo; cuando lo despertaron sus amigos, les dijo que había soñado, poco antes, que había dedicado en Roma un templo a Venus la portadora de la victoria ¹⁷⁵.

Sus amigos y todo el ejército, al enterarse de este 69 sueño, se alegraron, pues desconocían el voto de César

¹⁷⁴ Véase, sobre el culto a *Venus Victrix* y *Genetrix*, WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 80 y sigs., en especial pág. 83.

¹⁷⁵ El templo fue dedicado el 26 de septiembre del 46 a. C. y se hallaba en el Foro Julio (cf. WEINSTOCK, *op cit.*, pág. 82; y, además, *supra*, II 102).

y, por lo demás, de manera insensata, alocada y despreciativa, se aprestaron a la lucha como si estuviera ya ganada. Muchos de ellos, desde aquel momento, adornaron sus tiendas con laurel, símbolo de la victoria, y sus servidores les prepararon un magnífico banquete; y algunos, incluso, empezaron a disputarse entre ellos el cargo de Pontífice Máximo de César. Pompeyo, como hombre con experiencia en la guerra, se abstuvo de estas insensateces con indignación oculta, pero permaneció, no obstante, en silencio a causa de la duda y el miedo, como si ya no fuera el general, sino un mandado, e hiciera todo bajo presión y en contra de su parecer. Tan grande era el abatimiento que había caído sobre este hombre, de importantes hazañas y que había sido hasta aquel día el más afortunado en cualquier empresa, ya fuera porque tras discernir las medidas convenientes no había sabido convencer sino que había dejado a la suerte la salvación de tantas vidas humanas y de su propia fama, invicta hasta entonces, o bien porque le conturbaba el presentimiento de la desgracia cercana que le anunciaba que en aquel día iba a perder de golpe un poder tan inmenso. Por consiguiente, tras decir tan sólo a sus amigos que ese día, cualquiera que resultara vencedor, sería el comienzo de grandes calamidades en el tiempo futuro para los romanos, dispuso al ejército para la batalla. Algunos pensaron que, con esta observación, precisamente, se había traslucido su intención, en un momento de temor, e infirieron que Pompeyo no hubiera dejado el poder supremo ni en el caso de haber resultado vencedor.

70 Puesto que el número de tropas, a mi entender, difiere en muchos escritores, voy a seguir, sobre todo, a los escritores romanos más dignos de crédito en relación con las tropas italianas, en quienes tenían la máxima confianza, en tanto que no dan con exactitud el número de tropas aliadas ni las describen, por conside-

rarlas extranjeras y de escasa importancia en cuanto a su contribución al resultado de la contienda. El ejército de César estaba integrado por veintidós mil hombres, y de éstos, unos mil eran tropas de caballería; Pompeyo, por su parte, tenía más del doble de este número, de los que siete mil eran de caballería. Algunos de los escritores más fidedignos opinan que setenta mil soldados italianos lucharon entre sí en la batalla; otros dicen que participaron poco menos de sesenta mil, y otros, de forma exagerada, afirman que fueron cuatrocientos mil. Del total de estas fuerzas hay quienes opinan que Pompeyo tenía la mitad, y otros, las dos terceras partes. Tanta discrepancia existe respecto al número exacto. Pero sea como fuere, cada uno de ellos centró su atención en los soldados italianos. En relación con las tropas aliadas, César tenía jinetes de la Galia (Cisalpina) *** y otro número de la Galia Transalpina; también tenía tropas ligeras griegas, consistentes en dólopes, acarnanios y etolios. Tales eran los aliados de César. Pompeyo, a su vez, contaba con un gran número de fuerzas aliadas procedentes de todos los pueblos del oriente, en parte de caballería y en parte de infantería. De Grecia luchaban, a su lado, lacedemonios mandados por sus propios reyes, y otras tropas del resto del Peloponeso y beocios con ellos. También participaban en la campaña atenienses, aunque éstos habían hecho una proclama pública de que ellos no cometerían ningún acto de violencia contra el ejército de uno u otro bando, pues estaban consagrados a las Tesmoforias ¹⁷⁶, pero ansia-

¹⁷⁶ Festival griego en honor de Deméter y Core. En Atenas, tenía lugar del 7 al 11 del mes pyanopsion (coincidiría con nuestro oct./nov.) y era una fiesta exclusivamente de mujeres. La interpretación de este pasaje es difícil, en primer lugar por la cronología, dado que la batalla tuvo lugar el 9 de agosto del 48 a. C. y, además, por la noticia de la consagración o desempeño del sacerdocio que alegan los atenienses para su actitud de no violencia (sobre el calendario de festividades

ban, no obstante, tomar parte en la gloria de la guerra, porque se iba a luchar por el liderazgo de los romanos.

71 Además de los griegos, casi todos los pueblos que se encuentra quien circunnavega el mar hacia el oriente, enviaron ayuda a Pompeyo: tracios, helespontios, bitinios, frigios, jonios, lidios, panfilios, pisidios, paflagones, cilicios, sirios, fenicios, el pueblo hebreo y sus vecinos los árabes, chipriotas, rodios, honderos cretenses y todos los isleños. Estaban presentes también reyes y príncipes al frente de sus propias tropas: Déyótaro, tetrarca de los gálatas orientales y Ariárates, rey de los capadocios. Taxiles, en calidad de comandante en jefe, conducía a los armenios del lado de acá del Eufrates, y Megabates, lugarteniente del rey Artapates, mandaba a los del lado de allá. Y algunos otros pequeños príncipes cooperaban en la lucha con Pompeyo. Se dice que se presentaron a él sesenta naves procedentes de Egipto, enviadas por los reyes de este país, Cleopatra y su hermano, que era, a la sazón, un niño¹⁷⁷. Pero estas naves no tomaron parte en el combate ni tampoco el resto de la flota, sino que permanecieron inactivas en Corcira. Y parece que Pompeyo actuó en esto con la mayor insensatez, al despreciar la flota con la que, con una superioridad aplastante, pudo haber privado a los enemigos de la importación de víveres desde cualquier parte, y, en cambio, se arriesgó en un combate en tierra, contra unos hombres ufanos por sus muchos trabajos y que eran como bestias salvajes para el combate. Sin embargo, aunque él se había guardado de ellos en Dirraquio, parece que una locura de origen divino lo había extraviado, en el momento más oportuno de todos

griego, cf. J. MIKALSON, *The Sacred and Civil Calendar of the Athenian Year*, Nueva Jersey, 1975, en especial, págs. 6, 67 y 198).

¹⁷⁷ Se trata de Tolomeo XIV, hijo de Tolomeo XIII Auletes, que contaba diez años de edad (cf. *supra*, B.C. II 82-84).

para César; pues, a causa de ella, el ejército de Pompeyo se había excitado con un orgullo absolutamente insano, se había impuesto a su propio general y habían emprendido la acción de la forma más inexperta desde el punto de vista bélico.

Pero la divinidad había dispuesto estas cosas como prólogo de este imperio universal de nuestros días ¹⁷⁸. En aquella ocasión, cada uno de los comandantes reunió a su ejército y lo arengó. La arenga de Pompeyo fue como sigue: «Vosotros, compañeros de armas, sois los que comandáis esta batalla, más bien que los guiados a ella, pues vosotros mismos, cuando yo quería agotar por consunción a César, me urgisteis a este combate. Por consiguiente, en calidad de organizadores del mismo, comportaos como quienes son muy superiores en número frente a los que están en inferioridad numérica, y despreciadlos como hacen los vencedores con los vencidos, los jóvenes con los viejos, como hombres de refresco frente a otros cansados por muchos trabajos, y luchad como quienes cuentan con una fuerza y unos preparativos tan grandes y con la propia conciencia de su causa, pues luchamos en defensa de la libertad y de la patria, al lado de las leyes y de la fama justa y de tantos hombres, unos senadores y otros caballeros, frente a un solo hombre que ha usurpado piráticamente el poder supremo. Id, pues, como habéis decidido, con una buena esperanza, teniendo ante vuestros ojos su huida en Dirraquío y el gran número de enseñas que capturamos en un solo día después de haberles derrotado.»

Tal fue la arenga de Pompeyo, y César dijo a los suyos lo siguiente: «Hemos vencido ya, amigos, las circunstancias más adversas, pues en lugar de contra el hambre y la necesidad lucharemos contra hombres. El día

¹⁷⁸ Sobre la interpretación de este pasaje, véase GABBA, *Appiano...*, págs. 134-136.

presente lo decidirá todo. Acordaos de la promesa que me hicisteis en Dirraquio y de los juramentos que, en presencia mía, os tomasteis unos a otros, que no retornaríais a no ser como vencedores. Éstos son, camaradas, aquellos contra los que hemos venido desde las columnas de Hércules, los mismos que escaparon de nosotros desde Italia, los que, a nosotros, que habíamos trabajado con esfuerzos durante diez años y sostenido tantas guerras y añadido a nuestra patria cuatrocientos pueblos de España, de la Galia y de Britania, nos dispersaron sin recompensa, sin triunfo y sin honores. Yo no logré convencerlos aunque les ofrecí propuestas justas, ni tampoco lo he conseguido con favores. Pues sabéis de aquellos a los que dejé ir indemnes, con la esperanza de obtener de ellos algún acto de justicia. Por consiguiente, recordad hoy estas cosas a la vez, y si me conocéis un poco, acordaos también de mi celo para con vosotros, de mi buena fe o de la generosidad de mis regalos.

- 74 »No es difícil que unos luchadores curtidos en exceso venzan a unas tropas recién reclutadas y todavía inexpertas en la guerra, máxime cuando, como unos jovenzuelos, caigan en el desorden y la desobediencia a su general. Del cual he oído que está temeroso y que marcha al combate contra su voluntad, y que su estrella está en declive y se ha vuelto lento y vacilante en todo, y ni siquiera manda más que recibe órdenes. Y estas apreciaciones se refieren tan sólo a las tropas italianas, puesto que de los aliados no os debéis preocupar, ni los tengáis en cuenta, pues no vais a combatir en absoluto con aquéllos. Se trata de esclavos sirios, frigios y lidios, dispuestos en todo momento a huir o a ser esclavos. Yo sé bien, y vosotros lo veréis de inmediato, que a éstos ni el propio Pompeyo les ha asignado un lugar de combate para la guerra. Tened en cuenta,

por tanto, a los italianos solamente, aunque los aliados corran a vuestro alrededor como perros y os traten de atemorizar. Cuando los hayamos puesto en fuga, respetaremos a los italianos, por ser consanguíneos, pero aniquilad a los aliados para aterrorizar a aquellos otros. Y antes que ninguna otra cosa, para que yo sepa que vosotros os acordáis de todo lo que me prometisteis y que habéis elegido por completo la victoria o la muerte, cuando avancéis para la batalla, destruid los muros de vuestro campamento y rellena la trinchera para que no tengamos nada, en el caso de que no resultemos victoriosos, y vean los enemigos que nosotros no tenemos dónde acampar y sepan que estamos obligados a hacerlo en el suyo.»

Después de decir esto, dejó, sin embargo, en retaguardia como custodia de las tiendas a dos mil de sus hombres de mayor edad; los otros, al salir, demolieron el muro en medio del silencio más profundo y rellenaron con él la trinchera. Pompeyo, al ver la operación, aunque algunos pensaron que los enemigos se preparaban para la huida, comprendió el acto de audacia y se acongojó consigo mismo al pensar que marchaban a combatir contra bestias salvajes, aunque ellos tenían hambre, el mejor remedio contra tales fieras. Pero ya no era posible retroceder, pues los asuntos se hallaban sobre el filo de la navaja. Por lo cual, dejó como guardianes de su campamento a cuatro mil soldados italianos, y desplegó en orden de batalla a los restantes, entre la ciudad de Farsalo y el río Enipeo, frente al lugar donde César había dispuesto sus tropas. Cada uno de ellos dividió a sus tropas italianas en tres líneas de combate al frente, dejando un pequeño espacio entre ellas, y colocó la caballería en las alas de cada división. Los arqueros y honderos estaban entremezclados entre todos. Tal era la disposición de las fuerzas italianas, en las

que cada uno de los comandantes tenía depositada su máxima confianza. Las fuerzas aliadas estaban mandadas por sus propios jefes y, más bien, a manera de exhibición. Entre la masa de aliados de Pompeyo reinaba un gran alboroto y había variedad de lenguas; de éstos, Pompeyo colocó a los macedonios, peloponesios, beocios y atenienses junto a las legiones italianas, pues acogió con satisfacción su buen orden y silencio, y, en cambio, al resto, como había previsto César, le ordenó que estuvieran a la expectativa, por tribus, fuera de la formación, para que, cuando se trabara combate, envolvieran a los enemigos, los persiguieran, causándoles cuanto daño pudieran, y saquearan el propio campamento de César, que estaba desguarnecido.

- 76 El centro de la formación de Pompeyo estaba mandado por su cuñado Escipión, el ala izquierda por Domicio, y la derecha por Léntulo; Afranio y Pompeyo custodiaban el campamento. Los comandantes de César eran Sila, Antonio y Domicio, y él estaba al frente de la décima legión, en el ala derecha, como era su costumbre. Cuando los enemigos se apercibieron de este hecho, trasladaron a esta posición lo mejor de su caballería para rodearle, si podían, gracias a su superioridad numérica. Pero César, al comprender su movimiento, escondió en una emboscada a tres mil infantes de entre los más valerosos, a los que les dio la orden de que cuando vieran que los enemigos corrían a su alrededor salieran de su escondite y avanzaran, sosteniendo erguidas sus lanzas contra el rostro de los hombres, pues éstos, inexpertos y jóvenes, en la flor de la juventud todavía, no soportarían el peligro ante su misma faz. Tales maniobras preparaban unos contra otros y recorrieron ambos sus respectivas tropas, atendiendo a lo que era necesario y exhortándoles a tener valor, al tiempo que les daban las contraseñas: por parte de César era «Venus

victoriosa», y por parte de Pompeyo «Hércules invencible»¹⁷⁹.

Cuando ellos tuvieron todo preparado, aguardaron, **77** todavía, durante largo rato en un profundo silencio, dubitativos y vacilantes con la mirada fija uno en el otro, a la espera de quién daría comienzo al combate. Y es que sentían compasión de un número tan grande de hombres, ya que nunca anteriormente habían afrontado en conjunto un mismo peligro tantos soldados italianos, y se apiadaban del valor de unos hombres escogidos por una y otra parte, y, en especial, cuando veían que eran conducidos italianos contra italianos. Y como unos y otros estaban más cerca del peligro, la ambición que había inflamado y cegado a todos se esfumó y trocó en temor; la reflexión purificó el ansia de gloria y sopesó el riesgo y la causa real de la guerra, el hecho de que dos hombres, rivalizando entre sí por el poder supremo, arriesgaban su propia salvación, pues de ser derrotados serían los últimos de todos los hombres, y la de un número tan considerable de nobles ciudadanos. Aflúa también a su interior el pensamiento de que, después de haber sido durante largo tiempo amigos y parientes y de haber cooperado mutuamente en muchas empresas para obtener dignidad y poder, empuñaban ahora las espadas uno contra otro y conducían a quienes militaban a sus órdenes a un acto de impiedad similar, a pesar de que eran compatriotas, conciudadanos, de la misma tribu y familiares, y, en algún caso, incluso hermanos. Pues ni siquiera estas circunstancias faltaron en aquella batalla, sino que muchos hechos antinaturales ocurrieron como tienen que ocurrir cuando tantos miles de hombres de una sola raza marchan unos contra otros. Al reflexionar sobre estas cosas, cada uno

¹⁷⁹ Sobre los epítetos *Victrix* e *Invictus* para determinadas deidades romanas, véase WEINSTOCK, *Divus Julius*, págs. 91-93.

de ellos se sintió lleno de un arrepentimiento que ya no era posible en la presente situación, y, con la conciencia de que en aquel día llegarían a ser el primero o el último de los mortales, dudaban en despejar tan gran incógnita. Y se dice que, incluso, ambos lloraron.

78 Mientras ellos permanecían todavía expectantes y se observaban mutuamente, el día avanzaba. Todas las tropas italianas aguardaban a pie firme con una tranquilidad absoluta, pero cuando Pompeyo vio que las fuerzas aliadas estaban rompiendo el orden a consecuencia de la demora, temiendo que brotara la confusión antes del combate, dio la señal el primero y César hizo, a su vez, lo propio. Al punto las trompetas, de las que había muchas repartidas por las distintas secciones entre una multitud tan grande, les animaron con sus sonos agudos, y los portaestandartes y oficiales corrían a su alrededor y les apremiaban. Ellos marchaban confiados unos contra otros, pero con estupor y en el silencio más profundo, como hombres de una gran experiencia en muchas lides de esta clase. Cuando estuvieron cerca, dispararon en primer lugar flechas y piedras, y al preceder un trecho la caballería a la infantería tuvieron lugar escaramuzas y cargas entre ambos cuerpos de caballería. Se impusieron los jinetes de Pompeyo y empezaron a envolver a la décima legión. César, entonces, dio la señal a las tropas emboscadas y éstas salieron de su escondrijo y cargaron contra los caballos, golpeando con sus picas enhiestas a los jinetes en el rostro. Éstos, a su vez, no soportaron el salvajismo de los atacantes ni las heridas en la boca y en los ojos y huyeron en desorden. Acto seguido, la caballería de César, que había temido verse envuelta, rodeó el flanco de la infantería de Pompeyo que había quedado privado del auxilio de su caballería.

79 Cuando Pompeyo se dio cuenta, ordenó a su infantería que no avanzara para atacar, ni rompiera la forma-

ción, ni disparara, sino que, abriendo filas, en posición defensiva, rechazaran el ataque de los enemigos lanza en ristre. Algunos alaban esta orden de Pompeyo como la mejor ante una maniobra de envolvimiento, pero César la censura en sus escritos. Pues dice que los golpes son más fuertes a consecuencia del disparo y que los hombres se crecen con la carrera y que, en cambio, los que permanecen de pie se desaniman y, a causa de su inmovilidad, se convierten en blancos muy fáciles de alcanzar para quienes les atacan. Lo cual también ocurrió entonces. Pues la décima legión, con César al frente, rodeó el ala izquierda de Pompeyo, privada ahora de su caballería, y desde todas partes la asaetearon en los flancos, al permanecer inmóviles, hasta que sus atacantes provocaron por la fuerza el desorden, los pusieron en fuga y comenzó la victoria.

Entre el resto del ejército hubo gran cantidad de heridos y muertos de diversa índole, pero no salía ningún grito de un ejército tan grande que llevaba a cabo una carnicería tal, ni siquiera lamentos procedentes de los que morían o resultaban heridos, sino suspiros, tan sólo, y gemidos de los que caían con honor en el lugar en el que fueron colocados. Los aliados, como si estuvieran contemplando un espectáculo de guerra, estaban sobrecogidos por la disciplina de los combatientes y, a causa de su pasmo, no se atrevieron a atacar las tiendas de César, a pesar de que eran pocos y de edad avanzada los hombres que las custodiaban, ni a hacer cosa otra alguna que permanecer de pie estupefactos.

Cuando cedió el ala izquierda de Pompeyo, sus hom- 80
bres se retiraron, también en esta ocasión, paso a paso todos juntos y en perfecto orden, pero los aliados huyeron precipitadamente sin haber entrado en acción gritando: «Hemos sido derrotados.» Y tras apoderarse de sus propias tiendas y fortificaciones, como si de las del enemigo se tratasen, las derribaron y saquearon cuan-

to podían llevarse en su huida. El resto de la infantería italiana, al darse cuenta de la derrota del ala izquierda, se retiró paso a paso, primeramente en orden y defendiéndose aún como podía, pero cuando los enemigos, con moral de victoria, les presionaron, se volvieron en fuga. César, con una habilidad mayor que en ocasiones anteriores, para que los enemigos no se agruparan de nuevo y la victoria no fuera el final de una sola batalla sino de toda la guerra, envió heraldos por todas partes, entre las líneas, con la orden de que exhortaran a los vencedores a respetar a sus compatriotas y que sólo atacaran a los aliados. Los heraldos se acercaron a los vencidos y les aconsejaron que permanecieran de pie sin temor, y cuando cada hombre se enteraba por su compañero de la proclama, se detenía. Y la frase de «permanecer de pie sin temor» se convirtió en una contraseña para los soldados de Pompeyo, por lo demás, equipados, como italianos que eran, de igual modo que los de César y hablando la misma lengua. En consecuencia, los soldados de César los sobrepasaron en su carrera y aniquilaron a los aliados, que no podían oponerse, y entonces se produjo el máximo número de muertes.

81 Pompeyo, después que vio la huida de sus hombres, se retiró, enajenado, paso a paso hacia su campamento y, al llegar a la tienda, se sentó sin voz, tal como dicen que también le ocurrió a Áyax el hijo de Telamón, aquejado de una cierta locura enviada por la divinidad en medio de sus enemigos ¹⁸⁰. El resto de sus soldados retornó en muy escaso número al campamento, pues la proclama de César hizo que se detuvieran sin riesgos, y cuando los sobrepasaron los enemigos se dispersaron en grupos. Cuando el día tocaba a su fin, César recorrió su ejército, incontenible, y les suplicó que prosiguieran el trabajo hasta que se apoderaran del campamento de

¹⁸⁰ Tema de la tragedia *Áyax* de Sófocles.

Pompeyo, explicándoles que si los enemigos se agrupaban de nuevo serían vencedores por un solo día, pero que si capturaban el campamento de ellos habrían puesto fin a la guerra con esta única acción. Por consiguiente, tendía sus manos hacia ellos y fue el primero en lanzarse a la carrera, y aunque ellos estaban cansados físicamente, el razonamiento y el ejemplo de su comandante, corriendo a su lado, les levantó el ánimo. La victoria obtenida y la esperanza de apoderarse del campamento y del gran botín que había en él contribuyeron a excitarlos; pues los hombres, en medio de la esperanza o de la prosperidad, sienten mucho menos la fatiga. Así que asaltaron y atacaron el campamento con enorme desprecio hacia sus defensores, y Pompeyo, al enterarse, rompió su extraño silencio para exclamar tan sólo: «¿Así pues, también contra nuestro campamento?» Tras decir esto, cambió de ropa y, montando a caballo junto con cuatro amigos ¹⁸¹, no dejó de cabalgar hasta llegar a Larisa a la mañana siguiente. César, como había amenazado al prepararse para la batalla, acampó en el campamento de Pompeyo, y comió la comida de éste, y todo el ejército se banqueteo a expensas de los enemigos ¹⁸².

Las pérdidas de soldados italianos por uno y otro bando, pues no hubo recuento de las bajas aliadas ya fuera por su gran número o por desprecio, fueron las siguientes: en el ejército de César murieron treinta centuriones y doscientos legionarios, o, según otros, mil doscientos; en el de Pompeyo, diez senadores, entre los que estaba Lucio Domicio, el mismo que había sido enviado como sucesor de César a la Galia, y unos cuarenta caballeros ilustres. Del resto de su ejército, algunos escrito-

¹⁸¹ Según PLUTARCO (*Pomp.* 73, 4), eran Deyótaro, Léntulo Espinter (cónsul en el 57 a. C.), Léntulo Crus (cónsul en el 49 a. C.) y Favonio.

¹⁸² Entre los textos esenciales, además del de Apiano, sobre esta batalla están CÉSAR, *B.C.* III 86-99; DIÓN CAS., *XLI* 53-61, PLUT., *Pomp.* 68-72; *Caes.* 43-47, etc.

res cifran las bajas, de forma exagerada, en veinticinco mil, pero Asinio Polión, que fue uno de los oficiales de César en esta batalla, relata que fueron hallados seis mil cadáveres pertenecientes a hombres de Pompeyo ¹⁸³.

Éste fue el resultado de la famosa batalla de Farsalo. En cuanto a las recompensas por hechos de valor, el propio César se llevó, por consenso unánime, el primero y segundo puesto y con él la décima legión. El tercer lugar fue para el centurión Crasinio ¹⁸⁴, a quien César, cuando partía para el combate, le preguntó qué resultado esperaba, y él le respondió con gallardía: «Venceremos, César, y hoy me acogerás a mí, vivo o muerto.» Y el ejército testificó que él había corrido de una fila a otra, como un poseso, y había llevado a cabo muchos actos de heroísmo. Y, una vez que fue hallado después de buscarlo entre los cadáveres, César le otorgó honores militares, le dio sepultura y le erigió una tumba especial cercana a la fosa común para otros muchos.

83 Pompeyo, con precipitación similar, se apresuró en su huida desde Larisa hasta el mar ¹⁸⁵, donde embarcó en un pequeño bote, y encontrándose casualmente con una nave en ruta hacia Mitilene ¹⁸⁶ navegó hasta allí. En este lugar se reunió con su esposa Cornelia y embarcó en cuatro trirremes que habían llegado a él procedentes de Rodas y Tiro. Entonces, Pompeyo desechó la idea de navegar a Corcira y África, en donde tenía otro ejército numeroso y una flota intactos, y partió hacia

¹⁸³ Las cifras de bajas varían en las fuentes, en especial las del bando pompeyano, que aparecen más abultadas en César que en el resto de las fuentes, sobre todo griegas. Las bajas de César, en cambio, concuerdan (cf. CÉSAR, *B.C.* III 99; PLUT., *Pomp.* 72, 3; *Caes.* 46, 2; OROS., VI 15, 27).

¹⁸⁴ En CÉSAR, *B.C.* III 91 y 99, el nombre del centurión es Crastino, y las palabras de este hombre son similares a las que refiere Apiano.

¹⁸⁵ Concretamente, a la desembocadura del Peneo (rio de Tesalia que desemboca en el golfo Termeo, hoy de Saloniki).

¹⁸⁶ En la isla de Lesbos; antes tocó puerto en Anfípolis.

el oriente, hacia el rey de los partos, con la intención de recuperar todo por medio de éste. Ocultó su intención hasta llegar a Cilicia, donde, de mala gana, la reveló a sus amigos; pero éstos le advirtieron que se guardara del rey de los partos que había sido atacado recientemente por Craso y que estaba aún engreído por la derrota sufrida por este último, y que no llevara junto a unos bárbaros intemperantes a su bella esposa Cornelia, máxime cuando antes había sido la mujer de Craso. Él les hizo una segunda propuesta relativa a Egipto y Juba, y aquéllos la desdeñaron por considerar a Juba como un hombre de poco relieve, pero se mostraron de acuerdo en ir a Egipto que estaba cerca y era un gran reino, próspero aún y poderoso en barcos, provisiones y riquezas¹⁸⁷. Sus soberanos, además, aunque eran unos niños, estaban unidos a Pompeyo por la amistad de su padre.

Y Pompeyo, por estas razones, navegó hasta Egipto,⁸⁴ en un momento en que hacía poco que había sido expulsada de este país Cleopatra¹⁸⁸, la cual había compartido el trono con su hermano y se hallaba en Siria reuniendo un ejército. Tolomeo, hermano de Cleopatra, aguardaba en Casio, en Egipto, esperando la invasión de aquélla, y por algún tipo de intervención divina el viento llevó a Pompeyo hasta Casio¹⁸⁹. Cuando Pompeyo vio un ejército numeroso en tierra, detuvo su barco y conjeturó, como así era, que el rey estaba presente. Envió emisarios para darle cuenta de su llegada y de la amistad de su padre. El rey tenía trece años de edad

¹⁸⁷ Apiano, como hemos visto en ocasiones anteriores, aprovecha cualquier oportunidad para hacer elogios de su tierra natal.

¹⁸⁸ Sobre la situación creada en Egipto y el conflicto entre los dos hermanos, cf. BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire...*, págs. 180-181.

¹⁸⁹ Pompeyo arribó a Egipto el 28 de septiembre del 48 a. C., fecha de su muerte y último día de sus 58 años (sobre la fecha, cf. VEL., II 53, 3; PLIN., *N.H.* 37, 13, y CARCOPINO, *Julio César*, pág. 252 n. 1).

y estaba bajo la tutela de Aquilas, que comandaba el ejército, y del eunuco Potino, encargado del tesoro, los cuales celebraron un consejo acerca de Pompeyo. También se hallaba presente el retor de Samos, Teódoto, que era préceptor del niño, el cual sugirió la idea nefanda de tender una trampa y dar muerte a Pompeyo para así congraciarse con César ¹⁹⁰. Como prevaleció su opinión, fue enviado para recogerlo un barquichuelo miserable, bajo la pretensión de que el mar era poco profundo y no apto para barcos de gran calado, y algunos servidores del rey embarcaron en el barquichuelo. Sempronio ¹⁹¹, un romano que entonces servía en el ejército del rey y, en otro tiempo, bajo el propio Pompeyo, tendió su derecha a este último de parte del rey y le exhortó a que navegara en el bote hacia el jovenzuelo como hacia un amigo. Al tiempo que sucedía esto, todo el ejército estaba desplegado en formación a lo largo de la costa como para dar honra a Pompeyo, y el rey, en el centro era visible por su vestido de color púrpura.

85 Pompeyo sospechaba de todo, del despliegue del ejército, del carácter miserable del barquichuelo y del hecho de que no hubiera acudido el rey en persona ni hubiera enviado a algunos altos dignatarios. Sin embargo, subió a bordo del bote recordando tan sólo para sí aquellos versos de Sófocles: «Quienquiera que recurre a un tirano se convierte en su esclavo, aunque acuda como hombre libre» ^{191 bis}. Durante la travesía, como todos guardaban silencio, se acrecentaron sus sospechas. Y ya fuera porque había reconocido que Sempronio era un romano y que había servido bajo su mando, o bien porque lo deducía del hecho de que era el único que

¹⁹⁰ Dan un papel preponderante a Teódoto en la muerte de Pompeyo, T. LIV., *Per.* 112; y FLORO, II 13, 60; PLUT., *Caes.* 48, 2, y *Pomp.* 77, 2.

¹⁹¹ En CÉSAR (*B.C.* III 103-104) se habla de dos oficiales, Séptimo y Salvio, de igual modo también en Plutarco, Floro y Dión Casio.

^{191 bis} Véase NAUCK, *Trag. Graec. Frag.* 3, fr. 789.

permanecía de pie, de acuerdo con la disciplina militar que no permite que el soldado se siente en presencia de su comandante, volviéndose hacia él le preguntó: «¿No te conozco camarada?» Y éste lo negó al punto; pero, cuando Pompeyo se alejaba, lo hirió en primer lugar y después otros. La mujer de Pompeyo y sus amigos, al ver desde lejos este hecho, prorrumpieron en lamentos y, tendiendo las manos a los dioses vengadores de los pactos, se alejaron por mar rápidamente cual de una tierra enemiga.

Los sirvientes de Potino cortaron la cabeza de Pompeyo y la conservaron para César, en espera de una gran recompensa, pero éste se vengó de ellos de manera digna de su impiedad. El resto del cuerpo lo enterró alguien ¹⁹² en la playa y le erigió una pequeña tumba; y otro escribió sobre ella una inscripción: «¡Cuán exigua es la tumba de uno tan rico en templos!»

En el curso del tiempo, esta tumba quedó oculta totalmente por la arena, y las imágenes de bronce que los familiares habían levantado a Pompeyo con posterioridad en las cercanías del monte Casio fueron ultrajadas todas ellas y llevadas a la zona prohibida del templo. Pero en mi época, el emperador romano Adriano las buscó y encontró durante un viaje a este lugar ^{192 bis}, y limpió la tumba hasta dejarla otra vez reconocible y levantó las estatuas de Pompeyo. Éste fue el final de Pompeyo, un hombre que había culminado felizmente las guerras mayores y que había incrementado al máximo el imperio romano y, por ello, se le dio el título de Magno. No había conocido jamás anteriormente la derrota, sino que había permanecido invicto y el más afor-

¹⁹² Según CÉSAR (*B.C.* III 104), Filippo, liberto de Pompeyo; LUCA-NO, *Farsalia* VIII 715, cita como enterrador a Cordo, que, en *De vir. ill.* 77, 12, es llamado Servio Codro.

^{192 bis} Este viaje tuvo lugar en el 130 d. C., y esta cita de Apiano hace pensar que, tal vez, él estaba allí entonces.

tunado desde su juventud, pues desde la edad de veintitrés años hasta los cincuenta y ocho no había dejado de detentar un poder que, en cuanto a su fuerza, era el de un autócrata, pero que, a causa de su contraste con el César, pasaba por ser en apariencia casi el de un demócrata.

87 Lucio Escipión, el suegro de Pompeyo, y los otros notables que habían escapado a la batalla de Farsalo se apresuraron a marchar hacia Corcira al lado de Catón, que había quedado al mando de otro ejército y de trescientas trirremes, actuando éstos de manera más prudente que Pompeyo. Los más ilustres de entre ellos se repartieron la flota, Casio navegó hacia el Ponto junto a Farnaces para sublevar a éste contra César; Escipión y Catón se dirigieron a África, habiendo puesto su confianza en Varo y en el ejército de éste, así como en Juba, rey de los númidas, que era su aliado. A su vez, Pompeyo, el hijo mayor de Pompeyo, en compañía de Labieno y Escápula, cada uno con su porción de ejército, se apresuraron hacia España¹⁹³ y, tras conseguir que hiciera defección de César, reunieron otro ejército de iberos, celtíberos y esclavos, y llevaron a cabo mayores preparativos. De tal envergadura era el potencial de los efectivos que aún le quedaban a Pompeyo y al que éste, por causa de la enajenación mental enviada por la divinidad, había menospreciado antes de huir. Las tropas de África eligieron por jefe a Catón, pero él no aceptó porque había cónsules presentes los cuales le sobrepasaban en rango a él que sólo había desempeñado en Roma la pretura. Así pues, Lucio Escipión llegó a ser comandante en jefe y reunió y entrenó allí un ejército numeroso. Y estos dos extraordinarios colecti-

¹⁹³ Gn. Pompeyo, de 31 años de edad, llegó a España a fines del 47 a. C.

vos de tropas, en África y en España, combinaron su capacidad operativa contra César.

Este último permaneció en Farsalo dos días después 88 de su victoria, ofreciendo sacrificios y concediendo un respiro del combate al ejército; en este tiempo, dejó marchar en libertad a los tesalios, que habían combatido como aliados suyos, y concedió el perdón, previa solicitud, a los atenienses, a quienes dijo: «¿Cuántas veces os salvará de la autodestrucción la gloria de vuestros antepasados?» Al tercer día partió hacia el oriente ante la noticia de la fuga de Pompeyo y trató de cruzar el Helesponto en pequeños botes por falta de trirremes. Cuando se hallaba en mitad del mar, se presentó con una parte de su flota Casio, en su marcha apresurada hacia Farnaces. Y aunque hubiera podido vencer a los pequeños botes con sus numerosas trirremes, se quedó perplejo por la victoria de César, que entonces estaba siendo divulgada por todas partes en medio del terror, y creyendo que César había navegado adrede contra él, le tendió las manos desde la trirreme hacia el barquichuelo, le pidió perdón y le rindió la flota. Tanto era el poder que inspiraba la fama del éxito de César. Pues, al menos, yo no veo otra causa, ni considero que exista otro hecho mayor de fortuna, en una situación desesperada, que, cuando Casio, un hombre sumamente belicoso, al mando de setenta trirremes, se encontró con César que estaba desguarnecido, y no se atrevió a entablar combate. Sin embargo, el que se había rendido tan vergonzosamente a César cuando cruzaba el mar, sólo por miedo, lo asesinó después en Roma ¹⁹⁴, cuando se

¹⁹⁴ Es probable que la parte final de este capítulo se deba a una reelaboración personal del propio Apiano, insistiendo, una vez más, en atribuir la victoria de César a la Fortuna. Se aprecian en todo caso, algunos errores tales como el número de naves atribuidas a Casio (70 trirremes que, en otras fuentes, son sólo 10, —cf. DÍON CAS., XLII 6, 2, y SÜET., *Caes.* 63—) y sobre todo, la confusión de este Casio con G. Casio Longino, el futuro Cesaricida.

hallaba en la cumbre del poder; por lo que es evidente para mí que el anterior miedo de Casio fue debido a la fortuna que encumbró a César.

89 Éste, tras haberse salvado de forma tan inesperada, atravesó el Helesponto y concedió su perdón a los jonios, eolios y todos aquellos otros pueblos que habitan la gran península, llamada por el solo nombre de Asia inferior¹⁹⁵, los cuales le habían enviado embajadores para solicitarlo. Y, habiéndose informado que Pompeyo había marchado a Egipto, navegó hacia Rodas. No esperó aquí a su ejército que acudía a reunirse con él de forma fraccionada, sino que embarcó con los que estaban presentes en las trirremes de Casio y de los rodios. Sin revelar a nadie el curso de la navegación, levó anclas al atardecer, tras haber comunicado a los demás pilotos que mantuvieran el rumbo guiándose por la antorcha de su nave y por su señal durante el día; a su propio piloto le ordenó, cuando se habían alejado mucho de tierra, que pusiera proa a Alejandría. Tres días duró la ruta hasta Alejandría¹⁹⁶, donde le recibieron los guardianes del rey, pues éste estaba aún en Casio. En un primer momento fingió una actitud pacifista a causa del escaso número de tropas que le acompañaban, acogió de manera amigable a los que le visitaban, y en sus recorridos por la ciudad admiró su belleza y escuchó a los filósofos, de pie entre la multitud. Por esta razón creció entre los alejandrinos el favor hacia él y la opinión positiva de hombre pacífico.

90 Pero, una vez que arribó su ejército, castigó con la muerte a Potino y a Aquilas, por el asesinato ilegal de Pompeyo; a Teódoto, en cambio, que había conseguido escapar, lo crucificó posteriormente Casio, cuando lo encontró en Asia. Los alejandrinos se inquietaron por

¹⁹⁵ Se trata de Asia Menor.

¹⁹⁶ Hizo su entrada en el puerto de Alejandría el día 2 de octubre del 48 a. C. (cf. T. Liv., *Per.* 112).

este hecho y el ejército del rey avanzó contra él y tuvieron lugar diversos combates en torno al palacio real ¹⁹⁷ y playas vecinas, en uno de los cuales César huyó y fue rechazado hasta el mar y nadó un largo trecho en aguas profundas. Los alejandrinos se apoderaron de su manto y lo colgaron como un trofeo. Finalmente, sostuvo un combate con el rey, a orillas del Nilo, en el que consiguió una victoria definitiva ¹⁹⁸. Consumió nueve meses en estas luchas hasta que designó a Cleopatra como reina de Egipto, en lugar de su hermano ¹⁹⁹. Y remontó el Nilo al frente de cuatrocientos barcos contemplando el país en compañía de Cleopatra y disfrutando, por lo demás, de los encantos de la reina ²⁰⁰. Pero mi historia de Egipto expondrá con mayor exactitud cómo sucedieron cada uno de estos hechos. César no pudo soportar el espectáculo de la cabeza de Pompeyo, llevada a su presencia, y ordenó que fuera enterrada y dedicó, cerca de ella, un pequeño recinto sagrado delante de la ciudad, que se llamó recinto de Némesis; éste precisamente, en mi época, mientras el emperador de Roma, Trajano, exterminaba la raza judía en Egipto, fue arrasado por los judíos por necesidad de la guerra ²⁰¹.

¹⁹⁷ Donde se había instalado César. Aquí comienza la llamada Guerra de Alejandría, a fines de octubre del 48 a. C. Existe un *Bellum alexandrinum* cuyo autor, Aulo Hircio Pansa, fue oficial de César. Apiano remite el relato sobre estos hechos a su *H.^a de Egipto*, según nos dice en este mismo capítulo (para su interés sobre la misma, cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 110 n. 5, y *supra*, n. 10 al l. I).

¹⁹⁸ Esta batalla del Nilo, que implicó la toma de Alejandría, tuvo lugar el 27 de marzo del 47 a. C. (cf. *C.I.L.*, I, págs. 223 y 314). En ella murió Tolomeo XIV.

¹⁹⁹ La casó con su segundo hermano, Tolomeo XV, y la invistió, junto con él, de la realeza sobre Egipto, país que no quiso convertir en provincia romana (cf., sobre los móviles de este hecho, SUET., *Caes.* 35, y, en especial, *Bell. Alex.* 33, 4).

²⁰⁰ Sobre este viaje, cf. CARCOPINO, *Julio César*, pág. 477 n. 1. El mismo tuvo lugar hacia abril-mayo del 47 a. C.

²⁰¹ Pasaje importante para la datación cronológica del historiador,

91 Después que César hubo realizado estos hechos en Alejandría, marchó con premura contra Farnaces ²⁰², a través de Siria. Éste había culminado ya muchos propósitos, había arrebatado algunos territorios a los romanos y, tras entablar combate con Domicio, lugarteniente de César, había obtenido una brillante victoria ²⁰³. Envalentonado, sobre todo, por esta acción, había esclavizado a la ciudad de Amisos, en el Ponto, y había castrado a todos los jóvenes. Ante la proximidad de César, se conturbó y arrepintió de sus hechos, y, cuando éste se hallaba a doscientos estadios, le envió embajadores para negociar la paz, los cuales le llevaron una corona de oro y, de forma insensata, le ofrecieron en matrimonio a César a la hija de Farnaces. Cuando César vio lo que llevaban, avanzó con su ejército y caminó a la cabeza charlando con los embajadores, hasta que llegó al campamento de Farnaces y, diciendo tan sólo: «¿No va a expiar su culpa de inmediato el patricida?», saltó sobre el caballo y del primer envite puso en fuga a Farnaces y dio muerte a muchos de sus hombres, aunque le acompañaban unos mil jinetes que habían atacado los primeros, en vanguardia con él. Y dicen que, entonces, César exclamó: «¡Oh feliz Pompeyo, que por luchar contra tales hombres, en guerra con Mitrídates, el padre de éste, fuiste considerado grande y apodado Magno!» Y, en relación con esta batalla ²⁰⁴, escribió a Roma aquella frase de: «Yo llegué, vi y vencí».

dados los pocos datos biográficos que tenemos de él. La guerra contra los judíos en Alejandría aconteció durante el reinado de Trajano en los años 115-117 d. C.

²⁰² A finales de junio del 47 a. C. Este Farnaces era hijo de Mitrídates Eupátor (cf. APIANO, *Mitríd.* 110 ss.). Había permanecido neutral en la lucha entre Pompeyo y César (cf. DIÓN CAS., XLI 63), pero ahora se sublevó.

²⁰³ En la batalla de Nicópolis sostenida contra Gn. Domicio Calvino en diciembre del 48 a. C. (cf. APIANO, *Mitríd.* 120).

²⁰⁴ Se trata de la batalla de Zela, habida el 2 de agosto del 47

Después de su derrota, Farnaces se dio por contento ⁹² de escapar al reino del Bósforo, que había recibido de manos de Pompeyo. César, por su parte, no teniendo tiempo que perder en asuntos de escasa entidad, mientras le aguardaban otros conflictos tan grandes, se trasladó a la provincia de Asia y, al atravesarla, arregló los asuntos públicos de las ciudades que estaban oprimidas por los recaudadores de tributos, según he mostrado en mi *Historia de Asia* ²⁰⁵. Mas cuando se enteró de que en Roma había estallado una revuelta y que su hiparco Antonio había ocupado el foro con el ejército, abandonando todo se apresuró hacia Roma. Cuando llegó ²⁰⁶, ya había cesado la revuelta civil, pero brotó otra contra él en el seno de su ejército, porque no habían visto materializadas las promesas que les había hecho después de la batalla de Farsalo y porque se les había prolongado el servicio militar más allá de lo fijado por la ley. Exigían que todos fueran licenciados y enviados de vuelta a sus hogares. César les había hecho unas vagas promesas en Farsalo y otras igualmente vagas, cuando se acabó la guerra en África, y ahora, en cambio, les envió otras promesas en las que fijaba mil dracmas más para cada soldado. Sin embargo, ellos le conminaron a que no hiciera más promesas, sino que pagara todo de inmediato, y Salustio Crispo ²⁰⁷, que había sido enviado a ellos para tratar el asunto, estuvo a punto de morir a sus manos, de no ser porque huyó. Cuando César lo supo, colocó la otra legión, que había estado guardando la ciudad por orden de Antonio, en torno a su casa y a las salidas de la ciudad, por temor a que

a. C. Las palabras con las que César anunció su victoria fueron inscritas posteriormente en una tablilla y llevada en la procesión triunfal.

²⁰⁵ APIANO, *Mitríd.* 121; cf., ib., sobre la situación tributaria en Asia, *infra*, V 4, y notas al capítulo. Esta *H.^a de Asia* se ha perdido.

²⁰⁶ A comienzos de octubre del 47 a. C.

²⁰⁷ Elegido pretor para el 46 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 296).

trataran de saquearla. Él, a su vez, en medio del temor de todos sus amigos que le aconsejaban que se guardase de la furia del ejército, se dirigió con mucha osadía hacia ellos, mientras continuaban amotinados en el Campo de Marte, sin haberles comunicado nada de antemano, y se mostró en la tribuna.

93 Los soldados corrieron juntos, sin armas, con alboroto y, como era la costumbre, saludaron a su comandante que había aparecido de improviso entre ellos. Cuando él les exhortó a que dijeran qué querían, no se atrevieron, por causa de la misma estupefacción, a hablarle en su presencia acerca de los regalos, sino que, de manera más moderada, le pidieron a gritos que los liberara del servicio, pues esperaban que, al necesitar él del ejército para las guerras pendientes, les hablaría también de los regalos. Pero César, contra lo que todos esperaban, respondió sin vacilar: «Os licencio.» Y como ellos quedaron aún más perplejos y se hizo el silencio más profundo, añadió: «Y os daré todo lo prometido, cuando obtenga el triunfo con otros soldados.» A ellos les pareció también esta expresión, tan inesperada como amable, así que un sentimiento de vergüenza los invadió de inmediato y la consideración, mezclada con la envidia, de que parecieran abandonar a su comandante en medio de peligros tan grandes; y, en cambio, otros consiguieran el triunfo en vez de ellos, y se vieran así privados del botín de África, que juzgaban sería grande, y resultarían odiosos por igual al propio César y a sus enemigos. Por tanto, llenos de temor, permanecieron en mayor silencio aún a causa de su embarazo, en la esperanza de que César cedería algo y cambiaría de actitud debido a su perentoria necesidad. Pero él guardó silencio también, y, cuando sus amigos le apremiaron a que dijera alguna otra cosa y no dejara con una palabra breve y austera a unos compañeros de muchas campañas,

comenzó a hablar y les llamó «ciudadanos», en lugar de «soldados», lo que precisamente era la señal de que habían sido liberados del servicio y eran ciudadanos privados.

Los soldados no pudieron resistir más y le dijeron ⁹⁴ a gritos que se arrepentían, y le suplicaron que les permitiera continuar el servicio a su lado. Cuando César dio media vuelta y se dispuso a abandonar la tribuna, gritaron con mayor ahínco que se quedara y que castigara a los culpables. Entonces él se demoró un cierto tiempo sin marcharse ni retornar, fingiendo estar indeciso. No obstante, regresó y dijo que no castigaría a nadie, pero que le había irritado que también la décima legión, a la que había concedido en todo momento un lugar de honor, se hubiera unido a una acción tal. «A ésta sólo —dijo— dispenso del servicio, y le daré; no obstante, a ella también todo lo prometido, cuando regrese de África; cuando acaben las guerras, les daré tierra a todos, pero no como Sila quitándosela a quienes la poseen y estableciendo juntos en una misma colonia a antiguos y nuevos propietarios, haciéndolos así enemigos irreconciliables para siempre, sino distribuyendo la tierra pública y la mía propia, y comprando los suplementos necesarios.» Hubo aplausos y gritos de parte de todos, pero la décima legión estaba dolida en exceso, pues contra ella únicamente se mostraba César inexorable. Ellos le suplicaron que les echara la suerte y castigara con la muerte a la décima parte. Pero César, al ver que no era necesario ya estimularlos más aún, cuando se habían arrepentido a conciencia, se reconcilió con todos y, al punto, partió para la guerra de África ²⁰⁸.

²⁰⁸ Donde el senado y la aristocracia, en general, habían concentrado sus efectivos y convertido aquella zona en el último baluarte de oposición a César.

95 Cruzó el estrecho desde Regio hasta Mesina y llegó a Lilibeo²⁰⁹. Al enterarse de que Catón custodiaba en Útica el arsenal de la guerra, con una flota y una parte de la infantería, en compañía de trescientos hombres a los que hacía mucho tiempo los había hecho sus consejeros de la guerra y los llamaba senado, pero que el comandante de la flota Lucio Escipión y lo mejor de ella acampaban en Hadrumeto, se dirigió contra este último²¹⁰. Llegó en el momento en que Escipión había ido a reunirse con Juba, y desplegó su ejército para la batalla junto al mismo campamento de aquél, con la idea de trabar combate, en una ocasión propicia, cuando los enemigos estaban sin su comandante. Labieno y Petreyo, lugartenientes de Escipión, atacaron y vencieron ampliamente a los soldados de César y los persiguieron en su huida impetuosamente y con desprecio, hasta que el caballo de Labieno fue herido en el vientre y desmontó a éste a quien sus asistentes sacaron del combate. Entonces, Petreyo, considerando que había probado con eficacia a su ejército y que vencería cuando quisiera, interrumpió la batalla diciendo a quienes le rodeaban: «No privemos de la victoria a nuestro comandante Escipión.» Otra parte parece que fue obra de la fortuna de César, el hecho de que, cuando el enemigo hubiera podido triunfar, según parece, fuera disuelta la batalla por los vencedores. Se dice que César, durante la huida de los suyos, se lanzó hacia ellos y los hizo volverse, y cogiendo con su propia mano a uno de los que llevaban las insignias principales, las águilas, lo llevó desde su posición de fugitivo hasta el frente de batalla, hasta

²⁰⁹ Ciudad y puerto de Sicilia a la que llegó a mediados de diciembre del 47 a. C. Sobre estos hechos contamos también, entre otras fuentes, con la obra *Bellum Africanum* de Aulo Hircio Pansa, oficial de César, ya citado a propósito del *Bellum Alexandrinum*.

²¹⁰ Finales de diciembre del 47 a. C.

que Petreyo se retiró y César hizo lo propio con satisfacción.

Éste fue el resultado de la primera batalla en África de César ²¹¹.

No mucho después, se esperaba la llegada de Escipión ²¹² en persona con ocho legiones de infantería y veinte mil jinetes, la mayoría de los cuales eran africanos, amén de muchas tropas ligeras y treinta elefantes; y con él, el rey Juba con unos treinta mil soldados de infantería, veinte mil jinetes númeridas, gran número de arqueros y otros sesenta elefantes. Al ejército de César le entró miedo y estaban alborotados entre ellos por la experiencia de la derrota que habían sufrido ya y por la reputación de sus atacantes, así como por el número y valor, en especial, de la caballería númerida; además, al no estar acostumbrados, les aterrorizaba la guerra con los elefantes. Sin embargo, Boceo ^{212 bis}, otro rey-zuelo mauritano se apoderó de Cirta ²¹³, que era la capital del reino de Juba, y cuando este último se enteró, se retiró de inmediato hacia sus dominios con su pro-

²¹¹ Apiano da una versión de esta batalla favorable al bando pompeyano (cf., en cambio, *Sobre Africa* 12-19, más favorable a César). Este encuentro tuvo lugar el 3 o 4 de enero del 46 a. C. (cf. GSELL, VIII, págs. 69-73).

²¹² Escipión se puso en marcha el 6 de enero del 46 a. C. y acampó hacia mediados de enero al norte de Uzitta, a 9 km. aprox. del campamento de Ruspina, base de César, que era una península situada entre Hadrumeto y Leptis Minor y que dominaba una llanura (cf. GSELL, *ibidem*).

^{212 bis} Cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Bocchus*, núm. 2. Fue reconocido rey de Mauritania por César junto a Bogudes. Participó en la guerra civil al lado de César y, después, de Octavio, en tanto que Bogudes se alineó con Antonio.

²¹³ Aconsejado y asistido por un tal P. Sitio, aventurero sin escrúpulos, oriundo de Nuceria, y que ya antes se había visto envuelto en la conjuración de Catilina y, posteriormente, se afincó en Mauritania (cf. GSELL, VIII, págs. 54-56).

pio ejército ²¹⁴, dejando solamente treinta elefantes con Escipión. Y el ejército de César cobró tantos ánimos, que la quinta legión pidió enfrentarse a los elefantes y los venció con toda valentía. Por lo cual, desde entonces hasta el presente, figuran elefantes en las enseñas de esta legión.

97 La batalla ²¹⁵ fue larga, dura y fluctuante en todas partes, pero, hacia el atardecer, César obtuvo la victoria con dificultad y se apoderó de inmediato del campamento de Escipión sin desistir en absoluto, ni siquiera en la noche de la victoria, hasta culminar totalmente su triunfo. Los enemigos escaparon en pequeños grupos por donde pudieron, y el propio Escipión, abandonando todo, huyó en compañía de Afranio por mar con doce naves sin puente.

De esta forma, también este ejército que había llegado a reunir unos ochenta mil hombres, que había sido entrenado por muy largo tiempo y que estaba lleno de esperanza y coraje por la anterior batalla, fue aniquilado en masa en este segundo encuentro. Y la fama de César se celebró como la de un hombre de fortuna invencible, y a partir de ahora los vencidos por él no le atribuían nada a sus méritos, sino que incluso sus propios errores los imputaban también a la suerte de Cé-

²¹⁴ Cf. GSELL, *ibid.*, págs. 80-81.

²¹⁵ Esta batalla tuvo lugar el 6 de abril del 46 a. C. Previamente ocurrieron una serie de escaramuzas y preparativos de ambos ejércitos en torno a Uzitta (desde finales de enero a comienzos de marzo), durante los cuales Escipión había buscado el encuentro con César, pero éste había rehusado el combate, y después, a partir del 15 de marzo, en torno a Aggar (localidad no bien localizada), en donde César había llevado la ofensiva y Escipión y Juba rehuyeron el combate (cf., sobre estos hechos, *Sobre África* 24 ss., y GSELL, *ibid.*, págs. 88 y sigs.).— Tapso, en cuya vecindad se celebró el combate, se hallaba sobre un promontorio situado a 15 kms. al sur de Leptis Minor y a 25 kms. al norte de Aggar (cf. GSELL, *ibid.*, págs. 125-136, con pormenores sobre la batalla).

sar. Pues, de hecho, parecía que esta guerra se había colapsado hasta finalizar tan rápidamente a causa de la imprudencia de los generales que no supieron desgastar a César hasta dejarlo sin recursos, dado que estaba en una tierra extraña, ni supieron aprovechar hasta el final la primera victoria.

Cuando se conocieron en Útica las noticias de esta 98
derrota, unos tres días más tarde²¹⁶, y ya que César no se había puesto en marcha de inmediato contra esta ciudad, se produjo una huida masiva. Catón no trató de detener a nadie, sino que incluso suministró barcos a los nobles que se lo pidieron. Él, sin embargo, permaneció firme en su puesto y, cuando los uticenses le prometieron que antes que por ellos mismos intercederían por él, les respondió con una sonrisa que no necesitaba de intercesores ante César, y que éste lo sabía muy bien. Selló, después, con su sello todos los tesoros públicos y dio cuenta de cada cosa a los magistrados de Útica, y hacia el atardecer se bañó y cenó. Comió sentado, como era su costumbre desde que murió Pompeyo, sin alterar ninguno de sus hábitos. No comió más ni menos y charló con los que estaban presentes acerca de los que habían partido ya por mar, y les preguntó sobre si el viento les era favorable y si tendrían tiempo de interponer una distancia considerable antes de que llegara César al amanecer. Ni siquiera al retirarse a descansar alteró ninguna de sus costumbres, salvo que abrazó a su hijo en forma más emotiva. Como no encontró el puñal que habitualmente estaba junto al lecho, exclamó que había sido traicionado a sus enemigos por sus servidores, pues «¿de qué arma —dijo— me serviré contra mis agresores si me atacan de noche?» Cuando ellos le aconsejaron que no cometiera ningún acto de violen-

²¹⁶ El 8 o 9 de abril del 46 a. C., Catón el Joven era gobernador de Útica.

cia contra sí mismo y que descansara sin la daga, contestó de forma más plausible aún: «¿No me es posible, si quiero, asfixiarme con un vestido y golpear mi cabeza contra la pared o arrojar me de cabeza contra el suelo o morir conteniendo la respiración?» Después de decir muchas otras cosas del mismo tono, los convenció para que colocaran a su lado la daga. Y, cuando así lo hicieron, pidió el tratado de Platón sobre el alma²¹⁷ y se puso a leer.

- 99 Una vez que el diálogo de Platón llegó a su final y supuso él que los que estaban a la puerta se encontraban dormidos, se hirió bajo el pecho. Sus intestinos se desparramaron y, al escuchar un gemido, penetraron corriendo los de la puerta. Los médicos colocaron los intestinos en su lugar, pues todavía estaban intactos, y cosiendo la herida la vendaron. Cuando él se recobró, fingió de nuevo, se hizo reproches por la debilidad de la herida, pero dio las gracias a los que le habían salvado y dijo que necesitaba dormir. Ellos se retiraron con la daga y cerraron las puertas en la idea de que estaba tranquilo. Catón, simulando ante ellos que dormía, rompió en silencio los vendajes con las manos y abrió las suturas de la herida hurgando con uñas y dedos, como una fiera salvaje, en la herida y en el vientre y extrajo los intestinos hasta que murió. Contaba entonces unos cincuenta años de edad, y era considerado como el más inflexible de todos los hombres en mantener su criterio sobre aquello en lo que había tomado una decisión y en delimitar lo justo, conveniente o bueno no atendiendo a razones de costumbre sino a la reflexión emanada de su grandeza de espíritu. Se había casado con Marcia, la hija de Filipo, cuando era una doncella, fue muy feliz con ella y tuvo hijos, pero, no obstante, se la entregó a Hortensio, uno de sus amigos, que deseaba hijos y

²¹⁷ El famoso diálogo *Fedón*.

estaba casado con una mujer estéril, hasta que ella le dio un hijo, y la recibió de nuevo en su casa como si él se la hubiera prestado simplemente. Tal hombre era Catón y los uticenses le celebraron un funeral magnífico ²¹⁸. César dijo que Catón le había sustraído, por envidia, la oportunidad de un gesto hermoso, pero cuando Cicerón pronunció en su honor un encomio titulado *Catón* ²¹⁹, César escribió otro de réplica y le dio el título de *Anticatón* ²²⁰.

Juba y Petreyo, al enterarse de lo ocurrido y ver 100 que no existía para ellos posibilidad de huida ni de salvación, se dieron muerte mutua en el transcurso de un banquete. César hizo tributario de Roma al reino de Juba y colocó como gobernador a Salustio Crispo; concedió el perdón a los uticenses y al hijo de Catón. Capturó a la hija de Pompeyo y a los dos hijos de ésta en Útica y los envió a salvo al joven Pompeyo. De los trescientos ²²¹, dio muerte a todos los que encontró. Lucio Escipión, el comandante en jefe, fue víctima de una tempestad en el mar y, topándose con naves enemigas, se comportó con bravura hasta que fue vencido, y entonces se dio muerte a sí mismo y abandonó su cuerpo al mar.

Éste fue el final de la guerra de África para César, 101 y, cuando regresó a Roma ²²², celebró cuatro triunfos a la vez ²²³: uno sobre los galos, de quienes añadió mu-

²¹⁸ Murió en la madrugada del 13 de abril del 46 a. C. Sobre este suceso, cf. PLUT., *Cat. Min.* 58-72, y GSELL, VIII, págs. 138-148.

²¹⁹ Cf. TAC., *Ann.* IV 34; PLUT., *Caes.* 54, 3 (más detalles en CARCOPINO, *Julio César*, págs. 549-550).

²²⁰ Cf. PLUT., *Caes.* 54, 3, y SUET., *Caes.* 56.

²²¹ Cf. cap. 95. Se trata de los trescientos romanos que constituían una especie de asamblea o senado y eran consejeros de Catón.

²²² Regresó a Roma el 13 de junio del 46 a. C. y llegó allí el 25 de julio tras una estancia en Carales (Cagliari), en Cerdeña.

²²³ Los triunfos se celebraron en cuatro días distintos desde finales de agosto hasta final de septiembre. El orden de los mismos

chos y grandes pueblos al imperio romano y domeñó por la fuerza a otros que se habían sublevado; otro por su guerra en el Ponto contra Farnaces, y un tercero por su guerra en África contra los africanos aliados de Escipión, en el que el historiador Juba, hijo del rey Juba, figuró como prisionero siendo todavía un niño ²²⁴. Entre el triunfo galo y el de Farnaces hizo desfilar también a algunos prisioneros a modo de un triunfo egipcio por su combate naval en el Nílo ²²⁵. Aunque no inscribió en sus triunfos ningún nombre romano, en tanto que compatriotas, pues no le pareció decoroso a él mismo y sí vergonzante y de mal augurio para los romanos, no obstante, hizo representar todas las penalidades sufridas en estas procesiones triunfales y a los hombres también por medio de efigies y pinturas varias, a excepción de Pompeyo. A éste solo se guardó de exhibirlo, pues todavía era añorado muy vehementemente por todos. El pueblo, aunque tuviese miedo, se lamentaba de los males patrios y, en especial, cuando vieron la imagen de Lucio Escipión, el comandante en jefe herido en el pecho por su propia mano, dejándose caer en el mar, o a Petreyo suicidándose en un banquete, o a Catón desgarrándose a sí mismo como una fiera; en cambio, aplaudieron la muerte de Aquilas y Potino y se rieron de la huida de Farnaces.

102 Se dice que, en la procesión, fueron llevados sesenta mil quinientos talentos y dos mil ochocientas veintidós coronas de oro que arrojaban un peso de veinte mil cua-

aparece confirmado por T. LIV., *Per.* 115 y 116, y Suet., *Caes.* 37 (cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 76 y sigs.).

²²⁴ Juba II de Mauritania, que tenía entonces 5 años de edad.

²²⁵ Entre los que estaba Arsínoe, la cual había usurpado el trono de Alejandría (cf. FLORO, II 13, 88, y DIÓN CAS., XLIII 19, entre otros). Era la primera vez que se mostraba a una reina prisionera. Es de notar que Apiano minimiza el triunfo sobre Egipto, tal vez animado por su celo patriótico.

trocientas catorce libras ²²⁶. César, nada más concluir el triunfo, hizo particiones de estas riquezas y pagó con creces todo lo que había prometido a su ejército. Cada soldado recibió cinco mil dracmas áticas, cada centurión el doble y cada tribuno de infantería y prefecto de caballería el cuádruple de esa suma ²²⁷. A su vez, cada ciudadano del pueblo obtuvo una mina ática ²²⁸. Dio, además, espectáculos diversos, con caballos y música, un combate entre soldados de infantería, mil por cada lado, y otro de caballería de doscientos jinetes por bando; hubo otra lucha combinada de infantes y jinetes, una pelea de veinte elefantes contra otros veinte y un combate naval de cuatro mil remeros, en el que combatiéron como tripulación mil hombres de cada parte. Levantó, además, a su Antepasada el templo que le había prometido cuando se disponía a combatir en Farsalo ²²⁹; y rodeó el templo de un recinto sagrado que ordenó que fuera un foro ²³⁰ para los romanos no con fines mercantiles, sino como lugar de encuentro para tratar de los asuntos públicos, de igual modo como también entre los persas había plazas donde éstos acudían a buscar o a aprender lo referente a cuestiones legales. Colocó al lado de la diosa una bella imagen de Cleopatra que todavía sigue allí ²³¹. Y se dice que, habiendo ordenado un censo de la población, se encontró que su

²²⁶ Según CARCOPINO, *Julio César*, pág. 529, serían 15.787.560 francos, pero las cifras, que son en exceso altas, resultan difíciles de trasladar a su equivalencia actual.

²²⁷ Según CARCOPINO, *ibidem*, 20.000, 40.000 y 80.000 sestercios respectivamente (cf., además, DIÓN CAS., XLIII 21, 3).

²²⁸ SUTONIO (*Caes.* 38) menciona 10 *modii* de trigo, 10 litros de aceite y 400 sestercios.

²²⁹ El *aedes Veneris Genetricis*, cuya *consecratio* tuvo lugar el 26 de septiembre del 46 a. C. (cf., en general, WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 80 y sigs., y en especial, pág. 82).

²³⁰ El *Forum Iulium* (cf., sobre él, WEINSTOCK, *ibidem*).

²³¹ Cf. CARCOPINO, *Julio César*, pág. 580 n. 7.

número era la mitad del existente con anterioridad a esta guerra ²³²; tanta mortandad había causado a la ciudad la rivalidad entre estos dos hombres.

103 César, ahora que ya era cónsul por cuarta vez ²³³, marchó a España ²³⁴ para combatir a Pompeyo el joven ²³⁵, que era precisamente lo que aún quedaba de la guerra civil y, por cierto, nada despreciable. Pues todos los miembros de la nobleza que habían huido de África se habían congregado allí. El ejército estaba compuesto, de una parte, por aquellas tropas que, con sus jefes, se habían reunido allí procedentes de África y de Farsalo y, de otra parte, por tropas de los iberos y celtíberos, una raza fuerte que gustaba de la guerra. También combatían como soldados de Pompeyo una gran multitud de esclavos emancipados, que llevaban cuatro años de entrenamiento y estaban preparados mentalmente para luchar con desesperación. Seducido, precisamente por esto, Pompeyo no pospuso el combate y se dispuso a luchar con César nada más llegar éste, aunque los hombres de mayor edad le aconsejaron, a causa de la experiencia de las derrotas sufridas en Farsalo y en África,

²³² Según CARCOPINO, *ibid.*, págs. 562 y 573-574, se trataría de un error de Apiano, que confunde la reducción de la mitad por la mortandad debida a la guerra civil, con una reducción efectuada por César en el número de personas humildes beneficiarias del reparto de trigo por medio de la *lex Julia* póstuma. Dejó fijado este número en 150.000 personas de 322.000 que eran antes de su reforma (cf. SUET., *Caes.* 41, y DIÓN CAS., XLIII 21, 4, que confirma el testimonio del anterior; en tanto que T. LIV., *Per.* 115, y PLUT., *Caes.* 55, 3, participan del error de Apiano).

²³³ Elegido cónsul sin colega para 45 a. C. en los comicios consulares de finales del 46 a. C. Posteriormente, en octubre del 45 a. C., después de festejar su triunfo en España designó cónsules a Q. Fabio Máximo y a G. Trebonio (cf. DIÓN CAS., XLIII 46, 2).

²³⁴ A primeros de diciembre del 46 a. C., después de la celebración de los comicios consulares.

²³⁵ Gneo Pompeyo, hijo mayor de Pompeyo Magno, que había llegado a España a finales del 47 a. C. (cf. n. 193 a este libro).

que degastara a César dejando transcurrir el tiempo y lo redujera a una situación de carencia, puesto que se hallaba en una tierra extraña. César llegó desde Roma en veintisiete días ²³⁶, aunque hizo el viaje por la ruta más larga y con un ejército sobrecargado; y un temor, como nunca antes, embargó a su ejército ante la fama del número, entrenamiento y desesperación de los enemigos.

Por este motivo, el propio César avanzó con lenti- 104 tud, hasta que, cuando inspeccionaba un cierto lugar, se le acercó Pompeyo y le vituperó por su cobardía ²³⁷. Entonces, César no soportó el reproche y desplegó su ejército cerca de la ciudad de Córdoba, y su contraseña fue también, en esta ocasión, la palabra «Venus»; Pompeyo, a su vez, dio la de «Piedad». Una vez trabado el combate, el miedo seguía atenazando al ejército de César y al miedo se añadió la duda. César, tendiendo las manos hacia el cielo, suplicó a todos los dioses que no se ensuciaran en un solo combate muchos hechos de armas gloriosos, y, corriendo entre sus soldados, les infundía coraje e incluso se quitó el casco de su cabeza y, cara a cara, les espetó su actitud vergonzosa y los animó. Pero, ni aún así, trocaron su temor, hasta que

²³⁶ Llegó a Obulco (Porcuna, en Jaén), en donde le aguardaban sus generales Q. Pedio y Q. Fabio Máximo, que habían sido enviados previamente por César desde Cerdeña y no se habían atrevido a enfrentarse a Pompeyo.

²³⁷ Apiano omite las maniobras de César anteriores a esta batalla, conocida como de Munda (Montilla, en Córdoba), por haberse celebrado en los alrededores de esta ciudad. La batalla tuvo lugar el 17 de marzo del 45 a. C., y César se hallaba en España desde diciembre o principios de enero. La descripción topográfica de Apiano, como ocurre en otros casos, prácticamente no existe y el desarrollo de la batalla está plagado de anécdotas muy del gusto del autor. Apiano, es, por otra parte, el único autor que atribuye a Gneo Pompeyo una actitud ofensiva (cf. otros detalles en CARCOPINO, *Julio César*, págs. 511 y sigs., y, en especial, 515-516).

César arrebató el escudo a uno y dijo a los oficiales que le rodeaban: «Éste será el final de mi vida y de vuestro servicio militar.» Luego saltó delante de la línea de batalla en dirección al enemigo hasta que estuvo tan sólo a unos diez pies de ellos; doscientos dardos fueron disparados contra él, algunos de los cuales pudo esquivarlos, pero otros impactaron en su escudo. En aquel momento, cada uno de sus oficiales corrió hacia adelante y se colocó a su lado y todo el ejército se lanzó con ímpetu y luchó todo el día, con ventajas y reveses alternativos, hasta que, a la caída de la tarde, logró con dificultad la victoria. Y dicen que él había dicho, con motivo de esta ocasión, que numerosas veces había peleado por la victoria, pero que en ésta lo había hecho por su vida.

105 Se produjo una gran matanza, seguida de una huida de los soldados de Pompeyo a Córdoba. César, a fin de que los enemigos, al escapar, no se prepararan de nuevo para el combate, ordenó a su ejército que sitiara Córdoba mediante una muralla. Los soldados, cansados del esfuerzo realizado, apilaron los cuerpos y las armas de los muertos y, clavándolos en tierra con las lanzas, acamparon al abrigo de tan macabro muro. A la mañana siguiente fue apresada la ciudad. Entre los oficiales de Pompeyo, Escápula apiló una pira y se incineró en ella, y las cabezas de Varo y Labieno, así como las de otros personajes, fueron llevadas a César. El propio Pompeyo huyó después de la derrota con ciento cincuenta jinetes hasta la ciudad de Carteya²³⁸, donde tenía una flota, y llevado en una litera penetró a ocultar en los arsenales, como un particular. Pero, cuando vio que sus hombres habían perdido la esperanza de salvarse, tuvo miedo de ser entregado y huyó de nuevo, embarcándose en un pequeño bote. Sin embargo, se le enredó un pie en un

²³⁸ Unos 6 km. al noroeste de Algeciras.

cable y alguien, al tratar de cortar el cable con una espada, le cortó la planta del pie en vez del cable y, después de navegar a un cierto lugar, recibió asistencia médica. Pero, buscado también aquí, huyó por una carretera rocosa y difícil que le agravó la herida y, finalmente, agotado se sentó bajo un árbol. Allí le atacaron sus perseguidores y murió defendiéndose con valentía. Su cabeza fue llevada a César, quien ordenó que se la enterrase en alguna parte, y así acabó también esta guerra, en contra de lo que se esperaba, con un solo combate. A los que habían escapado a la batalla los agrupó el hermano más joven de este Pompeyo, que también se llamaba Pompeyo, pero más conocido por el primero de sus nombres, Sexto.

Éste, sin embargo, a ocultas aún y escapando de un 106 sitio a otro, se entregó a la piratería. A su vez, César, una vez que había puesto fin a todas las guerras civiles, se apresuró hacia Roma ²³⁹ bajo un halo de miedo y de gloria como nadie antes que él. Por esta razón, se le prepararon toda clase de honores como muestra de una gratitud sin límites, algunos, incluso, por encima de lo que correspondía a un hombre, sacrificios, juegos ²⁴⁰, estatuas en todos los templos y lugares públicos por cada una de las tribus y en todas las provincias y por cuantos reyes eran amigos del pueblo romano. Se le representó en sus imágenes con diversos diseños, y en al-

²³⁹ La fecha de su partida es difícil de establecerla con seguridad pero podría situarse hacia finales de julio del 45 a. C. Lo cierto es que llegó a Roma en octubre y celebró su quinto triunfo (cf. VEL., II 56, 3, y T. LIV., *Per.* 116).

²⁴⁰ En este caso se refiere el pasaje a los *ludi* celebrados durante la festividad de los *Parilia* del 45 a. C., festividad que conmemoraba el aniversario de la fundación de Roma. Hasta entonces los juegos se celebraban para conmemorar la victoria de alguien pero en honor de una deidad, Apolo, Júpiter, Victoria, etc., pero a partir de ahora César va a gozar de este privilegio y se van a celebrar juegos en su honor (cf., más detalles, en WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 184-186).

gunas figuraba con una corona de roble, como salvador de la patria, con la cual corona, desde antiguo, los que habían sido salvados recompensaban a sus salvadores²⁴¹. Fue proclamado padre de la patria²⁴², y elegido dictador de por vida y cónsul por diez años; su persona fue declarada sagrada e inviolable²⁴³; se decretó que dirigiera los asuntos públicos sobre un trono de marfil y oro²⁴⁴, que sacrificara siempre revestido con la vestimenta del triunfo²⁴⁵; que la ciudad celebrara cada año los días en que había obtenido sus victorias²⁴⁶; que los sacerdotes y las sacerdotisas elevaran, cada cinco años, rogativas públicas por su salud²⁴⁷ y que los magistrados recién investidos juraran que no se opondrían a ninguno de los decretos de César²⁴⁸. Como homenaje a su nacimiento, cambiaron el nombre del mes quintilio por el de julio²⁴⁹. Se votaron muchos templos en su honor como a un dios, y uno en común a él y a la diosa Clemencia²⁵⁰, abrazándose mutuamente; tanto le temían como a un déspota, que suplicaron clemencia para ellos.

107 Hubo algunos que incluso propusieron darle a él el título de rey²⁵¹, pero, cuando se enteró, lo impidió

²⁴¹ Se trata de la *corona civica* (cf. WEINSTOCK, *ibid.*, págs. 162 y sigs.).

²⁴² Sobre el cognomen *Parens patriae* (cf. WEINSTOCK, *ibid.*, páginas 200 y sigs.).

²⁴³ *Sacrosanctus* (cf. WEINSTOCK, *ibid.*, págs. 220 y sigs.).

²⁴⁴ *Ibid.*, págs. 272 y sigs.

²⁴⁵ *Ibid.*, págs. 270 y sigs.

²⁴⁶ *Ibid.*, págs. 133, 157 y 385.

²⁴⁷ *Vota quinquennialia pro salute Caesaris*, en los *ludi quinquennales* (cf. WEINSTOCK, *ibid.*, págs. 217 y sigs. y, sobre todo, 310 y sigs.).

²⁴⁸ *Ibid.*, págs. 222 y sigs.

²⁴⁹ *Ibid.*, págs. 155, *Mensis Iulius*.

²⁵⁰ *Ibid.*, págs. 233 y sigs. *Clementia Caesaris*.

²⁵¹ Este asunto ha sido uno de los más discutidos y controvertidos de los muchos que jalonan la biografía de César. Cabe destacar sobre este hecho el magnífico libro, ya citado, de E. MEYER, *Caesars*

con amenazas por considerar impío el nombre a raíz de la maldición de sus antepasados. Disolvió las cohortes pretorianas, que, desde el tiempo de las guerras, todavía le servían de guardia personal, y se mostró sólo con la escolta pública. Mientras se hallaba ocupado en los negocios públicos delante de la rostra, el senado, precedido de los cónsules, cada uno con los atributos de su rango, le llevaron el decreto de los honores ya mencionados. César extendió una mano hacia ellos, pero no se levantó ni cuando llegaron ni mientras permanecieron allí, y ello fue también un pretexto para los que le acusaron de codiciar vivamente la denominación de rey. Aceptó todos los honores, salvo el consulado por diez años, y designó cónsules para el año siguiente²⁵² a él mismo y a Antonio, su hiparco, y colocó en este puesto a Lépido, que era gobernador de España, y la gobernaba a través de sus amigos. César hizo regresar a los exilados, a excepción de aquellos que hubieran sufrido destierro por hechos irreparables; se reconcilió con sus enemigos, y a la mayoría de los que le habían combatido los elevó, en bloque, a magistraturas anuales o al mando de las provincias o de los ejércitos. Bajo el influjo de estas medidas, el pueblo concibió la esperanza de que también él les devolvería la república, igual que lo había hecho Sila cuando obtuvo un poder similar al suyo²⁵³.

Sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas en este punto, pero uno de los que trataba de soliviantar, con el bulo de la pretensión de la realeza coronó una

Monarchie..., sin embargo, para mayor brevedad, remitiré al capítulo de WEINSTOCK, *Divus Iulius, The Investiture*, págs. 318-341, y al apartado «Gli inizi della tendenza antisenatoriale e filoantoniana» del libro de GABBA, *Appiano...*, págs. 140-151, en los que puede encontrarse bibliografía y discusión sobre el tema.

²⁵² Para el año 44 a. C.

²⁵³ Cf. *supra*, I 103.

estatua suya con una corona de laurel ceñida de una cinta blanca. Los tribunos Marullo²⁵⁴ y Cesetio encontraron al hombre y lo cogieron prisionero pretendiendo agradar a César con ello, puesto que éste había lanzado amenazas públicamente contra los que hablaran acerca de la realeza. César encaró este asunto con firmeza, y cuando otros lo saludaron como rey, cuando estaba a las puertas de la ciudad²⁵⁵, y el pueblo se lamentó por ello, dijo de forma rotunda a quienes así le habían saludado: «No soy Rey, sino César», tratando de darles a entender que se habían equivocado de nombre. Los auxiliares de Marullo descubrieron también al hombre que había comenzado a gritar el saludo y ordenaron a los oficiales que lo condujeran para su juicio ante su propio tribunal. César no pudo contenerse ya más y acusó ante el senado a los partidarios de Marullo de conspirar contra él, con habilidad, para suscitar contra su persona el odio del poder tiránico, y añadió que eran merecedores de la pena de muerte, pero que bastaba con que únicamente se les depusiera de su cargo y se les expulsara del senado. Este hecho, sobre todo, les confirmó que él deseaba este título y que toleraba en secreto los intentos encaminados a este fin y que era totalmente un tirano; pues la causa del castigo se basaba en el título de rey, ya que, de otra parte, la magistratura del tribunado era sagrada e inviolable de acuerdo con la ley y el antiguo juramento. Y el hecho de que César no aguardara siquiera a la expiración del cargo despertó una pronta cólera.

²⁵⁴ G. Epidio Marullo y L. Cesetio Flavo, tribunos de la plebe en 44 a. C. (BROUGHTON, II, págs. 323-324).

²⁵⁵ Regresaba del monte Albano, donde había celebrado los *Feriae Latinae*, y entraba en Roma el 26 de enero del 44 a. C., bajo la forma solemne de una *Ovatio* (ceremonia inferior al triunfo). Sobre estos hechos, cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 319 y sigs. Este fue el primer intento de los tres habidos en este año para proclamar rey a César.

Cuando él se dio cuenta de esto, se arrepintió y, ¹⁰⁹ considerando que éste era el primer acto arbitrario que había cometido sin autoridad militar, en tiempo de paz, se dice que encargó a sus amigos que le protegieran, pues había dado a sus enemigos el pretexto que andaban buscando contra él. Cuando aquéllos le preguntaron si iba a agrupar de nuevo a las cohortes ibéricas como su guardia personal, respondió: «Nada hay más desdichado que una vigilancia perpetua, pues eso es propio del que siempre tiene miedo.» Sin embargo, no cesaron, con todo, los intentos de conferirle la realeza y, así, cuando César estaba contemplando sobre su silla de oro, delante de la rostra, los juegos en las fiestas de las Lupercalias ²⁵⁶, Antonio, que era colega de César en el consulado y que estaba corriendo en aquella ocasión desnudo y untado de aceite, como era la costumbre de los sacerdotes en el festival, saltó sobre la rostra y lo coronó con una diadema. Se produjo el aplauso de unos pocos ante este espectáculo, pero la mayoría mostró su desagrado y César arrojó la diadema. Antonio se la colocó de nuevo y César, de nuevo, la arrojó. El pueblo, mientras se producía este forcejeo entre ambos, guardaba silencio expectante por ver en dónde paraba el suceso, y cuando César hizo prevalecer su actitud, gritaron con el máximo gozo y le aclamaron a un tiempo por no haberla aceptado.

Ahora César, ya fuera porque había perdido la es- ¹¹⁰peranza o porque estaba cansado y desistía de este intento y del odio que comportaba, o bien porque quería apartarse de la ciudad a causa de ciertos enemigos o para cuidar la enfermedad de su cuerpo aquejado de epilepsia y espasmos que le habían sobrevenido de re-

²⁵⁶ Segundo intento de conferir la realeza a César, en la festividad de las *Lupercalia*, el 15 de febrero del 44 a. C. (cf. WEINSTOCK, *ibid.*, págs. 331-340).

pende y, en especial, en épocas de inactividad, proyectó una larga campaña contra los getas y los partos. Decidió atacar primero a los getas, una tribu austera, belicosa y vecina, y vengarse de los partos por su violación de la fe jurada contra Craso. Envió en vanguardia, para que cruzaran ya el Adriático, a un ejército compuesto de dieciséis legiones de infantería y de diez mil jinetes. Entonces circuló otro rumor de que existía una predicción en los libros sibilinos²⁵⁷ de que los partos no serían sometidos a los romanos hasta que un rey marchara contra ellos. Algunos, con este motivo, se atrevieron a decir que se le debía llamar dictador y emperador de los romanos, lo que era en realidad, o por cualquier otro nombre en lugar del de rey, pero que, en cambio, debía ser llamado sin rodeos rey de todos los pueblos vasallos de Roma. Pero él declinó también esto y se afanó por completo en la partida a causa de la envidia de que era objeto en la ciudad.

- 111 Cuando faltaban cuatro días para su marcha, los enemigos lo asesinaron en el edificio del senado, tal vez porque sentían envidia de su buena estrella y del poder que había acumulado en exceso, o, como algunos dijeron, porque deseaban restaurar el sistema de gobierno de sus padres y temían, pues le conocían bien, que, si se anexionaba también a estos pueblos, sería rey sin dis-

²⁵⁷ Tercer y último intento para hacer rey a César. La propuesta debía ser presentada ante el senado el día 15 de marzo del 44 a. C., pues la fecha de partida para la campaña de Oriente estaba fijada para el 18 de ese mes. El encargado de llevarla era el quindecenviro L. Aurelio Cota (cónsul en el 65 a. C.), tío materno de César, y se basaba en una predicción de los oráculos sibilinos (cf. Suet., *Caes.* 79, 3). La propuesta consistía en hacer a César rey de los pueblos vasallos a Roma, es decir, de los pueblos extranjeros. Este nuevo matiz parece tener relación y explicar el asunto de la diadema en los *Lupercalia*, dado que la diadema, la tiara y el manto de color púrpura eran símbolos de realeza entre los pueblos orientales y, en concreto, entre los persas (cf. WEINSTOCK, *op. cit.*, págs. 340-341).

cusión. Pero, observando el hecho, considero que ellos tomaron el impulso motriz de su conspiración en este título adicional, aunque sólo implicaba una diferencia en cuanto al nombre, pues, de hecho, ya dictador equivalía exactamente a rey. Los líderes de la conspiración fueron esencialmente dos hombres, Marco Bruto ²⁵⁸, de sobrenombre Cepión, hijo de aquel Bruto asesinado en época de Sila, que había huido junto a César después del desastre de Farsalo, y Gayo Casio ²⁵⁹, el que había entregado a César las trirremes en el Helesponto. Ambos habían sido de la facción de Pompeyo. Entre los conspiradores se encontraba, además, Décimo Bruto Albino ²⁶⁰, uno de los amigos más queridos de César. Todos ellos habían gozado, en todo momento, de la estima y confianza de César, el cual puso en sus manos las más grandes empresas, y, al partir para la guerra de África, les había entregado ejércitos y había puesto a Décimo Bruto como gobernador de la Galia Transalpina y a Marco Bruto, de la Galia Cisalpina ²⁶¹.

Bruto y Casio se disponían a desempeñar el cargo 112 de pretores de la ciudad, al alimón, y disputaban entre sí por la pretura urbana, que era la que ocupaba el puesto de honor más alto, ya fuera porque en realidad ambicionaban la dignidad de la misma, o bien a modo de

²⁵⁸ Marco Junio (Quinto Cepión) Bruto (cf. GELZER, en *RE*, s.v. *Iunius*, núm. 53), hijo de Marco Junio Bruto (tribuno en el 83 a. C.) y adoptado por su tío Q. Servilio Cepión (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Servilius*, núm. 50). Era *praetor urbanus* en el 44 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 321).

²⁵⁹ Gayo Casio Longino (cf. FRÖLICH, en *RE*, s.v. *Cassius*, núm. 59) era *praetor peregrinus* en el 44 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 320). Error ya mencionado de Apiano (cf. n. 194 a este libro), al confundirlo con el otro Casio que entregó las naves a César en el Helesponto.

²⁶⁰ Décimo Junio Bruto Albino, hijo de Décimo Bruto (cónsul en 77 a. C.) e hijo adoptivo de Postumio Albino (cf. BROUGHTON, *ibid.*, página 328).

²⁶¹ En el 46 a. C.

cortina de humo para que no se creyera que cooperaban estrechamente en todo. Se dice que César, habiendo sido elegido como árbitro de su disputa, había dicho a sus amigos que la justicia estaba de parte de Casio, pero que él quería favorecer a Bruto. Tan grande era la preferencia y el afecto que tuvo por este hombre en todo. Se pensó, incluso, que era su hijo, pues César era el amante de Servilia, la hermana de Catón, cuando Bruto nació. Por ello, se cuenta también que, cuando venció en Farsalo, dijo a sus oficiales de inmediato que salvaran a Bruto a cualquier precio. Y, sin embargo, tal vez porque Bruto era un desagradecido o porque ignoraba o no creía o estaba avergonzado de la falta de su madre, o bien porque amaba en demasía la libertad y honraba a su patria por encima de todo, o tal vez porque, al ser un descendiente de aquel otro Bruto que antaño había expulsado a los reyes, se vio impulsado a este crimen, sobre todo por el aliento y los reproches del pueblo —pues en las estatuas del primitivo Bruto y en el tribunal de este Bruto habían sido grabadas a ocultas muchas frases como: «¿Oh Bruto, te has dejado sobornar?», «¿Bruto, eres un cadáver?», o «Tú deberías estar vivo ahora» o «Tus descendientes son indignos de ti» o «No eres tú un descendiente de éste»—, así pues, estas frases y otras muchas de tono similar inflamaron el ánimo del joven para cometer un acto parejo al de su antepasado.

113 Mientras el rumor sobre la realeza se encontraba aún en su momento álgido, y poco antes de que fuera a tener lugar una sesión en el senado, Casio, cogiendo de la mano a Bruto, dijo: «¿Qué haremos en el edificio del senado si los aduladores de César hacen una propuesta sobre la concesión del título de rey?» Bruto respondió que él no estaría presente en el edificio. Entonces, Casio le volvió a preguntar: «¿Y qué, si nos llaman en nuestra calidad de pretores, qué haremos, mi buen

Bruto?» «Defenderé a mi patria —dijo— hasta la muerte». Y Casio, abrazándole, le dijo: «¿Y quién de la nobleza no se sumará a tu empresa, si piensas así, o crees tú que fueron los artesanos y comerciantes los que cubrieron de inscripciones tu tribunal, de forma anónima, más bien que los nobles romanos, que, aunque recaban de otros pretores espectáculos de caballos o fieras, a ti te piden la libertad, como una acción digna de tu antepasado?» Así pues, ellos, entonces, por primera vez se expusieron mutuamente de manera abierta las reflexiones que hacía ya mucho tiempo se venían haciendo. Cada uno tanteó entre sus propios amigos y los de César a los que sabían que eran los más audaces de cada lado. Entre los suyos propios reunieron a los dos hermanos Cecilio y Bucoliano, y, además de éstos, a Rubrio Rega, Quinto Ligario, Marco Espurio, Servilio Galba, Sextio Nasón y Poncio Aquila, todos éstos de su facción, y entre los de César, a Décimo Bruto, del que ya he hecho mención, Gayo Casca, Trebonio, Tilio Cimber y Minucio Basilo ²⁶².

Cuando a ellos les pareció que contaban con un número suficiente y que no era prudente comunicárselo a nadie más, se hicieron promesas mutuas, sin juramentos ni sacrificios, y nadie se arrepintió ni denunció el complot, sino que aguardaron el momento y lugar oportunos. La ocasión les apremiaba en exceso, puesto que César se disponía a partir dentro de cuatro días para la campaña y, entonces, lo rodearía de inmediato una guardia de soldados. Como lugar eligieron el edificio del senado, pues pensaban que los senadores, aunque no estaban al tanto del hecho, se unirían de corazón

²⁶² Lista de los conjurados, con referencias, en DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Roms.*, III, 2.^a ed., Berlín, 1899, págs. 627-640, y GROEBE, en *RE*, X, col. 255; cf., sobre los nuevos senadores de César, SYME, *The Roman Revolution...*, págs. 94-96, así como GRUEN, *The Last Generation...*, págs. 163-210, y Appendix, I, págs. 508 y sigs.

cuando lo vieran —lo que se dice que había sucedido también en el caso de Rómulo, cuando éste se convirtió de rey en tirano—. Además, si el suceso tenía lugar en el senado, como había ocurrido en el caso anterior, parecería el producto no de una conspiración, sino realizado en defensa de la patria, y, al tratarse de un asunto de interés público, no habría nada que temer del ejército de César, y la gloria quedaría del lado de ellos, pues no resultaría desconocido que habían sido sus promotores. Por estas razones eligieron todos, unánimemente, el edificio del senado. Con respecto a la forma de llevarlo a cabo, sin embargo, disentían; unos opinaban que había que matar también a Antonio, pues era cónsul junto con César, su amigo más poderoso y el de mayor reputación entre los soldados; Bruto, sin embargo, dijo que sólo si daban muerte a César obtendrían la gloria de los tiranicidas, al ser considerado éste como un rey, pero que si la hacían extensiva a sus amigos, las muertes parecerían propias de enemigos privados, como miembros de la facción de Pompeyo.

115 Los conjurados, convencidos sobre todo por este razonamiento, aguardaron la inminente sesión del senado. César, el día antes de esta reunión senatorial, fue a cenar a casa de Lépido, su maestro de caballería, y llevó también a Décimo Bruto Albino para que participara en la bebida después de cenar. Y, mientras bebían en sus copas, planteó la pregunta de cuál era la muerte mejor para un hombre; entre las varias opiniones emitidas, él eligió de entre todas la muerte repentina. Con esta preferencia predijo su final y siguió conversando sobre lo que iba a ocurrir a la mañana siguiente. Aquella noche, después de la bebida, se sintió aquejado de un cierto estremecimiento corporal y su esposa Calpurnia lo vio chorreando mucha sangre, en sueños, por lo cual le prohibió que saliera al día siguiente. Mientras realizaba sacrificios, hubo, en muchas ocasiones, presa-

gios terribles ²⁶³. Así pues, se dispuso a enviar a Antonio para que desconvocara al senado, pero Décimo, que estaba presente, le convenció de que no incurriera en la acusación de desprecio hacia esta institución, sino que acudiera él en persona y lo hiciera por sí mismo. En consecuencia, se hizo llevar allí en una litera. Se estaban celebrando espectáculos en el teatro de Pompeyo y el senado se disponía a reunirse en uno de los edificios adyacentes, como era la costumbre cuando ocurría esto. Bruto y Casio se hallaban, desde por la mañana muy temprano, en el pórtico que estaba delante del teatro atendiendo con calma a los asuntos de aquellos que requerían sus servicios en calidad de pretores. Cuando se enteraron de los presagios que había tenido César y de que se disponía a levantar la sesión del senado, se quedaron muy desconcertados. Y alguien, mientras se hallaban en tal estado, cogió de la mano a Casca y dijo: «Tú me ocultaste el secreto, aunque era amigo tuyo, pero Bruto me lo contó todo». Casca se quedó, al pronto, estupefacto bajo los efectos de esta revelación, pero el otro, sonriendo, le dijo: «¿De dónde obtendrás el dinero para el edilato?» Y Casca se recobró. Mientras Bruto y Casio estaban juntos charlando entre sí, Popilio Lena, uno de los senadores, los apartó a un lado y les comunicó que se unía a ellos en sus plegarias por lo que tenían en su mente y les exhortó a que se dieran prisa. Ellos estaban confundidos, pero guardaron silencio a causa de su terror.

Mientras César era transportado al senado, uno de 116
sus íntimos se enteró de algo sobre la conspiración y

²⁶³ Sobre los prodigios que precedieron al asesinato y los sueños de Calpurnia, véase WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 342-346, quien da referencia de las fuentes en las que se encuentran recogidos. La lista casi completa de tales prodigios se encuentra en SUEONIO (*Caes.* 81 siguientes), quien, junto con Plutarco y Apiano, deben remontarse a Asinio Polión como una de las fuentes principales.

corrió a su encuentro para comunicarle lo que sabía. Al llegar junto a Calpurnia, le dijo tan sólo que necesitaba hablar con César sobre asuntos urgentes y aguardó a que regresara del senado, pues no estaba informado hasta el final de todo lo ocurrido. Artemidoro, de cuya hospitalidad había disfrutado César en Cnido, corrió también al senado y lo encontró cuando lo acababan de asesinar. Otra persona le entregó una tablilla con información sobre la conspiración, mientras realizaba un sacrificio delante del edificio del senado, pero entró inmediatamente, y le fue hallada en su mano cuando ya había muerto. En cuanto descendió de su litera, Lena, quien había unido poco antes sus plegarias con los compinches de Casio, le salió al encuentro y charló en privado con él en forma vehemente. La visión de lo ocurrido aterrorizó al punto a los conspiradores, así como lo extenso de su conversación, y se intercambiaron señales de que se matarían antes que ser apresados, mas como la charla se prolongaba y vieron que Lena no parecía estar revelando un secreto, sino haciendo, más bien, una petición de manera insistente, se recobraron de su temor y, cuando, después de la conversación, vieron que les daba las gracias, suspiraron aliviados. Es costumbre para los magistrados cuando entran en el senado consultar los oráculos a su entrada. Aquí, de nuevo, la primera de las víctimas de César estaba sin corazón, o, según dicen otros, le faltaba la parte superior de las entrañas²⁶⁴. El adivino le dijo que esto era signo de muerte, pero César le respondió riendo que ya le había ocurrido una cosa así en España, cuando combatía contra Pompeyo. El adivino le replicó, a su vez, que también en aquella ocasión había corrido un claro

²⁶⁴ CICERÓN (*De divinat.* 1, 119) refiere estos prodigios a las *Lupercalia* del 15 de febrero. El adivino era Espurina (cf. WEINSTOCK, *op. cit.*, págs. 344-345).

peligro y que ahora la señal era más digna de crédito, pero César le ordenó que sacrificara de nuevo. Como ninguna de las víctimas resultaba más propicia y le daba vergüenza que el senado estuviera esperando, y apremiado por los enemigos disfrazados de amigos, penetró despreciando los augurios, pues debía cumplirse fatalmente el hado de César.

Los conspiradores habían dejado a Trebonio, uno de 117 los suyos, para que entretuviera charlando a Antonio delante de las puertas, y los demás se habían colocado de pie alrededor de César, como amigos, con puñales ocultos, mientras él se sentaba en su asiento. Entonces, uno de ellos, Tilio Címbere, se puso frente a él y le pidió el regreso de su hermano del exilio. Cuando César respondió que el asunto debía ser del todo pospuesto, Címbere lo cogió de su vestido de púrpura, como si todavía le suplicara, y tirando de él lo bajó hasta la base del cuello gritando ²⁶⁵: «¿A qué esperáis amigos?» Entonces, Casca, que estaba colocado sobre la cabeza de César, empuñó su espada para asestar el golpe, pero al desviarse lo hirió en el pecho. César arrancó su toga a Címbere y, asiendo de la mano a Casca, bajó precipitadamente de su asiento; giró sobre sí mismo y lanzó con mucha fuerza a su agresor. En esta situación, otro, debido a la posición forzada de César, le atravesó el costado, con una daga cuando se hallaba estirado. Casio le hirió en el rostro, Bruto le golpeó en el muslo y Bucoliano en la espalda, de tal forma que César, con ira y con gritos, como un animal salvaje, daba vueltas para enfrentarse a cada uno de ellos, pero después de la herida de Bruto ^{*** 266} sea porque había perdido ya la esperanza, se ocultó con su vestido y cayó, con compostu-

²⁶⁵ Sobre la señal de ataque acordada, cf. WEINSTOCK, *ibid.*, página 347.

²⁶⁶ Existe una laguna en el texto.

ra, ante la estatua de Pompeyo. Mas ellos, incluso en tal estado, continuaron con sus golpes, cuando estaba caído, hasta que recibió veintitrés heridas ²⁶⁷; y varios de sus agresores se hirieron mutuamente mientras asataban sus golpes con saña.

118 Una vez que los asesinos hubieron perpetrado un crimen tan impío, en un lugar sagrado y en la persona de un hombre sagrado e inviolable, se produjo de inmediato una huida a través del senado y de toda la ciudad y, en este desconcierto, algunos senadores resultaron heridos y murieron otros. También murieron muchos ciudadanos y extranjeros, no de forma deliberada, sino, como suele ocurrir, a consecuencia de los disturbios públicos y por error de aquellos en cuyas manos cayeron. Los gladiadores, que habían sido armados a la mañana muy temprano para una exhibición en un espectáculo, corrieron desde el teatro hasta las barreras del senado, y el teatro se quedó vacío de repente, sobrecogido por el terror; las mercancías fueron saqueadas, y todos cerraron las puertas de sus casas y se dispusieron a defenderse desde los tejados. También fortificó Antonio su propia casa, al conjeturar que la conspiración estaba dirigida contra él así como contra César. Lépidio, el maestro de caballería, al enterarse en el foro de lo ocurrido, cruzó hasta la isla que estaba en el río, donde tenía una legión de soldados, y los trasladó al Campo de Marte para tenerlos más a mano para cumplir las órdenes de Antonio, pues le había cedido el mando a éste, dado que era más amigo de César y, además, cónsul. Mientras sopesaban la situación, sintieron un impulso muy grande de vengar a César por lo que le había ocurrido, pero tuvieron miedo de que el senado se pusiera de parte de los asesinos y aguardaron, por el momento, la mar-

²⁶⁷ Según NICOLÁS DE DAMASCO, *Vit. Caes.* 24, fueron treinta y cinco puñaladas.

cha de los acontecimientos. César no tenía a su alrededor ninguna guardia de soldados, pues no le gustaba la escolta personal, pero los asistentes usuales de su cargo, la mayor parte de los oficiales y una gran multitud de ciudadanos y extranjeros, de esclavos y hombres libres, le habían acompañado desde su casa al edificio del senado; todos éstos huyeron en masa, y sólo se quedaron tres esclavos, que colocaron su cadáver en la litera y transportaron a su casa, de manera insegura, puesto que eran tres, a quien poco antes había sido dueño de la tierra y el mar.

Los asesinos quisieron pronunciar un discurso en el 119 senado, pero, como no se había quedado nadie, plegaron las túnicas, a modo de escudos, sobre el brazo izquierdo y con las espadas tintas en sangre se lanzaron a la carrera gritando que habían dado muerte al rey y al tirano. Uno de ellos llevaba un *píleus*²⁶⁸ en la punta de su lanza, como símbolo de libertad, y exhortaban a restaurar el sistema de gobierno de sus padres y traían a la memoria al antiguo Bruto y a los que en aquel evento se habían conjurado contra los antiguos reyes. A su lado corrían algunos que llevaban espadas, los cuales, aunque no habían participado en el crimen, querían sumarse a la gloria; entre ellos estaban Léntulo Espínter²⁶⁹, Favonio²⁷⁰, Aquino, Dolabella²⁷¹, Murco y Patisco, quienes no participaron de la gloria, sino que alcanzaron el castigo en compañía de los culpables. Como el pueblo no se había sumado a ellos estaban desconcertados y tuvieron miedo; el senado, aunque, en un primer momento, había huido por ignorancia y confusión, no obstante, tenía confianza, pues estaba integrado por

²⁶⁸ Sobre el significado y símbolo de libertad del gorro, cf. WEINSTOCK, op. cit., págs. 147 y 347.

²⁶⁹ El cónsul del 57 a. C.

²⁷⁰ Pretor en el 49 a. C. (cf. BROUGHTON, II, págs. 257).

²⁷¹ Publio Cornelio Dolabella, cónsul *suffectus* en el 44 a. C.

familiares y amigos suyos que se sentían igualmente molestos con la tiranía; pero sospechaban, en cambio, del pueblo y de los muchos soldados de César, que estaban entonces en la ciudad, algunos de ellos recién licenciados del servicio, a los que se les habían adjudicado sus lotes de tierras, y otros que ya habían sido asentados en colonias con anterioridad, pero que habían acudido para dar escolta a César en su partida. Sentían miedo, además, de Lépido y del ejército que tenía consigo en la ciudad, y de Antonio, en su calidad de cónsul, no fuera a ser que consultara sólo al pueblo, en vez de al senado, y llevara a cabo alguna acción terrible contra ellos.

120 En este estado de ánimo subieron al Capitolio en compañía de los gladiadores. Tras una deliberación, decidieron sobornar al populacho, pues confiaban en que, si algunos comenzaban a alabar el hecho, también se unirían los demás a causa de su amor a la libertad y de la añoranza de la República²⁷². Ellos creían que el pueblo romano era todavía exactamente como el que habían aprendido que era cuando el viejo Bruto había destruido a la realeza; y no comprendieron que esperaban dos cosas incompatibles, a saber, que el pueblo actual fuera a la vez amante de la libertad, y, de forma ventajosa para ellos, sobornable; de las cuales, la última de ellas era mucho más fácil de encontrar, toda vez que hacía ya mucho tiempo que estaba corrupto el sistema de gobierno. El pueblo estaba ya muy mezclado

²⁷² Sobre la importancia de este capítulo en el seno de la tradición apiana, cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 144-145. Según él, la tradición histórica de Apiano justifica la conjura y el asesinato en razón de los intentos monárquicos de César, pero critica el comportamiento de los cesaricidas a raíz del crimen, la forma alevosa en que fue cometido y, sobre todo, el intento de manipulación y de aprovecharse del hecho por parte del senado. En este sentido puede decirse que el relato de Apiano hasta el final del libro II es favorable a los partidarios de César y, por lo tanto, filoantoniano en la medida en que es antisenatorial.

con sangre extranjera, los hombres libres gozaban de iguales derechos de ciudadanía que ellos y el esclavo llevaba una indumentaria similar a la de sus amos; pues, salvo en el caso del orden senatorial, el resto de la vestimenta es común a esclavos y hombres libres. De otro lado, el reparto de trigo a los pobres, que sólo se distribuía en Roma, atraía a esta ciudad a los vagos, mendigos y gorriones de toda Italia. Y, además, el enorme número de soldados licenciados, los cuales ya no eran enviados a sus casas, como antaño, de uno en uno, por temor a que se enzarzaran en guerras injustas, sino que partían en masa hacia lotes injustos de tierra y casas confiscadas, permanecían, a la sazón, todos juntos acampados en templos y recintos sagrados bajo una sola enseña y bajo una sola persona destinada a conducirles a la colonia, y como ellos habían vendido ya sus pertenencias como preparativo previo a su partida, eran fáciles de comprar para cualquier objetivo.

Por lo cual, entre tantos hombres y de tal condición, 121 un gran número se reunió, al punto, en el foro con los partidarios de Casio. Estos hombres, sin embargo, aunque habían sido comprados, no se atrevieron a alabar lo ocurrido, temerosos de la fama de César y de la actitud que pudieran tomar sus otros compañeros. No obstante, y como se trataba de un beneficio público, pedían a gritos la paz y exhortaban reiteradamente a los magistrados a que la defendieran, ideando este recurso con vistas a la salvación de los asesinos, pues no habría paz, si no existía amnistía para ellos. Mientras se encontraban en esta situación, apareció en primer lugar el pretor Cinna, que era familiar de César por razón de matrimonio ²⁷³, y, avanzando inesperadamente hasta

²⁷³ L. Cornelio Cinna, era hijo de L. Cornelio Cinna (cónsul en 87, 86, 85 y 84 a. C.), padre de Cornelia, la primera esposa de César. Cinna era, pues, cuñado de César.

el centro del foro, se despojó de su vestido de pretor, como dando a entender que lo despreciaba por haberlo recibido de manos de un tirano, y llamó tirano a César y tiranicidas a sus asesinos. Exaltó su acción juzgándola exactamente igual a la de sus antepasados, y animó a que se hiciera venir a los hombres desde el Capitolio, en calidad de benefactores, y se les otorgara una recompensa. Ésta fue la propuesta de Cinna, pero los sobornados, al ver que la parte no corrupta de la multitud no estaba de acuerdo con ellos, no llamaron a los hombres y se limitaron, tan sólo, a continuar de nuevo con su petición de paz.

- 122 Acto seguido, Dolabella, un hombre joven y de noble cuna, que había sido elegido por el propio César para desempeñar el consulado por lo que quedaba de año cuando él partiera de la ciudad, se puso sus ropas de cónsul y tomó las otras insignias del cargo y fue el segundo que ultrajó a quien le había ofrecido tales honores, y fingió que él estaba de acuerdo con los conspiradores y que sólo contra su voluntad había estado ausente su mano; hay quienes dicen que incluso presentó una proposición de ley de que se estableciera ese día como el aniversario de la República. Entonces, los sobornados cobraron ánimos, puesto que tenían de su parte a un pretor y a un cónsul, y solicitaron que Casio y sus camaradas descendieran desde el Capitolio. Estaban contentos con Dolabella y pensaban que en él tendrían a un hombre joven, notable y cónsul para enfrentarlo a Antonio. Sólo bajaron Casio y Marco Bruto, herido éste en la mano cuando él y Casio habían asestado conjuntamente sus golpes a César. Una vez que avanzaron hasta el centro del foro, ninguno de los dos se expresó en absoluto con humildad, sino que, como si hablaran de acciones cuya honorabilidad estaba reconocida, se alabaron mutuamente, felicitaron a la ciudad y expresaron,

en especial, su testimonio a Décimo Bruto porque les había procurado los gladiadores en un momento muy oportuno. Exhortaron al pueblo a que actuara de modo similar a sus antepasados, los que habían expulsado a los reyes a pesar de que éstos mandaban no por la violencia, como César, sino elegidos conforme a las leyes. Solicitaron que se hiciera regresar a Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo Magno, que había combatido contra César por la República y que todavía combatía en España a los lugartenientes de César, y también solicitaron el regreso de los tribunos Cesetio y Marullo, los cuales habían sido despojados de sus cargos por César y estaban en el exilio²⁷⁴.

Tras esta alocución, Casio y Bruto retornaron al 123
Capitolio, pues no tenían ninguna confianza en la situación presente. Al permitirse, entonces por primera vez, que acudieran al templo junto a ellos a sus amigos y familiares, eligieron los emisarios que iban a tratar con Lépido y Antonio en su defensa sobre la base de una reconciliación con ellos y de la salvaguarda de su libertad para evitar los males que iban a caer sobre la patria si no llegaban a un acuerdo. Los emisarios presentaron la petición sin hacer un elogio de lo sucedido, pues no se atrevieron en presencia de los amigos de César, sino estimando que debía encajarse el golpe, puesto que ya había ocurrido, por piedad hacia sus autores que habían actuado movidos no por odio, sino por amor a su patria y, de otro lado, por compasión para con la ciudad, despoblada ya por continuas luchas civiles, a la que la sedición futura iba a privar de los buenos ciudadanos que aún le quedaban. Pues resulta un acto de impiedad, si alguien tiene enemistad hacia otro, avivar este sentimiento en una situación de peligro público, y es mucho mejor deponer el enojo privado en beneficio

²⁷⁴ Cf. cap. 108 de este libro.

del común, o si este sentimiento es irreconciliable, pōsponer su agravio personal en la situación actual.

124 Antonio y Lépido querían vengar a César, según he dicho ya, bien por la amistad que tenían con él, bien por los juramentos que habían hecho, o porque codiciaban el poder supremo y pensaban que todo les resultaría más fácil si tantos hombres de prestigio eran puestos fuera de combate de una vez. Sin embargo, temían a los amigos y familiares de éstos y al resto del senado que se inclinaba por ellos y, sobre todo, a Décimo, que había sido elegido por César gobernador de la Galia Cisalpina y que tenía un gran ejército. Creían oportuno aguardar acontecimientos e intentar atraerse a su bando, si podían, al ejército de Décimo, que había quedado descorazonado por sus interminables sufrimientos. Una vez que tomaron esta decisión, Antonio respondió a los mensajeros: «No vamos a actuar en razón a motivos de enemistad personal, pero a causa de la impiedad del crimen y de los juramentos que todos hicimos a César de ser guardianes de su cuerpo o vengar su muerte, estaría de acuerdo con la fe jurada expulsar a los culpables y vivir con un número más reducido de hombres inocentes antes que exponernos, todos juntos, a la maldición divina. Sin embargo, aunque ésta es nuestra opinión al respecto, estudiaremos con vosotros el asunto en el senado y juzgaremos que es propicio para la ciudad aquello que aprobéis con el consenso de todos.»

125 De esta forma les dio una respuesta segura. Y ellos mostraron su agradecimiento y se retiraron teniendo todo bajo una firme esperanza, pues estaban convencidos de que el senado cooperaría con ellos en todo. Antonio ordenó a los magistrados que mantuvieran en vigilancia a la ciudad durante la noche y estableció puestos de guardia, a intervalos, en el centro de ella, como durante el día. Había también hogueras por toda la ciudad y entre ellas anduvieron corriendo toda la noche

en dirección a las casas de los senadores los amigos de los asesinos, exhortando a los anteriores a que defendieran a estos últimos y a la República. Por otra parte, también corrían de un lado a otro los jefes de los colonos, profiriendo amenazas en el caso de que no les conservaran las colonias que habían sido ya asignadas y aquellas otras prometidas. Y también por entonces los ciudadanos más honrados comenzaron a recuperar sus ánimos, al darse cuenta del escaso número de los conspiradores, y, cuando se acordaban de César, estaban divididos en sus opiniones. Esa misma noche fueron llevados a casa de Antonio el dinero y los papeles oficiales de César, sea porque la propia mujer de César los trasladase desde su casa que estaba más expuesta al peligro o porque lo ordenó Antonio.

Mientras tenían lugar estos hechos, aquella noche se 126 conoció una nota de Antonio convocando al senado ²⁷⁵ antes del amanecer en el templo de la diosa Tierra, que era el más próximo a la casa de Antonio, pues no se atrevía a bajar al edificio del senado, que estaba al pie del Capitolio, porque los conspiradores contaban con la cooperación de los gladiadores, y tampoco quiso perturbar a la ciudad metiendo en ella al ejército, cosa que, sin embargo, hizo Lépido. Cuando despuntaba el día, los senadores se reunieron en el templo de la Tierra, y también Cinna, el pretor, revestido de nuevo con las ropas de su cargo, de las que el día anterior se había despojado por haberlas recibido de un tirano. Al verle, algunos de los que no habían sido comprados y de los soldados de César se llenaron de ira contra él, porque había sido el primero que, a pesar de que era familiar suyo, había injuriado a César públicamente, y le arrojaron piedras y lo persiguieron; cuando se refugió en una

²⁷⁵ Día 17 de marzo del 44 a. C.

casa, apilaron leña y la hubieran quemado de no haber sido porque llegó Lépido con el ejército y lo impidió.

Ésta fue la primera acción de apoyo abierto a César, y tanto los sobornados, como los propios asesinos, tuvieron miedo de ella.

127 En el senado era escaso el número de senadores que no aprobaba el acto de violencia y que estaba indignado, y la mayoría trataba de ayudar a los asesinos por diversos procedimientos. En primer lugar, les propusieron que estuvieran presentes bajo garantías y que se sentaran con ellos en el consejo, convirtiéndolos así de criminales en jueces. Antonio no lo impidió, porque sabía que no vendrían, y no vinieron. Después, para tantear al senado, algunos senadores alabaron abiertamente el hecho con mucho coraje y llamaron tiranicidas a los hombres y propusieron que fueran recompensados. Otros se opusieron a las recompensas, alegando que ni aquéllos las habían pedido ni habían realizado el crimen para buscar una recompensa; sin embargo, pretendían que se les felicitara, tan sólo, como benefactores. Otros, incluso, intentaban eliminar la alabanza de forma subrepticia, y estimaban que bastaba con la impunidad.

Éstos eran los manejos de una parte del senado, y estaban a la espera para ver qué fórmula de entre ellas aceptaba primero el senado y tenerlo, de este modo, en poco tiempo más dúctil para pedir las restantes. Sin embargo, los senadores más íntegros rechazaron el hecho como un crimen impío, aunque no se opusieron a que se les garantizara la impunidad, por respeto hacia las familias ilustres de los asesinos, pero sí se indignaron de que se les concedieran honores como a unos benefactores. Otros se opusieron diciendo que si se les garantizaba la impunidad, no debían escatimárseles medidas más amplias para asegurarles su seguridad. Y cuando alguien dijo que conferirles honores implicaba

ultrajar a César, no toleraron ya que el interés del muerto se antepusiera al de los vivos. A su vez, otro insistió con firmeza en que había necesidad absoluta de una de estas dos cosas: o de declarar públicamente a César un tirano, o garantizar la impunidad de éstos por un acto de clemencia. Tras aceptarse la propuesta de este último, los demás pidieron que se les concediese manifestarse mediante votación sobre la persona de César, bajo juramento, y que si emitían su juicio sinceramente, sin coacción, que nadie invocara contra ellos a los dioses por los decretos de César, que habían votado bajo coacción. No los habían votado voluntariamente, y sólo lo habían hecho al sentir miedo por sus vidas, a raíz de la muerte de Pompeyo y de infinitos otros después de éste.

Antonio, que había permanecido como espectador y 128 esperando su turno, una vez que vio que se habían presentado una gran cantidad de argumentos fácilmente manipulables y discutibles, decidió confundir las razones de ellos por medio del miedo personal y de la preocupación por sus propios intereses. Consciente, en efecto, de que un gran número de estos mismos senadores habían sido elegidos por César para desempeñar magistraturas en la ciudad, para oficios sacerdotales y para el mando de provincias y ejércitos, pues como iba a partir para una campaña prolongada los había elegido para cinco años, proclamó silencio como cónsul y dijo: «Aquellos que piden un voto sobre la persona de César deben conocer de antemano que, si él era un magistrado y había sido elegido jefe del Estado, todos sus actos y decretos tienen plena vigencia; pero que, si se decide que él se hizo con el poder absoluto por la violencia, su cuerpo será arrojado insepulto fuera de la patria y todos sus actos serán anulados. Estos actos, para definirlos de forma global, se proyectan sobre toda la tierra y el mar, y la mayoría de ellos subsistirán indepen-

dientemente de nuestra voluntad, como voy a mostrar en breve. Pero aquellos que dependen de nosotros, porque sólo a nosotros nos conciernen, os los voy a exponer antes que los demás, para que, sobre la base de las cuestiones más fáciles, os hagáis una idea de las más difíciles. Casi todos nosotros hemos detentado magistraturas bajo César, algunos las seguimos desempeñando habiendo sido elegidos por aquél, otros hemos sido designados para ejercerlas en un próximo futuro, pues, como sabéis, él ha dispuesto las magistraturas de la ciudad, las magistraturas anuales y el mando de las provincias y de los ejércitos para un período de cinco años. Precisamente es esto lo primero que opino que vosotros debéis decidir, si vais a deponer voluntariamente esos cargos, pues sois dueños por completo de hacerlo, y luego proseguiré con los otros asuntos.»

129 Después de haberlos encendido con un fuego tal no acerca de César, sino respecto a ellos mismos, guardó silencio. Y ellos, de inmediato, se levantaron en bloque, estimando impropio a gritos que se procediera a otras elecciones o poner sus cargos en manos del pueblo, y preferían conservar en seguridad lo que ya poseían. Algunos se opusieron porque no reunían la edad legal o porque los alentaba algún otro motivo inconfesable. Entre éstos estaba el cónsul Dolabella, quien era claro que no podía presentarse a una elección para acceder al consulado, de acuerdo con la ley, pues tenía veinticinco años de edad ²⁷⁶. Y aunque el día anterior había fingido que había participado en la conspiración, sufrió una mutación repentina y censuró a la mayoría

²⁷⁶ Según la *lex Villia Annalis* del 180 a. C., se exigía tener 41 años para desempeñar el consulado, así como se establecía un *certus ordo magistratuum*, y requería haber desempeñado la pretura y la cuestura para acceder al consulado (cf., sobre esto, NICOLET, *Roma...*, págs. 315 y sigs.). La razón de su designación como cónsul mueve a SYME (*The Roman Revolution...*, pág. 69 n. 2) a rechazar esta edad.

por el hecho de que pidiera qué se concedieran honores a los asesinos, lo que entrañaba la deshonra de sus propios magistrados, bajo el pretexto de asegurar la salvación de aquéllos. Otros trataron de inducir al propio Dolabella y a los demás a creer que con la gratitud del pueblo serían designados de inmediato para los mismos cargos, sin ningún cambio de magistratura, sino sólo a raíz de una elección, procedimiento más legal que la designación de un monarca; lo que, además, les reportaría el honor de haber sido honrados con los mismos cargos bajo la Monarquía y en la República. Mientras se decían estas cosas, algunos de los pretores se despojaron de las vestiduras de su cargo, con vistas a tender una trampa a los que se oponían, como si ellos fueran a cambiar sus mismos oficios, de forma más legal, junto con los demás; sin embargo, los que se oponían se apercebieron del truco y eran conscientes también de que los pretores no podrían controlar ya esa elección.

En medio de este estado de cosas, Antonio y Lépido 130 salieron del senado, pues los llamaron un cierto número de personas que, hacía algún tiempo, se habían congregado. Cuando fueron divisados en un lugar elevado y se acallaron con dificultad los gritos de los alborotadores, uno entre la multitud, sea por propia iniciativa o porque estuviera aleccionado, dijo a voces: «Guardaos de que os ocurra algo similar.» Antonio aflojó un poco su túnica y les mostró en su interior una cota de malla, excitando con ello a los espectadores, al hacerles ver que no era posible estar a salvo sin armas, ni siquiera a un cónsul. Otros pidieron a gritos que se vengara el hecho, pero la mayoría intercedió en favor de la paz. A estos últimos les dijo: «En ello estamos, cómo será posible que venga la paz y sea duradera, pero resulta difícil encontrar la seguridad de la misma, cuando de nada sirvieron tantos juramentos y maldiciones imprecados en el caso de César.» Y volviéndose hacia los que

demandaban venganza, los elogió por haber elegido una actitud más acorde con la fidelidad jurada y con la voluntad divina, y «yo mismo —dijo— me hubiera unido a vosotros y hubiera sido el primero en pedir en voz alta lo mismo, si no fuera un cónsul, quien debe mirar por la utilidad pública de lo que se dice, más que por su justicia, pues así nos lo aconsejan los que están dentro. Y tal vez César, pensando de este modo, a aquellos ciudadanos que hizo prisioneros en la guerra, los salvó en razón al interés de la patria y murió, a causa de esta acción, a manos de uno de ellos».

- 131 Cuando Antonio había trabajado con tales argucias a ambas partes por turno, aquellos que exigían venganza pidieron a Lépido que la llevara a cabo. Y una vez que éste se disponía a hablar, los que estaban reunidos más lejos de él, le solicitaron que bajara al foro para que todos pudieran oírle por igual. Él se encaminó hacia allí de inmediato, porque consideraba que la multitud estaba cambiando sus sentimientos, y cuando llegó a la rostra, se lamentó y lloró a la vista de todos por largo tiempo. Después que se hubo repuesto, dijo: «Ayer estuve yo aquí con César, donde ahora me veo obligado a indagar qué queréis que yo haga respecto a su muerte.» Muchos gritaron: «Que vengues a César.» Y los sobornados, a su vez, gritaron: «Paz para la República.» Y él contestó a estos últimos: «La queremos, pero ¿qué clase de paz decís?, o ¿con qué clase de juramentos estará segura? Pues nosotros hicimos a César todos los juramentos de nuestra patria y los hemos falseado, nosotros que pasamos por ser los más celosos guardianes de aquello que se jura.» Luego, volviéndose hacia los que exigían venganza, dijo: «César, un hombre realmente sagrado y venerado, se ha marchado de nosotros, pero sentimos pudor de privar a la República de aquellos que viven todavía. Y nuestros senadores —añadió— estudian este asunto y es decisión de la mayoría.» Y de

nuevo volvieron a gritar: «Véngalo tú solo». Él respondió: «Quiero hacerlo, y sería fiel a mi juramento, incluso si fuera yo solo, pero no es cosa de que lo queramos yo y vosotros solos o de que solos nos opongamos.»

Mientras empleaba, él también, tales argucias, los 132 sobornados, que sabían que era un hombre ambicioso, lo alababan y le ofrecieron a él el cargo de Pontífice Máximo, como sucesor de César. Él se mostró encantado, pero dijo: «Mencionadme a mí esto después, si os parezco digno de él.» Por consiguiente, los sobornados insistieron aún más en sus demandas de paz, a causa de su franqueza, por medio del ofrecimiento de esta magistratura sacerdotal. «Aunque es un acto impío —dijo—, y contrario a la ley, haré lo que queráis, no obstante.» Cuando hubo dicho esto, retornó al senado, en donde Dolabella había consumido todo este tiempo hablando, en forma poco decorosa, sobre su magistratura. Antonio, que había esperado a ver qué sucedía entre el pueblo, miró con sorna a Dolabella, pues había diferencias entre ellos. Cuando estuvo saciado del espectáculo, y como no había ocurrido ningún hecho más explosivo entre el pueblo, decidió, por necesidad, salvar la vida a los asesinos, pero ocultando el factor de necesidad y presentando el hecho como fruto del mayor favor, y, al mismo tiempo, que los actos de César fueran ratificados y que sus planes fueran llevados a efecto por común acuerdo.

Y habiendo ordenado silencio, de nuevo, por medio 133 del heraldo, dijo: «Mientras vosotros, colegas, tratabais sobre los ciudadanos que han cometido el delito, yo no intervine en el debate; pero cuando pedisteis un voto sobre César, en vez de sobre aquéllos, os propuse uno solo de los hechos de César, hasta el momento, y éste solo levantó tantas polémicas entre nosotros, y con razón. Pues si renunciamos a nuestras magistraturas, reconoceremos, tantos hombres y de tan alto rango, que

las hemos obtenido de manera indigna. Ahora bien, en relación con cuantos asuntos escapan de nuestro control con facilidad, prestadles vuestra atención y pasadles revista por ciudades, por provincias y por reyes y príncipes. Pues, por así decirlo, casi todos cuantos se extienden desde oriente hasta occidente César los sometió para nosotros por la fuerza de las armas, los organizó mediante leyes y los consolidó con favores y un trato amable. De los cuales, ¿quiénes pensáis vosotros que aceptarán verse despojados de lo que recibieron, a no ser que queráis llenar todo de guerras, vosotros que proponéis que se conceda la vida a los criminales en provecho de la patria que está totalmente exhausta?

»Voy a omitir aquellas cosas que por su lejanía distan aún de causar peligro o inquietud, pero hay otras que no sólo están cerca de nosotros, sino que las tenemos dentro, por toda Italia, a saber, los hombres que han recibido recompensas por la victoria y establecidos en colonias por César, bajo la antigua organización, en masa y con sus armas como cuando prestaban servicio, de los cuales muchas decenas de miles están todavía en la ciudad, ¿qué creéis que harán si son despojados de aquello que han recibido o esperan recibir en la ciudad y en el campo? La noche pasada os dio una muestra de ello.

134 »Mientras intercedíais en favor de los delincuentes, aquéllos, por su parte, recorrían las calles profiriendo amenazas contra vosotros; ¿y pensáis que los soldados de César van a consentir que su cadáver sea arrastrado, ultrajado y arrojado insepulto —pues esto es lo que prescriben las leyes contra los tiranos—? ¿Considerarán ellos seguras las recompensas que han recibido por sus campañas en la Galia y Britania, cuando quien se las dio es objeto de ultrajes? ¿Y qué hará el propio pueblo? ¿Qué harán los italianos? ¿Cuánta cólera de hombres y de dioses os echaréis encima, si hacéis objeto de vio-

lencia a aquel que ensanchó vuestro imperio hasta el océano, hasta ahora desconocido? ¿Y no entrañará mayor culpabilidad y condena un comportamiento tan irregular por nuestra parte, si consideramos que merecen honores los que mataron a un cónsul, en el edificio del senado, un hombre sagrado en un lugar sagrado, estando reunido el senado y bajo la mirada de los dioses, y, en cambio, deshonramos a aquel que incluso lo honran, por su valor, los enemigos? Os aconsejo, por tanto, que desistáis por completo de esa actitud, que es sacrilega y escapa a nuestro poder, y os propongo, en cambio, que todos los actos y proyectos de César sean ratificados y que, bajo ningún concepto, se dediquen elogios a los autores del delito —pues no sería conforme con la voluntad divina, ni justo, ni acorde con la ratificación de los actos de César—, pero que se les conceda la vida, si queréis, como un acto de clemencia solamente, en atención a sus familiares y amigos, si precisamente estos últimos están de acuerdo en aceptar tal cosa en beneficio de aquéllos, como concesión de un favor.»

135 Cuando Antonio hubo pronunciado estas palabras con una tensión emocional e ímpetu intensos, se presentó un decreto, mientras todos los senadores guardaban silencio y daban su aprobación de que no habría acciones legales por la muerte de César, pero que todos sus actos y decretos eran ratificados «puesto que eran útiles para la nación». Pues los familiares de los responsables del crimen forzaron este añadido, sobre todo, en razón a su seguridad, y Antonio cedió en este punto ante ellos. Una vez que fueron votadas las cláusulas del decreto, todos los jefes de las colonias que se hallaban presentes solicitaron que se diera otro, en adición al de ámbito general, sobre ellos en particular confirmándoles las colonias; tampoco se opuso Antonio, que, incluso, intimidó al senado. Se aprobó también éste y otro más, similar, sobre los que ya habían partido

hacia las colonias. De esta forma se levantó la sesión del senado, y algunos senadores rodearon a Lucio Pisón ²⁷⁷, a quien César había confiado su testamento, y le instaron a que no hiciera público el mismo, ni enterrara su cuerpo con exequias públicas, no fuera a ser que se produjera algún otro altercado por estos motivos. Como no lo convencieron, le amenazaron con demandarle judicialmente por haber hurtado al pueblo un patrimonio de tal envergadura, que era propiedad común, con el cual hecho dieron señales, de nuevo, de sus sospechas de tiranía.

136 A la vista de lo cual, Pisón dio un fuerte grito y pidió a los cónsules que reunieran al senado, que estaba todavía presente, y dijo: «Los que afirman que han dado muerte a un tirano, nos tiranizan ya en número tan grande, en vez de uno solo, e impiden que yo dé sepultura al Pontífice Máximo y me amenazan si hago público el testamento, y tratan de confiscar de nuevo su hacienda como si fuera la de un tirano. Han ratificado los actos de César que les conciernen a ellos, pero intentan anular las disposiciones que aquél dejó sobre su propia persona. Y no se trata ahora de Bruto ni de Casio, sino de los que incitaron a aquéllos a este asesinato. De su funeral, por tanto, vosotros sois los responsables, pero del testamento lo soy yo, y jamás traicionaré lo que me fue confiado, a menos que alguien me mate a mí también.» Se produjo un alboroto e indignación de parte de todos y, en especial, de los que esperaban obtener algún beneficio del testamento, y se decidió dar pública lectura al mismo y enterrar a César a expensas del Estado. Después de esto, se levantó la sesión del senado ²⁷⁸.

²⁷⁷ L. Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en el 58 a. C. y suegro de César quien estaba casado con su hija Calpurnia (cf. cap. 14; sobre él, ver MÜNZER, en *RE*, s.v. *Calpurnius*, núm. 90).

²⁷⁸ Sobre esta sesión senatorial, cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 146-147 y n. 2.

Cuando Bruto y Casio se enteraron de lo ocurrido, 137 enviaron mensajeros al pueblo y le exhortaron a que se unieran a ellos en el Capitolio. Al punto se presentaron muchos plebeyos y Bruto les dijo ²⁷⁹: «Aquí nos encontramos con vosotros, ciudadanos, los que ayer nos encontrábamos en el foro, y no por refugiarnos en un lugar sagrado, pues no hemos delinquido, ni tampoco en una ciudadela, puesto que lo concerniente a nosotros lo ponemos en vuestras manos, sino que el ataque inesperado y repentino contra Cinna nos obligó a ello. Me he enterado de que nuestros enemigos nos acusan de perjurio y de entorpecer la consecución de una paz segura. Lo que tenemos que decir respecto a estas acusaciones lo diremos ante vosotros, ciudadanos, con quienes, también en los demás asuntos, actuaremos, cuando gocemos de un gobierno democrático. Una vez que Gayo César avanzó desde la Galia contra su patria, con armas hostiles, y Pompeyo, el máximo defensor de la democracia entre vosotros, sufrió las cosas que sufrió, y, tras él, otro gran número de buenos ciudadanos arrojados a África y España habían perecido, a aquél, que estaba lógicamente temeroso aunque tenía bien asegurado su poder absoluto, le concedimos cuando lo pidió una amnistía y la ratificamos con nuestro juramento. Pero si nos hubieran requerido que jurásemos no sólo soportar con resignación el pasado, sino ser esclavos en el futuro de forma voluntaria, ¿qué hubieran hecho los que ahora nos atacan? Yo creo sinceramente que, siendo romanos, hubieran preferido morir muchas veces, antes que jurar una esclavitud voluntaria.

»Si César no hubiera llevado a cabo ya ninguna ac- 138
ción tendente a esclavizaros, habríamos cometido per-

²⁷⁹ Cf. GABBA, *ibidem*, y, en él, R. B. MOTZO, «Le contiones di M. Antonio e di M. Bruto dopo la morte di Cesare», en *Stud. di Antich. Class. offerti a E. Ciaceri*, 1940, págs. 136-143.

jurio; pero si no os devolvió las magistraturas de la ciudad, ni el mando de las provincias o de los ejércitos, ni los cargos sacerdotales, ni el liderazgo de las colonias ni los demás honores; si no consultó al senado sobre ningún asunto, ni el pueblo lo ratificó, sino que la orden de César era todo en todas las cosas, y no se sació de nuestro infortunio, como le ocurrió a Sila, pues éste, cuando había destruido a sus enemigos, os devolvió el gobierno del Estado a vosotros, sino que, cuando iba a partir para una campaña prolongada, anticipó las asambleas para designar vuestros magistrados por un período de cinco años, ¿qué clase de libertad era ésta, en la que no se vislumbraba ya ni la esperanza? ¿Y qué voy a decir de los jefes del pueblo, Cesetio y Marullo? ¿Acaso no fueron desterrados con violencia en pleno ejercicio de una magistratura sagrada e inviolable? Sin embargo, la ley de nuestros antepasados prohíbe que se llame a juicio a los tribunos durante el desempeño de su cargo, y, no obstante, César los desterró sin siquiera juzgarlos.

»¿Quiénes han cometido, por tanto, violencia contra las personas inviolables? ¿O es que va a ser César sagrado e inviolable, al cual le otorgamos estos honores contra nuestra voluntad, bajo coacción y después que atacó a su patria con las armas y mató a tantos ciudadanos distinguidos, y, en cambio, no va a ser sagrada e inviolable la magistratura del tribunado, la cual nuestros padres, en plena democracia y sin coacción, juraron que lo sería y que lo sería para siempre bajo maldición? ¿Dónde han ido a parar los tributos públicos y las cuentas durante su mandato omnímodo? ¿Quién abrió el tesoro público en contra de nuestra voluntad? ¿Quién cogió parte del dinero que estaba sin tocar bajo maldición? ¿Quién amenazó con la muerte a otro tribuno que se opuso a ello?

»¿Pero qué clase de juramento podría haber ya para 139
asegurar la paz?, preguntan ellos. Si no hubiera un tirano, no habría necesidad de juramentos, pues a nuestros padres no les hizo falta jamás. Pero si algún otro desea la tiranía, no puede existir ninguna fe ni juramento entre los romanos y el tirano. Y esto lo decimos en público, mientras todavía estamos en peligro y lo proclamaremos siempre en defensa de nuestra patria, pues incluso cuando ocupábamos un puesto de honor al lado de César, en seguridad, tuvimos en mayor estima a la patria que a nuestro cargo. Y también nos acusan en relación con las colonias para excitaros contra nosotros. Si estáis presentes algunos de los que ya han sido establecidos como colonos o de los que van a serlo, hacedme el favor de indicármelo.»

Muchos lo hicieron y, entonces, dijo: «Hicisteis bien, 140
varones, en venir junto con los otros. Es necesario que vosotros, que habéis sido honrados y habéis recibido recompensas de vuestra patria, le otorguéis, en reciprocidad con ella que os lo dio, un honor igual. El pueblo os entregó a César para combatir contra galos y britanos, y vuestros hechos de valor exigen que alcancéis honores y recompensas. Pero éste, aprovechándose de vuestro juramento militar, os condujo contra la patria, sin quererlo vosotros, y os condujo, con igual relucencia por vuestra parte, a África contra nuestros mejores ciudadanos. Y si sólo hubierais hecho esto, tal vez os avergonzaríais de pedir recompensas por tales actos, pero, puesto que ni la envidia, ni el tiempo, ni el olvido humano pueden borrar vuestros hechos contra galos y britanos, por estos hechos gozáis de vuestras recompensas, las cuales también concedía, antaño, el pueblo a los que participaban en la milicia, sin despojar jamás de su tierra a sus compatriotas o a gentes que nada habían hecho, sin repartir la tierra enajenada a otros

y sin considerar que se debía corresponder a la prestación de un servicio, por medio de actos injustos.

»Cuando antaño vencían a los enemigos, no les quitaban toda su tierra, sino que la dividían y asentaban como colonos en una parte de ella a los soldados romanos para que sirvieran de guardianes de los vencidos. Si, en ocasiones, no era suficiente el territorio conquistado, repartían el agro público o compraban otras tierras. De este modo el pueblo os establecía como colonos sin daño para nadie. Sin embargo, Sila y César, que atacaron con las armas a su patria como si fuera un territorio enemigo, al estar necesitados de guarniciones y guardias dentro de la misma patria, no os enviaron a vuestras casas ni compraron tierras para vosotros, ni repartieron la de los ciudadanos que ellos confiscaron, ni otorgaron honores como compensación a los que habían sido despojados de sus tierras, aunque tanto uno como otro disponían de mucho dinero en el tesoro público y mucho otro procedente de las confiscaciones, sino que por la ley de la guerra y por la práctica del robo, quitaron a los italianos, que no habían cometido ninguna ofensa ni delito, tierra, casas, tumbas y templos, cosas que ni siquiera a nuestros enemigos extranjeros se las quitamos, sino que tan sólo les imponemos como tributo el diezmo de la cosecha.

141 »Pero ellos dividieron entre vosotros las propiedades de vuestro propio pueblo, el mismo que os enroló como soldados y os envió con el mismo César contra los galos y ofreció muchas plegarias en el festival en honor de la victoria. Y os colonizaron a vosotros de esta forma, colectivamente, bajo emblemas y organización militar, de manera que ni pudierais gozar de la paz, ni estuvieseis libres de temor de parte de los que habíais desplazado. Pues quien ha sido desterrado y ha sido privado de sus bienes iba a estar rondando en espera de encontrar la oportunidad de tenderos una trampa. Esto

era precisamente lo que querían los tiranos, no que vosotros poseyeráis tierra, la cual podían habérsela procurado por otros conductos, sino que, al tener enemigos al acecho en todo momento, os convirtierais en firmes guardianes de un gobierno que, con vuestra cooperación, cometía tales injusticias. Pues la simpatía entre guardianes y tiranos nace de los delitos y temores comunes a ambos. Y a esto, oh dioses, lo llamaban colonización, sobre la que pendía el lamento de unos compatriotas y la expulsión de quienes no habían cometido ningún delito.

»Así pues, aquéllos os convirtieron, adrede, en enemigos de vuestros paisanos, en provecho exclusivo de ellos. Nosotros, a quienes los actuales jefes de la patria dicen que nos conceden la vida por piedad, os confirmamos esta misma tierra y os la confirmaremos para siempre, y ponemos al dios de este templo como testigo de nuestras palabras. Tenéis y seguiréis teniendo lo que habéis recibido, y no hay miedo de que alguien os la quite a vosotros, ni Bruto, ni Casio, ni cualquiera de nosotros, los que nos hemos arriesgado en defensa de vuestra libertad. Y lo único que de censurable hay en este asunto, nosotros lo remediaremos y será un remedio que sirva de reconciliación entre vosotros y vuestros paisanos, y el más agradable cuando se enteren. Devolveremos de inmediato el importe de la tierra a aquellos que han sido privados de ella, con cargo a los fondos públicos y como restitución del capital, a fin de que no sólo tengáis vuestra colonia de manera segura, sino también sin levantar odio.»

Mientras Bruto decía tales cosas, y cuando todavía 142 le escuchaban, y al disolverse, todos alababan sus palabras como las más justas y les tenían en admiración reputándolos por hombres insensibles al miedo y amigos del pueblo en grado sumo; desviaron hacia ellos sus simpatías y se mostraron dispuestos a cooperar con ellos

al día siguiente. Al amanecer, los cónsules convocaron al pueblo a una asamblea y le leyeron los decretos del senado, y Cicerón pronunció un largo encomio sobre la amnistía ²⁸⁰. El pueblo estaba encantado e invitó a venir desde el templo a Casio y sus amigos. Éstos pidieron que, entretanto, les enviaran rehenes y fueron enviados los hijos de Antonio y Lépido. Cuando Bruto y los suyos estuvieron a la vista, se produjo un alboroto y griterío, y cuando los cónsules quisieron decir alguna cosa no los dejaron, sino que pidieron que antes se estrecharan las manos y se reconciliaran. Así se hizo, y el pensamiento de los cónsules se conmocionó ante la idea de que los conspiradores pudieran desbancarlos también en otros asuntos políticos.

143 Se trajo a presencia de todos el testamento de César y el pueblo ordenó que se leyera de inmediato. En él se nombraba hijo adoptivo de César a Octavio, el nieto de su hermana ²⁸¹. Sus jardines eran legados al pueblo como lugar de esparcimiento, y legó a cada uno de los romanos que aún vivían en la ciudad, la cantidad de setenta y cinco dracmas áticas. El pueblo se agitó un poco, con ira, al ver el testamento de un hombre amante de su patria, sobre el que antes habían oído la acusación de tirano. Pero lo que les pareció más digno de piedad fue el hecho de que Décimo Bruto, uno de los asesinos, figuraba inscrito como hijo adoptivo en segundo grado —pues es costumbre entre los romanos inscribir a otros herederos por si los primeros no pueden heredarlos— ²⁸²; por este hecho, estaban aún más agi-

²⁸⁰ Véase sobre esta sesión y el discurso de Cicerón, GABBA, *Apiano...*, pág. 148 n. 2. Sobre esta sesión se conservan los relatos de CICERÓN (*Fil.* I 1 ss.) y de DIÓN CASIO, XLIV 23-33, de signo distinto en su referencia a Antonio.

²⁸¹ Cf., sobre su genealogía, SYME, *The Roman Revolution...*, página 112.

²⁸² Aclaración de Apiano destinada a sus lectores griegos.

tados y consideraban algo terrible e impío que Décimo Bruto hubiera conspirado contra César cuando había sido inscrito como hijo adoptivo. Después que Pisón llevó el cadáver de César al foro, escoltado por un inmenso gentío con armas, y que fue expuesto en la rostra²⁸³, entre gritos y con un boato magnífico, se produjeron nuevamente expresiones de pesar y de lamento por mucho tiempo y los que llevaban armas golpearon sus escudos, y poco a poco se empezaron a arrepentir de la amnistía. Antonio, cuando los vio en este estado de ánimo, no desaprovechó la ocasión y, habiendo sido elegido para pronunciar la oración fúnebre, como un cónsul en honor de otro cónsul, un amigo por un amigo y un familiar por otro, pues era pariente de César por parte de madre²⁸⁴, acudió una vez más a su artimaña y dijo lo siguiente:

«No es digno²⁸⁵, ciudadanos, que sea yo solo quien 144 pronuncie el elogio fúnebre de un hombre tan grande, sino más bien la patria entera. Los decretos que voso-

²⁸³ El funeral tuvo lugar el 20 de marzo. Sobre el mismo, véase, en general, WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 346-355, en concreto, 350-355.

²⁸⁴ Julia (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Iulius [Julia]*, núm. 543), era hija de L. Julio César (cónsul en el 99 a. C.). Se había casado en primeras nupcias con M. Antonio Crético, del que tuvo tres hijos; en segundas nupcias se caso con P. Cornelio Léntulo Sura. Desempeñó un papel importante en el 43 a. C. y en el período de las proscripciones (cf. *infra*, IV 37).

²⁸⁵ En este discurso queda patente, al igual que en otros pasajes anteriores, la certeza para Apiano de la voluntad de Antonio y de Lépido por vengar a César, frente a la tradición augustea y antiantoniana representada por NICOLÁS DE DAMASCO (27, 101-106, sobre todo, 103), que confiere esa voluntad a Lépido tan sólo, en tanto que Antonio quiere salvar a los cesaricidas (cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 150-151 y notas; además y para la valoración de este discurso de Apiano, en relación con los relatos de SÜETONIO [*Caes.* 84, 2], DIÓN CASIO [XLIV 36-49] y PLUTARCO [*Brut.* 20, 4, y *Ant.* 14, 6-7], cf. M. E. DEUTSCH, «Anthony's Funeral Speech», *Univ. Calif. Public. Class. Phil.* IX [1928], 127-148, y WEINSTOCK, *Divus Iulius*, pág. 351 y nn. 6-10).

tros todos, llenos de admiración por su valor, el senado y, junto con él, el pueblo, le votasteis en vida, os lo voy a leer para que sea vuestra voz la que hable, y no la voz de Antonio.» Comenzó a leer con rostro grave y sombrío, marcando con su voz cada frase, y deteniéndose con énfasis especialmente en aquellos decretos en los que se le comparaba con un dios y se le llamaba «sagrado», «inviolable», «padre de la patria», «benefactor» o «jefe sin par». Al pronunciar cada uno de estos títulos, Antonio volvía su mirada y la mano hacia el cadáver de César y acompasaba la acción con la palabra. A cada uno de ellos le añadía una breve apostilla, mezclada de pena e irritación, así, donde el decreto decía «padre de la patria» añadió: «Esto es un testimonio de su clemencia»; en aquel otro lugar donde se le llamaba «sagrado» e «inviolable» e «indemne también cualquiera que junto a él se refugiara», dijo: «Nadie que buscó refugio a su lado sufrió daño alguno, pero él, que era inviolable y sagrado para vosotros, fue asesinado, aunque no obtuvo por la fuerza, como un tirano, estos honores que ni siquiera pidió. En todo caso, más faltos de un espíritu de hombres libres somos nosotros que concedemos tales honores a los indignos de ellos, que ni siquiera los piden. Pero vosotros, fieles ciudadanos, nos defenderéis de esta acusación al conferir al muerto un honor tal como el presente» ²⁸⁶.

145 Y, de nuevo, leyó los juramentos por los que se comprometían todos a proteger a César y al cuerpo de César con todas sus fuerzas, o que si alguien conspiraba contra su vida, fueran exterminados los que no le vengaran. En este punto, elevando al máximo la voz y con

²⁸⁶ WEINSTOCK *ibid.*, pág. 352, considera el relato de Apiano el más acorde con la realidad histórica y acepta sin reservas como fuente directa o indirecta de Apiano a Asinio Polión, lo que ya sostuvieron, entre otros, SCHWARTZ (en *RE*, s.v. *Appianus*, cols. 226, 229 y sigs., y J. ANDRÉ, *La vie...*, págs. 41 y sigs.).

la mano extendida hacia el Capitolio, dijo: «Yo, oh Júpiter protector de la ciudad y dioses otros, estoy dispuesto a la venganza como juré bajo maldición; pero, puesto que los de mi mismo rango han decidido que el decreto de amnistía es beneficioso, te suplico que, en efecto, lo sea.» Entre los senadores hubo un tumulto como consecuencia de esta exclamación, que contenía una clara referencia a ellos, pero Antonio la atenuó, acto seguido, y retractándose dijo: «Parece, ciudadanos, que lo ocurrido es obra no de un ser humano sino de alguna divinidad maléfica; y hay que prestar atención al presente, más bien que al pasado, y ver qué grandes peligros nos amenazan, si es que no están ya presentes, no vaya a ser que seamos arrastrados a pretéritas guerras civiles y todo lo que de noble queda aún en la ciudad, perezca. Enviemos, por tanto, a este hombre sagrado a la mansión de los bienaventurados, entonando en su honor el himno y lamento fúnebre acostumbrado» ²⁸⁷.

Después de pronunciar tales palabras, se recogió el 146 vestido, como un inspirado, y ciñéndose para tener libres las manos, se colocó junto al féretro como sobre un escenario, bajando la cabeza hacia él y levantándola de nuevo, y en primer lugar le entonó un himno como a un dios celestial y levantó hacia arriba las manos para testificar su linaje divino. Al mismo tiempo, con voz rápida, enumeró sus combates, guerras, victorias y pueblos que había incorporado a su patria, los despojos que había enviado, exaltando con admiración cada uno de sus actos y gritando continuamente: «Tú has sido el úni-

²⁸⁷ En los funerales romanos, miembros de la familia solían llorar al muerto durante el funeral. Existían, además, *plañideras* profesionales, las *praeficae*, que entonaban un canto, los *neniae*, acompañado de flauta con alabanzas y lamentos por el muerto. Cuando el finado era un hombre distinguido, este canto no se dejaba a ninguna mujer (cf. más detalles para la época imperial en WEINSTOCK, *op. cit.*, páginas 352-353).

co invencible de todos los que trabaron combate contigo; tú has sido el único que has vengado a tu patria ultrajada hace ya trescientos años, al poner a sus pies a las tribus salvajes que fueron las únicas en atacar a Roma y las únicas que la incendiaron.» Muchas otras cosas dijo con frenesí divino, y cambió la sonoridad de su voz por un tono más lastimero, y se condolió y lloró por él, como por un amigo que ha sufrido cosas injustas, e hizo un voto solemne de que trocaría voluntariamente su vida por la de César.

Transportado, con facilidad suma, a un estado de pasión extrema, desnudó el cadáver de César y agitó su vestido en lo alto de la punta de una lanza, desgarrado por los golpes y tinto en la sangre del dictador. Ante este espectáculo, el pueblo, como el coro de una tragedia, expresó conjuntamente su lamento en la forma más lastimera, y de la pena, de nuevo se llenó de ira. Después de los discursos, otros lamentos, acompañados de música, fueron cantados por los coros según la costumbre del país en honor del muerto, y se enumeraron de nuevo sus hechos y su muerte²⁸⁸. Parecía que, en medio de estos cantos de duelo, el propio César hablaba y refería a cuántos de sus enemigos había hecho favores, llamándolos por su nombre, y que en relación con sus asesinos añadió, con extrañeza: «¡Que haya yo salvado a estos hombres que habían de matarme!»²⁸⁹. El pueblo ya no pudo soportarlo, pues le parecía fuera de razón el hecho de que todos sus asesinos, con excepción

²⁸⁸ El pueblo se unió a los lamentos, al modo de los coros de una obra, y cantó, a su vez, los *nenia*.

²⁸⁹ Verso del poeta Pacuvio, de su obra *Armorum iudicium*, transmitido por Suet., *Caes.* 84, 2: *men servasse ut essent qui me perderent!*, en relación con otro similar de la traducción de Atilio de la *Electra* de Sófocles (cf., sobre esta cuestión, Weinstock, *op. cit.*, pág. 353 nota 7). Tal vez este verso lo pronunció alguna persona caracterizada como César (sobre un suceso similar relativo a Vespasiano, cf. Suet., *Vesp.* 19, 2).

de Décimo Bruto, que habían sido hechos prisioneros por pertenecer a la facción de Pómpeyo y que, en vez de sufrir castigo, habían sido elevados a las magistraturas y gobierno de las provincias y ejércitos, hubieran conspirado contra él, y que Décimo hubiera sido considerado digno de ser nombrado su hijo adoptivo.

Cuando estaban en tal estado de ánimo y a punto ¹⁴⁷ de pasar a las manos, alguien sostuvo sobre el féretro una imagen del propio César, hecha de cera; el cuerpo de César no se veía, pues estaba boca arriba en el féretro ²⁹⁰. La imagen era movida en todas direcciones por medio de un mecanismo, y se pudieron ver las veintitrés heridas, en el cuerpo y en el rostro, que le habían sido causadas de manera bestial. El pueblo, incapaz de soportar por más tiempo una visión que se les antojaba la más conmovedora, prorrumpió en gritos de pesar y, tras ceñirse, prendieron fuego al edificio del senado, donde César había sido asesinado, y, corriendo de un lado para otro, buscaban a sus asesinos que habían huido desde algún tiempo antes. Estaban tan enloquecidos por la ira y la pena, que despedazaron salvajemente al tribuno Cinna a causa de su homonimia con el pretor Cinna que había pronunciado en público un discurso contra César, sin detenerse a escuchar siquiera una explicación sobre la tal homonimia, y no se encontró ningún trozo de él para darle sepultura. Se dispusieron a prender fuego a las casas de los otros asesinos, pero, al defenderse con ardor los servidores de aquéllos y a requerimientos de los vecinos, desistieron de su intención, y amenazaron con volver con sus armas al día siguiente.

Los asesinos huyeron de la ciudad en secreto. El pueblo, ¹⁴⁸ por su parte, retornó al lado del féretro de César y lo llevó hasta el Capitolio como algo sagrado para en-

²⁹⁰ Sobre el significado de este episodio, cf. WEINSTOCK, *op. cit.*, pág. 354 y 360-361.

terrarlo en el templo y colocarlo entre los dioses ²⁹¹. Sin embargo, los sacerdotes lo impidieron y lo trasladaron, de nuevo, al foro donde está el antiguo palacio de los reyes de Roma. Reunieron maderas y bancos de los cuales había muchísimos en el foro, y cualquier otra cosa de características similares, y colocaron en lo alto del montón de madera los ornamentos de la procesión que eran de mucho valor. Algunos colocaron también sus coronas y muchas recompensas de la guerra, por último le prendieron fuego y el pueblo permaneció reunido en su totalidad al lado de la pira durante toda la noche ²⁹². Allí, en un principio, estuvo erigido un altar pero ahora hay un templo del mismo César ²⁹³, que fue reputado digno de honores divinos. Pues su hijo adoptivo Octavio, que tomó el nombre de César y prosiguió por la senda de aquél en los asuntos de gobierno, fortaleció mucho más el sistema político que pervive hoy día y que fue fundado por César, y concedió a su padre honores similares a los de los dioses. Y desde aquel primer ejemplo hasta el presente, los romanos vienen otorgando estos honores al emperador de turno en la hora de su muerte, si no se ha comportado como un tirano o se ha hecho odioso, aunque antes no consentían en llamarlos reyes ni siquiera mientras vivían ²⁹⁴.

²⁹¹ Lo previsto era que fuera llevado desde la *rostra* hasta el Campo de Marte, donde había sido preparada una pira fúnebre junto a la tumba de su hija Julia (cf. *TAC., Ann. I 8, 6*). La muchedumbre enervorizada trató, sin embargo, de incinerarlo y enterrarlo en el Foro, en la *cella* de Júpiter Capitolino, con intención de situarlo ya *de facto* entre los dioses.

²⁹² Por DIÓN CAS., XLIV 51, 1, sabemos que sus libertos recogieron sus cenizas y las enterraron en el monumento de los Julios, tal como había sido planeado.

²⁹³ Cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 364 y 393. La *consecratio* tuvo lugar, por medio de un decreto, alrededor del primero de enero del 42 a. C. (*ibid.*, pág. 386).

²⁹⁴ Sobre este «juicio de los muertos», que se remonta a los relatos ya conocidos de PÍNDARO (*Ol. II 62 ss.*) y PLATÓN (*Gorg. 523e*), y en

Así murió César, en los Idus de marzo, fecha que 149 corresponde aproximadamente a la mitad del mes antesterión ²⁹⁵, en el día que le había predicho el adivino que no sobreviviría. César, en son de burla, le dijo al amanecer: «Ya han llegado los Idus.» Y el adivino sin inmutarse respondió: «Pero todavía no han pasado.» Sin embargo, él, despreciando tales profecías, pronunciadas con tanta seguridad por el adivino, y otros prodigios que ya he mencionado, prosiguió su camino y murió a los cincuenta y seis años de edad, hombre el más afortunado en todo, extraordinario, de grandes proyectos, y digno de ser comparado con Alejandro ²⁹⁶. Pues ambos fueron los más ambiciosos de todos, los más hábiles en la guerra, los más rápidos en ejecutar sus decisiones, los más arriesgados en los peligros, los que menos miraron por sus vidas y los que confiaron en su osadía y buena estrella más que en su habilidad guerre-

el que los emperadores eran recompensados o castigados, cf. WEINSTOCK, *op. cit.*, págs. 387-391. Este final de capítulo debe ser un añadido del propio Apiano por: a) referencia a su época, y b) considerar a César el primer emperador, en consonancia perfecta con la concepción monárquica apiana.

²⁹⁵ Mes del calendario griego, cuya traducción sería «mes de las flores», dado que correspondería con el comienzo de la primavera (febrero/marzo).

²⁹⁶ A partir de aquí Apiano prolonga este libro en sus capítulos finales con una comparación entre César y Alejandro, al modo en que Plutarco solía terminar sus famosas *Vidas*. Desgraciadamente la correspondiente a César y Alejandro falta en Plutarco, por lo que no podemos saber en qué punto concordaban pero sí debió de tomar la idea (cf., para algunas influencias entre ambos, en otros lugares de este libro, GABBA, *Appiano...*, pág. 227 n. 3). A partir del cap. 152, GABBA (*ibid.*, págs. 226-227 y n. 1) piensa que Apiano debió de haber utilizado la *Anábasis* de Arriano. La finalidad de esta comparación que, ciertamente, se despega un tanto del contexto precedente, tal vez se deba al deseo de Apiano de contraponer al instaurador de una nueva monarquía en el mundo romano frente al máximo representante de este régimen político en el mundo griego, su mundo natal (cf. GABBA, *ibid.*, pág. 228).

ra. Alejandro hizo un largo viaje por una zona desértica, en la estación del calor, hasta el oráculo de Amón, y atravesó el golfo de Panfilia ²⁹⁷, al haberse retirado el mar de forma prodigiosa, y la divinidad contuvo en su ayuda el mar hasta que lo cruzó, e hizo llover cuando viajaba por tierra. En su camino a la India se aventuró en un océano no navegado y fue el primero en subir por las escalas y en saltar sobre la muralla de los enemigos, él solo, por lo que recibió trece heridas. Nunca fue vencido, y terminó cada una de sus guerras en casi una o dos batallas. Apresó a muchos pueblos bárbaros de Europa y sometió a Grecia, nación difícil de gobernar y amante de la libertad, que no había obedecido a nadie antes de él, con excepción de Filipo, durante poco tiempo y en razón de su pretendida apariencia del liderazgo de la guerra; sometió, además, casi toda Asia. Para expresar, en una palabra, la fortuna y el poder de Alejandro, él adquirió toda la tierra que vio, y murió cuando reflexionaba y hacía planes para conquistar el resto.

150 También el Adriático cedió ante César, llegando a ser navegable y calmo en mitad del invierno. Él cruzó el océano occidental hasta Britania, empresa nunca intentada, y ordenó a sus pilotos que rompieran los barcos haciéndolos chocar con los acantilados de Britania. Solo, en un pequeño bote, de noche soportó la violencia de otra tempestad y ordenó al piloto que desplegara las velas y confiara más en la fortuna de César que en el mar ²⁹⁸. En numerosas ocasiones se lanzó él solo con-

²⁹⁷ Según Calístenes (cf. JACOBY, *Frag. Gr. Hist.*, pág. 124, F 31, quien cita, además, otros autores seguidores del anterior), el hecho tuvo lugar en 334-333 a. C.

²⁹⁸ Sobre el empeño y dominio sobre el mar, producto de una realidad cotidiana entre los antiguos, pero que constituye una faceta importante en la que se patentizó la *Fortuna Caesaris*, cf. WEINSTOCK, *Divus iulius*, págs. 121 y sigs., donde se aducen otros casos de este mismo tenor.

tra los enemigos cuando todos tenían miedo, y en la Galla tan sólo libró treinta batallas hasta que sometió a cuatrocientas tribus galas, tan terribles para los romanos que, en la ley sobre exención del servicio militar de sacerdotes y hombres ancianos, había inserta una cláusula «excepto en el caso de una guerra con los galos», pues en tales ocasiones los ancianos y los sacerdotes prestaban servicio de armas. Cuando combatía en los alrededores de Alejandría, se quedó solo sobre un puente, en una situación de grave riesgo, se despojó de su manto de púrpura y se arrojó al mar; mientras era buscado por sus enemigos, nadó oculto bajo el agua un largo trecho, deteniéndose sólo a intervalos para respirar, hasta que llegó cerca de una nave amiga, levantó las manos, se identificó y fue salvado.

Cuando se vio envuelto en las Guerras Civiles, ya sea por miedo, como él dijo, o por su ambición de poder, trabó combate con los mejores generales y con ejércitos numerosos y de gran envergadura, no de bárbaros en esta ocasión, sino de romanos pujantes por sus éxitos y buena fortuna; a todos los venció, él también, en una o dos batallas con cada uno de ellos. Sin embargo, sus tropas no resultaron siempre victoriosas, como en el caso de Alejandro, puesto que fueron derrotadas estrepitosamente por los galos con ocasión del enorme desastre sufrido bajo el mando de sus lugartenientes Cota y Titurio; en España, Petreyo y Afranio las coparon como a un ejército sitiado; en Dirraquio y en África, huyeron sin paliativos, y en España fueron aterrorizadas por Pompeyo el Joven. No obstante, el propio César no se dejó intimidar y, al final, quedó victorioso en cada una de las guerras. Se hizo, por la fuerza y la condescendencia, con el poderío romano que gobernaba la tierra y el mar desde el occidente hasta el río Eufrates, y lo sostuvo con mayor firmeza y seguridad que Sila, y aunque no aceptó el título, se mostró para los romanos como un

rey, pese a la oposición de éstos. Y, como Alejandro, murió mientras planeaba nuevas guerras.

151 Sus ejércitos fueron, igualmente, celosos y devotos hacia ambos y lucharon con salvaje ferocidad en los combates, pero también, en numerosas ocasiones, se mostraron indisciplinados con uno y otro y se amotinaron a causa de la severidad de sus tareas. Con todo, cuando murieron, lloraron por igual a sus jefes y sintieron añoranza de ellos y otorgaron a ambos honores divinos: Ambos tuvieron una buena constitución y un aspecto hermoso. Uno y otro fueron descendientes de Júpiter, Alejandro a través de Éaco y Hércules, y César a través de Anquises y Venus. Ambos fueron tan rápidos en combatir a sus contrarios como prestos en hacer la paz y otorgar el perdón a los vencidos, y después del perdón, también lo fueron en conceder beneficios, pues no deseaban otra cosa que vencer.

Séame permitido llevar la comparación hasta este punto, aunque cada uno de ellos no se lanzó al poder desde una situación de potencialidad similar, sino que Alejandro lo hizo desde la monarquía fundada por Filipo, y César desde una condición de privado, que, a pesar de ser de noble cuna e ilustre, carecía, no obstante, por completo de dinero.

152 Uno y otro menospreciaron las profecías relativas a ellos mismos, pero no se irritaron con los adivinos que les predijeron la muerte; en muchas ocasiones, los mismos prodigios concordaron en mostrar hechos similares para ambos y apuntaron hacia un mismo final. Por dos veces a las víctimas sacrificiales de cada uno les faltó una parte de las vísceras, y la primera vez fue indicio de un riesgo peligroso. A Alejandro le ocurrió entre los oxidracas, cuando escalaba el muro de los enemigos delante de sus macedonios y la escalera se rompió dejándole aislado arriba. Con temeridad se lanzó al interior contra los enemigos, fue herido gravemente en

el pecho y en el cuello por un mazo pesadísimo y, cuando caía, fue salvado a duras penas por los macedonios que habían roto las puertas al temer por su vida. A César le sucedió en España, cuando su ejército se hallaba aterrorizado por Pompeyo el Joven y vacilaba en ir al combate. Entonces, César corrió delante de todos hacia el espacio que separaba a ambos ejércitos y recibió el impacto de doscientos dardos en su escudo hasta que, en su caso también, su ejército se lanzó tras de él, movido por la vergüenza y el temor por su vida, y le salvó. De esta forma, sus primeras víctimas, faltas de entrañas, les presagiaron a ellos el peligro de muerte, y las segundas, la muerte misma. Cuando Pitágoras el adivino estaba realizando un sacrificio, dijo a Apolodoro, que tenía miedo de Alejandro y de Hefestión, que no temiera puesto que ambos estarían de inmediato ausentes. Hefestión murió al punto, y Apolodoro temió que existiera alguna conspiración contra el rey y le contó las profecías. Alejandro sonrió y le preguntó a Pitágoras qué significaba el prodigio, y cuando este último le respondió que significaba fatalidad, sonrió, de nuevo, pero, no obstante, alabó a Apolodoro por su buena voluntad, y al adivino por su franqueza.

A César, cuando entraba por última vez en el se- 153
nado, según he relatado hace poco, le ocurrieron los mismos prodigios, y, burlándose, dijo que algo tal le había sucedido en España. Cuando el adivino le respondió que ya en aquella ocasión había estado en peligro y que ahora el augurio era mucho más seguro, cedió un poco ante su franqueza y sacrificó de nuevo, hasta que, molesto con los sacerdotes por hacerle demorarse, penetró en el interior y fue asesinado. Igual le sucedió a Alejandro. Pues cuando regresaba de la India hacia Babilonia con su ejército y se encontraba cerca ya de este lugar, los caldeos le aconsejaron que pospusiera la entrada por el momento. Él les respondió con el verso yámbico: «El

mejor profeta es quien conjetura bien»²⁹⁹. Por segunda vez los caldeos le aconsejaron que no entrara con su ejército mientras miraba hacia la puesta de sol, sino que rodeara la ciudad y entrara mirando hacia el Este. Se dice que él cedió en este punto y que trató de rodear la ciudad, pero que, impedido por un lago y una zona pantanosa, despreció también este segundo augurio y penetró cara al sol poniente. Después de entrar, emprendió un viaje por el Eufrates hacia el río Pallacota, el cual toma sus aguas del Eufrates y las vierte en zonas pantanosas y en lagunas e impide que se riegue el territorio de Asiria. Dicen que, mientras planeaba represar este río y había emprendido la navegación con este propósito, se burló de los caldeos porque había penetrado en Babilonia y había salido de ella sano y salvo para su viaje fluvial. Sin embargo, nada más regresar a la ciudad murió en ella³⁰⁰. Y César también hizo una burla semejante. Puesto que, cuando el adivino le predijo el día de su muerte que no sobreviviría a los Idus de marzo, al llegar este día, dijo al adivino, en son de burla: «Ya han llegado los Idus»; y, no obstante, murió en este día. De este modo, ambos se burlaron, por igual, de las profecías relativas a ellos y no se irritaron con los adivinos que las predijeron, y, sin embargo, fueron víctimas de las palabras de las profecías.

154 Ambos se aplicaron al conocimiento de las ciencias y de las artes de su patria, de Grecia y del extranjero. Alejandro, en su investigación por las cosas de la India, interrogó a los bramanes, que parecen ser los astrónomos y eruditos de este país, como los magos en Persia; y César hizo lo propio con los egipcios, cuando estuvo en Egipto para entronizar a Cleopatra, por lo cual llevó

²⁹⁹ Fragmento de Eurípides, cf. A. NAUCK, *Trag. Graec. Frag.* (Suppl.), fr. 973 (lo cita, además, entre otros, ARRIANO, *Anáb. Alej.* VII 16, 6).

³⁰⁰ Cf., sobre este suceso, APIANO, *Sir.* 56.

a cabo muchas mejoras de las artes pacíficas entre los romanos. César cambió el calendario, que hasta entonces era irregular a causa de los meses lunares intercalados, pues ellos computaban el año según las fases de la luna, al calendario solar, según el cómputo egipcio. Y sucedió que ninguno de los que habían conspirado contra su persona logró escapar, sino que recibieron su castigo a manos de su hijo adoptivo, igual que los asesinos de Filipo lo recibieron de manos de Alejandro. Pero cómo fueron castigados, lo mostrarán los libros sucesivos.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Accio (promontorio de Acarnania y batalla), I 5, 6.
- Acilio, Lucio (general), I 41.
- Adriano (emperador romano), I 38; II 86.
- Adriático (mar), I 5, 39, 50, 66, 109; II 38, 41, 49, 110, 150.
- Aesis (río de Umbría), I 87.
- Afranio (lugarteniente de Pompeyo), II 42-43, 65, 76, 97, 150.
- África, I 5, 24, 42, 62, 76, 80, 92, 95-96, 108; II 18, 44, 46, 83, 87, 92-95, 101, 103, 111, 137, 140, 150.
- Agamenón (apodo de Pompeyo), II 67.
- Albano (monte del Lacio), I 69.
- Albino (A. Postumio ?, general), I 93.
- Albino, Aulo (prefecto de Sicilia), II 48.
- Albinovano, Publio, I 60, 62, 91.
- Aleandría (ciudad de Egipto), II 89, 91, 150.
- Alejandro (Magno, rey de Macedonia), I 5; II 149-154.
- Alejandro (Tolomeo XI, Alejandro I, rey de Egipto), I 102.
- Alejandro (Tolomeo XII, Alejandro II, rey de Egipto, hijo del anterior), I 102.
- Alor (error por Apso, río del Epiro), II 56.
- Alpes (cordillera de Europa), I 92, 109, 117; II 26, 30-32.
- Amiso (ciudad del Ponto), II 91.
- Amón (oráculo), II 149.
- Ancario, Quinto, I 73.
- «Anibal» (apodo de Sertorio), I 112.
- Anibal (general cartaginés), I 109.
- Anquises (padre de Eneas), II 152.
- Antesterión (mes del calendario griego), II 149.
- Anticatón (discurso de César), II 99.
- Antilo, I 25.
- Antio (ciudad del Lacio), I 69.
- Antíoco de Commagenes, II 49.
- Antípatro, Gayo (lugarteniente de Norbano), I 91.
- Antistio, Publio (senador), I 88.
- Antonio, Gayo (cónsul), II 7.
- Antonio, Gayo (hermano del Triunviro), II 41.
- Antonio (cf. Marco Antonio, el orador), I 73.
- Antonio, Marco (el triunviro), I 5-6;

- II 33, 41, 47, 58-59, 76, 92, 107, 109, 114-115, 117-119, 122-128, 130-132, 135, 142-145.
- Apeninos (cordillera de Europa), I 117.
- Apia (vía de Roma), I 69.
- Apión (apodo de Tolomeo, rey de Cirene), I 111.
- Apolodoro, II 152.
- Apolonia (ciudad de Iliria), II 54-55, 59, 64.
- Apuleyo (cf. Saturnino Apuleyo).
- Apulia (región de Italia), I 42, 53; II 2.
- Aquerra (ciudad de la Campania), I 42, 45.
- Aquila, Poncio (conspirador contra César), II 113.
- Aquilas (tutor de Tolomeo), II 84, 90, 101.
- Aquilio, Manio (cónsul), I 22.
- Aquino (M., conspirador contra César), II 119.
- Ardea (ciudad del Lacio), II 50.
- Ariárates (rey de Capadocia), II 71.
- Aricia (ciudad del Lacio), I 69.
- Arimino (Rimini, ciudad de Italia), I 67, 87, 90-91; II 35.
- Ariobarzanes (rey de Capadocia), I 103.
- Aristonico (rival de Roma en Asia), I 17.
- Armenia Menor, II 49.
- Artapates (rey de Armenia), II 71.
- Artemidoro (anfitrión de César), II 116.
- Ásculo (ciudad de Apulia), I 38, 47-48.
- Aselio (un pretor), I 54.
- Asia (país), I 17, 22, 55, 64, 68, 75-76; II 90, 149; (- inferior), II 89; (provincia de -), II 92; (historia de -), II 92.
- Asinio (cf. Polión, Asinio).
- Asinio, Erio (general), I 40.
- Asiria (país), II 153.
- Augusto (cf. Octavio César).
- Aventino (monte de Roma), I 26.
- Áyax (héroe griego), II 81.
- Babilonia (país de Asia), II 153.
- Bagradas (río de África), II 44, 46.
- Basilo, Minucio (conspirador contra César), II 113.
- Bebio, Gayo (general), I 48.
- Bebio, Marco (general), I 72.
- Beocia (región de Grecia), II 49.
- Bestia (Calpurnio, exilado), I 37.
- Bestia, Lucio (compañero de Catilina), II 3.
- Bíbulo, Marco (Apiano da erróneamente Lucio, colega de César), II 9-12, 49.
- Bitinia (país), I 55, 111.
- Bocco (reyezuelo mauritano), II 96.
- Bósforo (región de Tracia), II 92.
- Boviano (colonia samnita), I 51.
- Bovila (ciudad del Lacio), II 21.
- Brindisi (ciudad de Italia), I 79, 84, 120; II 38-40, 47-48, 52, 54, 56, 59.
- Britania (país de Europa), II 32, 73, 134, 150.
- Bruto (el que expulsó a los reyes de Roma), II 112, 119-120.
- Bruto, Décimo B. Albino (íntimo de César), II 48, 111, 113, 115, 122, 124, 143, 146.

- Bruto, Junio (padre de Marco Bruto), I 60; II 111.
- Bruto (L. Junio Damasipo, gobernador de Preneste), I 88, 92.
- Bruto, Marco Cepión (conspirador contra César), I 4; II 111-115, 117, 122-123, 136-137, 141-142.
- Bucoliano (conspirador contra César), II 113, 117.
- Calagurris (territorio de España), I, 112.
- Calpurnia (esposa de César), II 14, 115-116.
- Calvino (v. Domicio Calvino).
- Calvisio, Gayo (Sabino, prefecto de la flota de Octavio), II 60.
- Camilo (dictador), II 50.
- Cannas (ciudad de Italia), I 52.
- Canuleyo, Gayo (un tribuno), I 33.
- Canusio (ciudad de la Apulia), I 42, 52, 84.
- Capadocia (país de Asia), I 103.
- Capitolio (edificio de Roma), I 2, 16-17, 24-25, 32, 73, 83, 86; II 120-123, 126, 137, 145, 148.
- Capua (ciudad de Italia), I 56, 63-65, 84, 86, 116, 120; II 10, 30-31, 37-38.
- Carrina (lugarteniente de Carbo), I 87, 90, 92-93.
- Cartago (ciudad de África), I 19, 24.
- Carteya (ciudad de España), II 105.
- Casca, Gayo (conspirador contra César), II 113, 115, 117.
- Casio (localidad de Egipto), II 84; (monte), 86, 89.
- Casio (Gayo Longino, conspirador contra César), I 4; II 87-88 (error de Apiano), 89-90, 111-113, 115-117, 121-123, 136-137, 141-142.
- Casio, Lucio (aliado de Catilina), II 4.
- Casio, Lucio (pretor en el 111 a. C.), I 28.
- Casio, Quinto (tribuno y amigo de César), II 33, 43.
- Cástor (dios romano), I 54.
- Cástor y Pólux (templo de -), I 25, 64.
- Catilina, Lucio (en Apiano por error, Gayo, político romano), II 2-7.
- Catón (discurso de Cicerón), II 99.
- Catón («el Joven», orador romano), II 6-8, 11-12, 14, 23, 40-41, 87, 95, 98-101, 112.
- Catón, Porcio (cónsul), I 50.
- Cecilio (conspirador contra César), II 113.
- Cecilio Metelo, Quinto (general), I 28-33.
- Cecilio Metelo Pío (hijo del anterior), I 33, 53, 68-69, 80-81, 85-89, 91-92, 97, 103, 108, 110-112, 115, 121.
- Celeno (general de César), II 58.
- Celio, Marco (tribuno), II 22.
- Censorino (cf. Marcio Censorino).
- Cepión, Quinto (legado), I 40, 44.
- Ceraunios (montes de Epiro), II 54.
- Cerdeña (isla del Mediterráneo), I 107; II 40-41, 48, 54.
- Ceres (templo de -), I 78.
- César, Gayo Julio (político romano), I 4, 6, 104; II 1, 6, 8, 9-15, 17-19, 23, 25-36, 38, 40-44, 47-49, 51-52, 54-73, 75-76, 78-82, 84, 86-88, 90-119, 121-141, 143-154.

- Cesetio (un tribuno), II 108, 122, 138.
- Cetego (conspirador con Catilina), II 2-5, 15.
- Cetego, Publio, I 60, 62, 80.
- Cilicia (país de Asia), I 77; II 83.
- Címber, Tilio (conspirador contra César), II 113, 117.
- Cinna (G. Helvio, tribuno), II 147.
- Cinna (L. Cornelio, pretor), II 121, 126, 137, 147.
- Cinna (L., cónsul), I 64-71, 74-81; II 4.
- Cipris (epíteto y nombre de la diosa Afrodita, en Roma, Venus), I 97.
- Cirene (ciudad de África), I 111.
- Cirta (ciudad de África), II 96.
- Claudio (cf. Marcelo, Claudio).
- Claudio, Apio (tribuno militar), I 68.
- Claudio, Apio (triunviro agrario), I 13, 18.
- Claudio Púlquer (cf. Púlquer).
- Clemencia (diosa), II 106.
- Cleopatra (reina de Egipto), I 6; II 71, 84, 90, 102, 154.
- Clodio (cf. Púlquer, Clodio).
- Cluentio, Lucio (general), I 50.
- Clusio (ciudad de Etruria), I 89, 92.
- Cnido (ciudad de Asia), II 116.
- Colina (puerta de Roma), I 58, 67, 93.
- Commagenes (reino de Siria), II 49.
- Concordia (templo de -), I 26.
- Corcira (isla del Epiro), II 40, 71, 83, 87.
- Córdoba (ciudad de España), II 104-105.
- Corfinio (ciudad de los pelignos), II 38.
- Cornelia (madre de los Gracos), I 17, 20.
- Cornelia (esposa de Craso y Pompeyo), II 83.
- Cornelios (Cinna, Sila, Léntulo), II 4.
- Cornelios (esclavos inscritos en el partido popular), I 100, 104.
- Cornuto (M. Cecilio), I 73.
- Cos (isla de Asia), I 102.
- Cosconio, Gayo (pretor), I 52.
- Coça, Aurelio (general), I 37.
- Cota (lugarteniente de César), II 29, 150.
- Crasinio (centurión de César), II 82.
- Craso, Licinio (lugarteniente de Sexto César), I 40-41, 69, 72.
- Craso, M. Licinio (el triunviro), I 90, 118-121; II 9-10, 17-18, 29, 41, 49, 83, 110.
- Creta (isla), I 111.
- Crispo, Salustio (portavoz de César), II 92, 100.
- Crixo (gladiador), I 116-117.
- Crotona (ciudad del Bruto), II 4.
- Cumas (ciudad de la Campania), I 49, 104.
- Curio (tribuno), II 26-33, 41, 44.
- Curio, Quinto (amante de Fulvia), II, 3.
- Chipre (isla del Mediterráneo), II 23.
- Damaripo (general), I 92.
- Décimo (cf. Bruto, D. B. Albino).
- Delfos (lugar y oráculo griegos), I 97.
- Delos (isla griega), I 37.

- Demóstenes (orador griego), II 15-16.
- Deyótaro (tetrarca de los gálatas), II 71.
- Diana (templo de -), I 26; (templo de -, en Dirraquio), II 60.
- Didio, Tito (legado), I 40.
- Diomedes (héroe griego), II 20.
- Dirraco (nietao del rey de Epidamno), II 38.
- Dirraquio (otro nombre de Epidamno, en Iliria), II 39-40, 54-56, 60, 64-65, 67, 71-73, 150.
- Dolabella (G. Cornelio, cónsul), I 100.
- Dolabella (P. Cornelio, cónsul), II 41, 47, 119, 122, 129, 132.
- Domicio (Calvino, lugarteniente de César), II 76, 91.
- Domicio, L. D. (Ahenobarbo, cónsul en 94 a. C.), I 88.
- Domicio, L. D. Ahenobarbo (competidor de Pompeyo en el consulado), II 17, 32, 38, 41, 76, 82.
- Druso, Livio (tribuno), I 23, 35-38.
- Éaco (mit., juez de los infiernos), II 151.
- Ebro (río de España), I 111.
- Eculano (ciudad del Samnio), I 51.
- Egipto (país de África), I 4-6, 102-103; II 24, 49, 71, 83-84, 89-90, (historia de -) 90.
- Egnacio, Mario (general), I 40, 41, 45.
- Emilio Lépidio (el triunviro), I 5, 113; II 41, 48, 107, 115, 118-119, 123-124, 126, 130-131, 142. (Su hijo homónimo aparece sin nombre: II 142.)
- Emilo Lépidio (el agresor de Norba), I 94, 105, 107-108.
- Emilio Paulo (cónsul), II 26-27.
- Eneas (héroe griego), I 97; II 68.
- Enipeo (río de Tesalia), II 75.
- Enómao (un gladiador), I 116.
- «Epafrodito» (título de Sila), I 97.
- Epidamno (ciudad de Iliria), II 39.
- Epidamno (rey bárbaro), II 39.
- Epiro (país al noroeste de Grecia), II 38-40.
- Eridano (río europeo [= Po]), I 109.
- Eritia (país legendario), II 39.
- Escápula (general), II 87, 105.
- Escatón, Vetio (líder en la Guerra Social), I 40-41, 43.
- Escauro (cuestor de Pompeyo), II 24.
- Esceva (centurión de César), II 60.
- Escévola, Q. Mucio (cónsul en 95 a. C.), I 88.
- Escipión, P. Cornelio (Africano Viejo), I 17.
- Escipión, P. Cornelio Emiliano (Africano Joven), I 19-20, 24; II 44.
- Escipión, Lucio («Asiático»), I 41, 82, 85-86, 95.
- Escipión, Lucio (hijo del anterior), I 85-96.
- Escipión, Lucio (suegro de Pompeyo), II 24-25, 60, 65, 76, 78, 95-97, 100-101.
- Escipión Nasica (hijo de G. Escipión muerto en España), I 28.
- Esernia (ciudad del Samnio), I 41, 51.
- España, I 84, 86, 97, 107-109, 111-112, 115, 119, 121; II 1, 7, 18,

- 38, 40, 42-44, 48, 65, 73, 87, 103, 107, 116, 122, 137, 150, 152-153.
- Espartaco (gladiador tracio), I 116-120.
- Espinter (cf. Léntulo Espinter).
- Espoletio (ciudad de Umbría), I 90.
- Espurio, Marco (conspirador contra César), II 113.
- Esquilina (puerta de Roma), I 58.
- Esquilino (foro de Roma), I 58.
- Estaberio (comandante de Apolonia), II 54.
- Estabia (ciudad de la Campania), I 42.
- Estatilio (conspirador con Catilina), II 4.
- Etruria (región de Italia), I 50; II 2.
- Eufrates (río de Asia), II 71, 150, 153.
- Europa, II 149.
- Falerno (monte), I 47.
- Farnaces (rey del Ponto), II 87-88, 91-92, 101.
- Farsalo (ciudad de Tesalia), II 64-65, 75, 87-88, 102-103, 111-112; (batalla de -), 82, 92.
- Fausto (hijo de Sila), I 106.
- «Faustus» (título de Sila), I 97.
- Faventia (ciudad de la Galia Cisalpina), I 91.
- Favonio (falso conspirador), II 37, 119.
- Fe (templo de la -), I 16.
- Fesula (ciudad de Etruria), II 2-3.
- Filipo (el macedonio, padre de Alejandro), II 149, 151, 154.
- Filipo (padre de Marcia), II 99.
- Fimbria, Flavio (lugarteniente de Norbano), I 91.
- Firmo (ciudad del Piceno), I 47.
- Flaco, Fulvio (cónsul y triunviro agrario), I 18, 21, 24-26, 34.
- Flaco, Valerio (general de Cinna), I 75.
- Flaco, Valerio (*interrex*), I 98.
- Flamma (almirante de la flota de Útica), II 46.
- Fonteyo (legado), I 38.
- Frigia (país de Asia Menor), I 55, 57; II 39.
- Fulvia (mujer adinerada romana) ?, II 3.
- Furio, Publio (tribuno), I 33.
- Gabinio, Aulo (cónsul), II 14, 24, 49, 58-59.
- Galba, Servilio (conspirador contra César), II 113.
- Galia (país de Europa), I 4, 29, 66-67, 86, 109; II 4, 7, 14, 25, 34-35, 47-48, 50, 65, 73, 82, 134, 137, 150. (- Transalpina), I 107. (- Cisalpina), II 17, 32, 41, 124. (- Cisalpina y Transalpina), II 13, 70, 111. (- Oriental), II 50.
- Gargano (monte de la Apulia), I 117.
- Gayo (cf. Antonio, Gayo, hermano de Marco Antonio).
- Gayo Saufeyo (cuestor), I 32.
- Glaber, Varinio (general), I 116.
- Glanis (río), I 89.
- Glaucia (senador), I 28, 31-32.
- Gonfo (ciudad de Tesalia), II 64.
- Graco, Gayo Sempronio (célebre político romano), I 18, 21-7.
- Graco, Tiberio Sempronio (cónsul y padre de los Gracos), I 17.
- Graco, Tiberio Sempronio (hijo del

- anterior y célebre legislador), I 2-3, 6, 9-21, 27, 32-33, 121.
- Gracos (Tiberio y Gayo Sempronio), I 16, 34.
- Granio, Gneo, I 60, 62.
- Granio, Q. (hermano del anterior), I 60, 62.
- Grecia (país de Europa), I 37, 76; II 70, 149, 154.
- Grumento (ciudad de Lucania), I 41.
- Guerra Social, I 44, 53, 55, 68, 77, 80.
- Guerras Civiles, I 121; II 1, 150.
- Guta (un capuano), I 90.
- Hadrumeto (ciudad de África), II 95.
- Hércules (dios romano), II 39, 151; (- «invencible», contraseña de Pompeyo en Farsalo), II 76; (columnas de -), II 73.
- Hefestión (general de Alejandro), II 152.
- Helesponto (mar de Asia), II 88-89, 111.
- Hidrunte (ciudad de la Apulia), II 40.
- Hiempsal (rey númida), I 62, 80.
- Hipseo (procesado por Pompeyo), II 24.
- Hortensio (amigo de Catón); II 99.
- Hortensio (prefecto de la flota), II 41.
- Idus (de marzo, fecha mensual fija del calendario romano), II 149, 153.
- Ilerda (ciudad de España), II 42.
- Iliria (país de Europa), II 32, 39, 41, 47, 59, 63.
- Ilo (hijo de Eneas), II 68.
- «Imperator» (título de Sila), I 97.
- India (país de Asia), II 149, 153-154.
- Isáurico, Publio (cónsul), II 48.
- Italia, I 4, 7-8, 11-13, 23-24, 35, 39, 49, 52, 63, 76-77, 81, 83-84, 86, 92, 94-96, 98-101, 104-105, 108, 111, 116; II 2-3, 6, 17, 20, 28, 31-32, 34-37, 40-43, 49-50, 65, 73, 120, 133.
- Janículo (colina de Roma), I 68, 71.
- Jonia (zona costera e insular de Asia Menor), I 76; II 49.
- Jonio (hijo de Dirracco), II 39.
- Juba (rey de los númidas), II 44-46, 83, 87, 95-96, 100.
- Juba (historiador, hijo del anterior), II 101.
- Julia (error por Pompeya, esposa de César), II 14.
- Julia (madre de Antonio; sin mencionar nombre), II 143.
- Julio (clan romano), II 68.
- Julio (nuevo nombre del mes Quintilio), II 106.
- Julio Gayo (víctima de Cinna y Mario), I 72.
- Julio, Lucio (hermano del anterior), I 72.
- Júpiter (dios romano), I 65, 70; II 145, 151; (templo de -Estátor), II 11.
- Labierno (lugarteniente de Pompeyo), II 62, 87, 95, 105.
- Lacio (región de Italia), II 26.
- Lafrenio, Tito (general), I 40, 47.
- Lamponio, Marco, I 40-41, 90, 93.

- Lanuvio (ciudad del Lacio), I 69; II 20.
- Larisa (ciudad de Tesalia), II 81, 83.
- Lauro (ciudad de España), I 109.
- Lena, Popilio (un senador), II 115-116.
- Léntulo (L. Cornelio, cónsul), II 33, 76.
- Léntulo, Cornelio (pretor urbano y colega de Catilina), II 2-5, 15.
- Léntulo Espínter (P. Cornelio, enemigo de César), II 119.
- Léntulo, Publio (lug. de Sexto César), I 40, 72.
- Lépido (cf. Emilio Lépido).
- Letorio, Marco (asociado de Mario), I 60, 62.
- Liburnia (ciudad de Liguria), I 77, 78.
- Ligario, Quinto (conspirador contra César), II 113.
- Liguria (región de Italia), I 80.
- Lilibeo (ciudad y puerto de Sicilia), II 95.
- Liris (río del Lacio), I 39, 43.
- Lucania (región de Italia), I 90.
- Lucrecio (comandante de una flota), II 54.
- Lucrecio (cf. Ofela, Q. L.).
- Lúculo, L. Licinio, I 120; II 9.
- Lúculo, M. (lugarteniente de Sila), I 92.
- Luna (templo de la —), I 78.
- Lupercalias (fiestas de Roma), II 109.
- Lusitania (región de España), I 110-111.
- Lutacio Cátulo (colega de Mario), I 74.
- Lutacio Cátulo, Q. (cónsul facción silana), I 105, 107.
- Macedonia (país al norte de Grecia), I 76, 79; II 49, 52, 55, 60, 65.
- «Magno» (título de Pompeyo), II 86, 91.
- Manlio Gayo (emisario de Catilina), II 2-3.
- Marcelo (legado), I 40.
- Marcelo, Claudio (cónsul), II 26-27, 30-31.
- Marcelo, Claudio (otro, también cónsul), II 33.
- Marcelo, Marco (cónsul enemigo de César), II 25-26.
- Marcia (mujer de Catón), II 99.
- Marcio Censorino, C. (seguidor de Carbo), I 71, 88, 90, 92-93.
- Marcio Coriolano, Gn. (famoso caudillo), I 1.
- Marco Antonio (orador, abuelo del triunviro), I 32, 72.
- Marco Octavio, I 12, 14.
- Mario (hijo adoptivo de Gayo Mario), I 60, 62.
- Mario (sobrino de Gayo Mario), I 87-88, 90, 94, 96, 98, 101.
- Mario, Gayo (Gratidiano, senador del partido de Cinna), I 65.
- Mario, Gayo (famoso dictador romano), I 29-32, 40-41, 43-44, 46, 55-58, 60-62, 64, 67-75, 80, 87, 121; II 36, 41.
- Marsella (ciudad y puerto de la Galia), II 47.
- Marte (dios romano), I 97; II 68; (campo de Marte, en Roma), I 57, 89, 106-107; II 92, 112.

- Marullo (tribuno), II 108, 122, 138.
 Megabates (general armenio), II 71.
 Memmio, I 32.
 Memmio (procesado por Pompeyo), II 24.
 Mérula, Lucio (cónsul), I 65-66, 70, 74.
 Mesala, Valerio (legado), I 40.
 Mesina (ciudad de Sicilia), II 95.
 Metelo (tribuno), II 41.
 Metelo Cecilio (cf. Cecilio Metelo).
 Metelo Pío (cf. Cecilio M. P.).
 Milón (enemigo de Clodio), II 16, 20-22, 24, 48.
 Milonio, Gayo (senador del partido de Cinna), I 65.
 Minervio (ciudad), I 42.
 Minturna (ciudad), I 61-62.
 Minucio (comandante de una flotilla), II 54.
 Minucio (otro, comandante de un fortín), II 60.
 Mitilene (ciudad de la isla de Lesbos), II 83.
 Mitrídates (rey del Ponto), I 55-57, 63, 76-77, 80-81, 94, 101-102, 111, 120; II 1, 9, 91.
 Monte Sacro (lugar de Roma), I 1.
 Mummio (general romano), I 37.
 Mummio (tribuno, cf. Q. Mummio), I 14.
 Murco, Estayo (conspirador contra César), II 119.
 Nasica, Cornelio (pontífice máximo), I 16.
 Nasón, Sextio (conspirador contra César), II 113.
 Neápolis (ciudad de Campania), I 89.
 Némesis (recinto de -, en Egipto), II 90.
 Nemetorio, Gayo, I 72.
 Neocomo (ciudad), II 26.
 Neptuno (dios romano), II 39.
 Nerón (un senador), II 5.
 Nicomedes, I 111.
 Nilo (río de Egipto), II 90, 101.
 Ninfeo (puerto), II 59.
 Nola (ciudad de la Campania), I 42, 50, 65.
 Nonio (tribuno electo y asesinado), I 28.
 Norba (ciudad de la Apulia y del Lazio), I 94-95.
 Norbano, Gayo (cónsul), I 82, 84-86, 91, 94, 96.
 Nuceria (ciudad de la Campania, y de Umbría), I 42; II 38.
 Numidia (país de África), I 62.
 Octavio (cf. Marco Octavio), I 14.
 Octavio (colega de Cinna en el consulado), I 64, 66, 68-71.
 Octavio (general de Pompeyo), II 47.
 Octavio César (emperador romano), I 5; II 143, 148.
 Ofela, Q. Lucrecio (lugarteniente de Sila), I 88, 90, 93-94, 101.
 Olimpia (ciudad de Grecia), I 99.
 Opimio (cónsul), I 25-26.
 Orestila, Aurelia (esposa de Catilina), II 2.
 Órico (ciudad de Iliria), II 54-55, 56.
 Ostia (puerto de Roma), I 67.
 Oxinta (hija de Yugurta), I 42.
 Palantia (ciudad de España), I 112.
 Pallacota (río de Asiria), II 153.

- Panfília (golfo de -), II 149.
- Papio, Gayo (general), I 40, 42, 45.
- Papirio Carbo (C. Arvina), I 88.
- Papirio, Carbo (triunviro agrario), I 18.
- Papirio Carbo, Gneo (colega de Cinnna), I 67, 69, 75-76, 78, 80, 82, 86-96, 98, 108.
- Partia (país de Asia), II 18, 49; (historia de -) II 18.
- Patisco (amigo de los conspiradores contra César), II 119.
- Patras (ciudad y puerto de Grecia), I 79.
- Paulo, Emilio (cf. Emilio, Paulo cónsul), II 26, 27.
- Peduceo, Sexto (gobernador de Cerdeña), II 48.
- Peloponeso (región de Grecia), I 79; II 49, 70.
- Perpenna, Cayo (lugarteniente de Rutilio), I 40, 41.
- Perpenna (sertoriano y asesino de Sertorio), I 107-108, 110-111, 113-115; II 1.
- Persia (país de Asia), II 154.
- Petreyo (general), II 42-43, 95, 100-101, 150.
- Piceno (territorio de Italia), I 80, 117; II 2.
- Piedad (contraseña de Pompeyo el Joven en Córdoba), II 104.
- Pireo (puerto de Atenas), I 79.
- Pirineos (cordillera europea), I 110-111.
- Pisón, Lucio (Calpurnio, suegro de César), II 14, 135-136, 143.
- Pitágoras (adivino), II 152.
- Placentia (ciudad de la Galia Cisalpina), I 92; II 47-48.
- Platón (filósofo griego), II 98-99.
- Po (río europeo), I 86, 109; II 17.
- Polión, Asinio (general), II 40, 45 (error por Marcio Rufo), 46, 82.
- Pólux (dios romano), I 54.
- Pompeyo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), II 87, 100, 103-105, 116, 150, 152.
- Pompeyo (montes de -, en Italia), I 50.
- Pompeyo, Gneo (padre de Pompeyo el Grande), I 40, 47, 50, 52, 63, 66, 80, 90.
- Pompeyo, Gneo «el Grande» (triunviro), I 4, 40, 80, 87-88, 92, 95, 96, 108-112, 115, 119-121; II 1, 9-10, 12-20, 23-34, 36-40, 42-44, 46-49, 52-56, 58-76, 78-92, 98, 100-101, 111, 114, 115 (teatro de), 117, 122, 127, 137, 146.
- Pompeyo, Quinto (cónsul con Sila), I 56-59, 63-64, 68.
- Pompeyo, Quinto (hijo del anterior), I 56.
- Pompeyo, Sexto (hermano de Pompeyo el Joven), II 105, 122.
- Pontilio, Gayo (líder italiano en la Guerra Social), I 40-41.
- Ponto (región de Asia Menor), I 55, 80; II 1, 49, 51 (Euxino), 87, 91, 101.
- Popedio, Quinto (líder en la Guerra Social), I 40, 44, 53.
- Postumio (lictor de Bibulo), II 12.
- Postumio (lugarteniente de César), II 58-59.
- Potino (eunuco), II 84, 86, 90, 101.
- Preneste (ciudad del Lacio), I 65, 87-88, 90, 92-94, 98, 101.

- Presenteo, Publio (líder en la Guerra Social), I 41.
- Púlquer, Claudio, I 103.
- Púlquer, Clodio (tribuno), II 14-16, 20-24.
- Quintilio (nombre de un mes del calendario romano), II 106.
- Quinto (cf. Valerio, Quinto), II 41.
- Quinto (hijo de Fulvio Flaco), I 26.
- Quinto Mummio, I 13-14.
- Rávena (ciudad de Italia), I 89, 92, 132.
- Rega, Rubrio (conspirador contra César), II 113.
- Regio (ciudad de Italia), II 95.
- Rin (río de Europa), II 32.
- Ródano (río de Europa), I 109.
- Rodas (isla griega), I 91; II 83, 89.
- Roma, I 4, 24, 34, 38-39, 44, 49, 51, 55, 57, 58, 60, 62-63, 67-69, 80-81, 83, 88, 92, 94, 99, 105-108, 112, 114-115, 117, 120; II 4, 7, 18, 20-21, 25, 29, 32, 37, 41, 43, 48, 53, 68, 87, 88, 90-92, 100-101, 103, 106, 110, 120, 146, 148.
- Rómulo (rey de Roma), II 114.
- Rubicón (río de la Galia Cisalpina), II 35.
- Rubrio (tribuno), I 14.
- Rutilio Lupo, Publio (cónsul), I 40-41, 43-44.
- Saburra (general de Juba), II 45.
- «Sacra» (vía de Roma), I 59, 64.
- Salapia (ciudad de la Apulia), I 52.
- Salerno (ciudad de la Campania), I 42.
- Salinátor, I 22.
- Samnio (región de Italia), I 90.
- Samos (isla griega), II 84.
- Sanga, Fabio (patrono en Roma de los alóbroges), II 4.
- Saturnia (ciudad de Etruria), I 89.
- Saturnino, Apuleyo (tribuno), I 28-33.
- Saturno (templo de -), I 31.
- Segontia (ciudad de España), I 110.
- Seleuco (I Nicátor, rey de Siria), I 103.
- Sempronía (hija de Cornelia, madre de los Gracos), I 20.
- Sempronio (romano al servicio de Tolomeo), II 84-85.
- Sena (ciudad de Umbria), I 88.
- Serrano, Atilio, I 72.
- Sertorio, Quinto (senador del partido de Cinna), I 65, 67, 69, 80, 85-86, 97, 107-115; II 1.
- Servilia (hermana de Catón), II 112.
- Servilio (procónsul), I 38.
- Servilio Isáurico (cónsul), I 103.
- Setia (ciudad del Lacio), I 87.
- Sextilio (gobernador de África), I 62.
- Sexto (Julio) César (cónsul), I 40-42, 44-45, 48.
- Sexto (procesado por Pompeyo), II 24.
- Sicilia (isla del Mediterráneo), I 9, 35, 76, 95, 96, 98, 118; II 40-41, 44, 48, 54.
- Sícoris (río de España), II 42-43.
- Sila (lugarteniente de César), II 76.
- Sila, Cornelio (dictador romano), I 3-4, 6, 40, 46, 50-51, 55-59, 62-64, 68, 70, 73, 75-77, 79-82, 84-108, 121; II 1-2, 4, 29, 36, 41, 94, 107, 111, 138, 140, 150.

- Silano (cónsul), II 5.
- Siria (país de Asia Menor), I 5, 103; II 18, 29-30, 60, 84, 91.
- Sófocles (poeta griego), II 85.
- Suburra (vía de Roma), I 58.
- Sucro (ciudad de España), I 110.
- Suesa (ciudad de la Campania), I 85-86, 108.
- Sulpicio (lugarteniente de Pompeyo), I 47.
- Sulpicio, Publio (tribuno), I 55-58, 60.
- Tarento (ciudad de Calabria), II 40.
- Tauro (monte de Asia), I 97.
- Taxiles (general armenio), II 71.
- Teano (ciudad de Campania), I 45, 85.
- Telamón (héroe griego), II 81.
- Telesino, Poncio (general), I 90, 93.
- Teódoto (maestro de retórica), II 84, 90.
- Tesalia (región de Grecia), I 4; II 52, 64.
- Tíber (río de Roma), I 67.
- Tíbur (ciudad del Lacio), I 65.
- Tierra (templo de la -), II 126.
- Tiro (ciudad de Asia Menor), II 83.
- Tirreno (mar), I 109; II 41.
- Titurio (oficial de César), II 39, 150.
- Tolomeo (rey de Chipre, hermano de Tolomeo XI Auletes), II 23.
- Tolomeo (hijo de Auletes y hermano de Cleopatra), II 84.
- Tolomeo (I, Soter), I 103.
- Tolomeo Apión, I 111.
- Torio, Espurio (general), I 27.
- Tracia (país de Europa), I 116.
- Trajano (emperador romano), II 90.
- Trebacio (general samnita), I 52.
- Trebonio (conspirador contra César), II 113, 117.
- Tricarano* (obra de Varrón sobre el triunvirato), II 9.
- Troya (ciudad en Asia Menor), II 20.
- Tuditano, I 19.
- Tulio (rey de Roma), I 59.
- Tulio, Marco (cónsul), I 100.
- Tulio Cicerón, Marco (orador y político romano), II 2-7, 12, 14-16, 20, 36, 99, 141.
- Turios (ciudad de Sicilia), I 117.
- Útica (ciudad de África), II 44-46, 95, 98, 100.
- Valerio, Publio (general), I 116.
- Valerio, Quinto (prefecto de Cerdeña), II 40-41.
- Vario, Quinto (tribuno), I 37.
- Varo (río de España), II 42.
- Varo, Atio (general), II 44-46, 87, 105.
- Varrón (escritor romano), II 9.
- Vatinio (tribuno), II 14.
- Venafro (ciudad de la Campania), I 41.
- Ventidio, Publio (general), I 47.
- Venus (diosa romana), II 68; (- Victoriosa, contraseña de César en Farsalo), II 76; (- Antepasada), 102; (Contraseña de César en Córdoba) 104; (templo de -), I 93.
- Venusia (ciudad de la Apulia), I 42.
- Vesta (templo de -), I 54.
- Vesubio (volcán), I 116.

- Vetio (un plebeyo), II 11.
- Vidacilio, Gayo (general), I 40, 42, 47-48.
- Viritano (territorio), I 89.
- Vulturcio (hombre de Crotona), II 4.
- Yugurta (rey númerida), I 42, 77.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
NOTA DE INTRODUCCIÓN	7
GUERRAS CIVILES	
Libro I	11
Libro II	157
ÍNDICE DE NOMBRES	317